PAIDÓS CUESTIONES DE EDUCACIÓN 6

Efemérides, entre el mito y la historia

Perla Zelmanovich

Diana González, Silvia Gojman, Silvia Fracchia

PAIDÓS CUESTIONES DE EDUCACIÓN

EFEMÉRIDES, ENTRE EL MITO Y LA HISTORIA

Sinfonía en cuatro movimientos

Perla Zelmanovich

Con "Los cuentos de la tía Clementina",
por Diana González
y
"Efemérides: la historia toca a tu puerta",
por Silvia Gojman y Silvia Finocchio

Paidós
Buenos Aires, Barcelona, México

Zelmanovich, Perla
Efemérides, entre el mito y la historia / Perla Zelmanovich... (et. al.). - 1a ed. 5a reimp - Buenos Aires : Paidós, 2010.
200 p. ; 22x16 cm. - (Cuestiones de educación : 53006)

ISBN 978-950-12-6106-6

1. Educación 2. Efemérides I. Título
CDD 371.23

1ª edición, 1994
5ª reimpresión, 2010

Cubierta de Gustavo Macri

© de todas las ediciones en castellano
Editorial Paidós SAICF
Av. Independencia 1682/1686, Buenos Aires
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Artesud,
Concepción Arenal 4562, Ciudad de Buenos Aires, en abril de 2010
Tirada: 700 ejemplares

ISBN 978-950-12-6106-6

INDICE

Mis gratitudes, por Perla Zelmanovich 9
Las autoras 10
Invitación 11
Obertura 13
1. *Primer movimiento*:
"Entre el mito y la historia", por Perla Zelmanovich 17
2. *Segundo movimiento*:
"Cuéntame una historia", por Perla Zelmanovich 33
3. *Preludio*:
"Para escucharte mejor", por Perla Zelmanovich 43
4. *Tercer movimiento*:
"Los cuentos de la tía Clementina", por Diana González .. 51
5. *Interludio*:
"¿Y después del cuento... qué?", por Perla Zelmanovich .. 141
6. *Cuarto movimiento*:
"Efemérides: la historia toca a tu puerta",
por Silvia Gojman y Silvia Finocchio 149
7. Final 191

MIS GRATITUDES

A Diana González, por compartir la pasión —gozo y dolor— de la escritura. A Silvia Gojman y Silvia Finocchio, por la colaboración y los comentarios siempre pertinentes. A Natan Saniewicz, por el espacio siempre abierto para la creatividad, en el que surgió por primera vez la idea de trabajar este tema. A Jorge Lobov, por recordarme que entre el psicoanálisis y la educación hay un espacio que me pertenece. A Mónica Cadorini, por las palabras. A Flor, por la vida estrenándose a diario.

A todas mis herencias...

PERLA ZELMANOVICH

Dirección musical o coordinación autoral:
Perla Zelmanovich

Los músicos o las autoras:

Perla Zelmanovich

Supervisora del área de Ciencias Sociales en el Departamento de Educación Creativa de ORT-Argentina. Psicoanalista miembro del equipo de niños en el Servicio de Psicopatología del Hospital Español.

Diana González

Psicopedagoga y maestra. Asesora del área de Ciencias Sociales en escuelas primarias. Integrante del equipo de coordinadores en ciencias sociales del Departamento de Educación Creativa de ORT. Capacitadora en el área de Proyectos Institucionales de la Escuela de Capacitación Docente de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.

Silvia Gojman

Docente del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Docente de Historia en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires. Asesora del área de Ciencias Sociales en la Escuela Secundaria Martín Buber.

Silvia Finocchio

Docente del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Coordinadora del área de Ciencias Sociales de la Escuela Técnica ORT. Miembro del Consejo de Dirección de la revista *Entrepasados*.

INVITACIÓN

"De esta manera se presentaban en nuestra memoria los saldos y retazos de la historia recibida en la etapa escolar.

[...] —Colón descubrió América justo el Día de la Raza... [...]

—Los negros tenían libertad de vientre.

—Sarmiento siempre fue pelado.

—En vez de diario se decía gaceta.

—Argentina se llama Argentina por los argentinos.

—La Bandera no se lava.

—Mi papá va a ser prócer.

—Los próceres mueren pobres porque le dan todo a la Patria.

—Yo no quiero ser prócer. [...]

—Los patriotas eran vocales porque eran cinco como las vocales. [...]

—El lío lo armó el virrey, que tenía el mando en la casa y cuando los patriotas se lo fueron a pedir no se lo quiso dar.

—Mirá si no se lo iba a dar con el Cabildo Abierto que tenía encima...

—Calma, chicos, calma. Nos estamos desordenando y así no vamos a aprender nada. Empecemos por los prolegómenos de la Semana de Mayo.

—El prolegómeno fue Frenchiberuti.

—French y Beruti eran dos, burro.

—¿Ah, sí? No me hagas reír...

—Sí, eran dos. En el acto del 25 de Mayo del año pasado eran dos y repartían las escarapelas.

—Claro que eran dos: uno era Frenchiberuti y el otro era el ayudante. Uno solo no podía repartir tantas escarapelas. ¿Vos sabés la gente que había?

—También lo podía ayudar la esposa, ¿no es cierto, señorita?

—Calláte, nenita, los próceres no tenían esposas. ¿Cómo iban a tener esposas si estaban todo el tiempo ocupados dándolo todo por la Patria? El único que tuvo esposa fue San Martín y la tuvo para tener una nieta y darle las máximas, que si no tampoco la tenía. Los próceres podían tener hermanas, como Güemes; madres, como Sarmiento; pero ¿esposas...?"[1]

Tal como lo hicieron los autores de este fragmento, alguna vez me dispuse a bucear en mis recuerdos escolares, buscando una pincelada genuina. Encontré entonces sensaciones olvidadas frente al feriado, el guardapolvo especialmente almidonado, la emoción de poder ser abanderada o escolta, o el alfajor que la Asociación Cooperadora repartía a la salida del festejo.

La pregunta que retornó fue: ¿qué se perdió en el camino, y por qué?

Partiendo de este interrogante, podría inaugurar este libro citando una frase de Goethe en el *Fausto*: "*Aquello que has heredado de tus padres, adquiérelo para poseerlo*".

Espero que esta frase cobre significación a partir de la lectura de las páginas que siguen, que intentarán desandar el camino de las herencias que se fueron perdiendo, con la intención de recuperar aquello que podamos y deseemos poseer.

Invito entonces a nuestros lectores a hurgar en sus recuerdos para completar así la lista de saldos y retazos que la historia recibida nos fue dejando.

Será una manera de compartir la trama de la partitura que se irá tejiendo en el transcurso de los sucesivos movimientos.

PERLA ZELMANOVICH

[1] Goldenberg, J.: *Cartas a Moreno*. Buenos Aires, Teatro Municipal Gral. San Martín, Área de Publicaciones, 1987.

OBERTURA

Perla Zelmanovich

Etimológicamente, "sinfonía" significa "que suenan juntos".[2] Y ésa fue, precisamente, una de las principales preocupaciones durante la realización de este libro: que sus *movimientos* sonaran armoniosamente; la fundamentación —en la que las necesidades históricas, colectivas y personales pudieran conjugarse— con los cuentos que pudieran recogerla, y el discurso de la historia ensamblado con ambos.

Una partitura reúne sus cuatro movimientos bajo la misma intención: que las efemérides puedan sonar al compás de la música de nuestro tiempo en lo que hace a las necesidades sociales, de la escuela y de los niños.

El *primer movimiento*, "Entre el mito y la historia", presenta la melodía que habrá de escucharse a lo largo de toda la obra, aquella que interpreta esa necesidad de los pueblos de proveerse de los mitos, las leyendas y las historias en las que puedan reconocerse.

A propósito de esta necesidad, y en relación con los pueblos de la antigüedad, dice el historiador M. I. Finley:

> Y, por lo que toca al pueblo en general, no hay razón para pensar que abandonaran los viejos mitos y los casuales fragmentos de historia mitológica. ¿Por qué lo hubieran hecho, después de todo? [...] "Las generaciones anteriores *conocían* el pasado mucho menos que nosotros, pero tal vez *sentían* una mayor identidad y continuidad con él...". Esto fue

[2] Scholes, P. A.: *Diccionario Oxford de la Música*, Buenos Aires, Sudamericana, 1964.

lo que logró el mito, y nada existía en la sociedad que requiriese su abandono o sustitución.[3]

Las efemérides, pensadas como mitos, han perdido su capacidad de proveer a la ciudadanía de identidad y continuidad con el pasado común.

Figuran en nuestra historia, forman parte de los programas escolares y de los actos y están señaladas con rojo en los almanaques, pero podemos reconocer el "sin sentido" o repetición desinteresada que muchas veces se produce alrededor de las clases sobre las fechas que las conmemoran y de los actos referidos al tema.

Esto hace difícil imaginar cambios metodológicos que tengan una consistencia interna, sino a condición de encontrar nuevos significados.

Lo que distingue a las efemérides de los otros temas del currículum de ciencias sociales es que su transmisión trasciende el ámbito del aula, convirtiéndose en patrimonio de la institución a través de los actos, así como de la sociedad toda por medio de los feriados nacionales.

Este hecho, que habla de su particular connotación social e institucional, impone la necesidad de encontrar nuevos significados a aquellos viejos acontecimientos.

Habrá que escuchar, entonces, los sonidos que la historia nos trae con su sentido crítico respecto del pasado, para deslizarnos de este modo desde el mito hacia la historia.

El *segundo movimiento*, "Cuéntame una historia", introduce, en relación con el tema que nos ocupa, ciertas necesidades e intereses de los pequeños destinatarios de nuestra enseñanza, los alumnos de escuela primaria, para quienes escuchar historias contadas por los adultos de quienes dependen forma parte de su propia construcción como sujetos.

Las peculiaridades del sujeto infantil nos obligan a establecer un puente entre el conocimiento erudito —en este caso, el que nos viene dado desde la historia— y el que se ha de enseñar a niños de determinadas edades.

Los relatos de los que tanto disfrutan podrán constituir ese puente, que al contener las melodías de su pueblo los vinculan a la historia colectiva.

Se incluyen algunos de los aportes de la teoría psicoanalítica que echan luz sobre un aspecto fundamental, motor del aprendizaje: el deseo de aprender.

[3] Finley, M. I.: "Mito, memoria e historia", en *Uso y abuso de la historia*. Barcelona, Grijalbo, 1984.

Un *preludio*, "Para escucharte mejor", anticipa cómo la historia y la ficción se conjugan en el *tercer movimiento*, "Los cuentos de la Tía Clementina", en los que su autora, Diana González, hace jugar las efemérides con todas sus variaciones cotidianas; de ese modo logra producir un acercamiento entre los niños y las situaciones, los héroes y los demás personajes de los cuentos, vinculándolos al pasado común.

El *interludio* "Después del cuento...¿qué?" abre un espacio para reflexionar sobre los cuentos, anunciando al mismo tiempo de qué modo los maestros pueden convertirlos en herramientas de trabajo.

Podrán adecuarlos según su estilo personal, como el artesano trabaja la arcilla eligiendo los colores y las texturas según su inspiración, sólo en la medida en que "sean de su confianza".[4]

Y llegando al final de la pieza se presenta el *cuarto y último movimiento*: "Efemérides: la historia toca a tu puerta". En él las historiadoras Silvia Gojman y Silvia Finocchio ofrecen un marco histórico que ayuda a interpretar los cuentos. Entre los temas, conceptos, procedimientos, valores y actitudes que consideraron de mayor relevancia, seleccionaron algunos a partir de los cuales trabajar. Dada la riqueza temática de los cuentos resultaba imposible abarcarlos todos.

Hasta aquí llegamos...

En relación con los actos escolares no se presentan propuestas, por entender que son un reflejo del modo como cada institución le da su entrada al tema de las efemérides. Cada escuela le imprime al acto su sello personal, dado que lo toma también como una oportunidad de mostrarse a sí misma.[5]

El 12 de Octubre no fue incluido, por quedar afuera de lo que sería estrictamente el encuadre de la historia argentina y porque merece un análisis que excede el propósito de este libro.

Ésta es, por lo tanto, una "sinfonía inconclusa", como todas las propuestas que intentan acercar reflexiones, ideas y sugerencias para una práctica, porque es siempre el destinatario quien construye con ellas su propia versión.

[4] Heidegger, M.: "Prólogo de Samuel Ramos", en *Arte y poesía*. México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, 1992.

[5] Díaz, R.: "Actos escolares y nacionalidad", *Revista Educoo*, Buenos Aires, 1992 [9].

1

PRIMER MOVIMIENTO: ENTRE EL MITO Y LA HISTORIA

Perla Zelmanovich

EFEMÉRIDES EN LA ESCUELA: ¿QUÉ TENGO QUE VER YO CON ESTO?

Pocas veces esta pregunta es formulada en forma explícita por quienes se ven obligados a sostener las efemérides desde la escuela: directores, maestros y alumnos. En forma implícita, la pregunta es reemplazada por una respuesta: "Yo no tengo nada que ver con esto de las efemérides".

El desinterés y la desorientación respecto de qué hacer con ellas son algunas de sus manifestaciones. Ellas nos conducen al nudo del problema: se les confiere a las efemérides un sentido único, cerrado y universal. Éste no ha variado desde su instauración, lo que hace difícil sostenerlas como algo propio.

Un posible punto de partida para abordar este problema será convertir la respuesta en pregunta: ¿qué tenemos que ver nosotros y la realidad que nos toca vivir con aquellos acontecimientos que las efemérides recrean?

Antes de lanzarnos a revisar qué enseñar y cómo hacerlo, será necesario abrir un paréntesis en la tarea, hacer un alto en el camino para poder formularnos dichos interrogantes.

Será posible, entonces, que aquel sentido "congelado", perdurable y con una universalidad supuesta, pueda adquirir una cualidad más abierta, que dé lugar a diferentes significaciones.

A la palabra "efemérides" el diccionario le atribuye un significado: efemérides [...] del griego *ephémeris*, de *ephémeros*, de un día. [...] // Comentario o libro en el que se relatan los hechos de cada día.// Acontecimientos notables ocurridos en distintas épocas, pero un número exacto de años antes de un día determinado. (Suele usarse en singular por aniversario, y en este sentido es galicismo: EFEMÉRIDE patria.)[6]

Tiene el mismo origen que la palabra efímero: efímero. Del griego *ephémeros*, de un día; de *epi*, sobre, y *hémera*, día. adj. Que dura solamente un día.// Pasajero, de escasa duración. [...]

Todas las acepciones que figuran en el diccionario se refieren a la singularidad de un día, a su carácter efímero, de igual modo que las fechas que se festejan o conmemoran se inscriben en un día determinado de nuestro calendario.

En verdad, el día en que se festeja o conmemora es uno solo, pero hablar de "pasajero" o de "escasa duración" en relación con las efemérides en la escuela revela que nunca se ha traspasado su umbral en esos días febriles que anteceden a los actos o no se ha asistido a la queja de los docentes, porque las clases dedicadas al tema generalmente son muchas más de las que pensaban asignarles inicialmente.

Si bien es pasajero el día convenido para la celebración, no lo es el tiempo destinado a sus preparativos, tal vez por la movilización que implica recibir invitados que mirarán qué hacemos y cómo lo hacemos, y por lo tanto podrán juzgar qué somos: buenos o malos maestros, una escuela disciplinada o no, creativa o no, etcétera.

Tampoco es escaso el tiempo que se dedica a intentar darle a cada una de las fechas un sentido que resulte convincente, para lo cual se hace necesario buscar en la historia mucho más de lo que ocurrió ese día, como si el sentido pudiera surgir al situar el hecho en el devenir de los acontecimientos.

El esfuerzo no sólo compromete una considerable cantidad de horas sino también una "interrupción" en el tiempo del currículum de ciencias sociales al que cada maestro se encuentra dedicado. Es la rutina institucional la que se altera por el acto y sus preparativos.

¿Cómo se vive en la escuela semejante conmoción?

En diciembre de 1984 se realizó en la provincia de Mendoza una

[6] *Enciclopedia Sopena de la lengua castellana*. Buenos Aires, Sopena, 1958.

consulta a los docentes de ciencias sociales del nivel primario, en la que manifestaron que "hay sobreabundancia de efemérides, recordaciones y temas especiales que entorpecen el normal desarrollo del programa".[7]

Ésta es, sin duda, una sensación generalizada, aun contemplando las variaciones causadas por las características regionales y sociales.

Si las efemérides forman parte de lo que entorpece el "normal" desarrollo del programa y "sobreabunda", tenemos derecho a pensar que son consideradas como algo que molesta, que sobra y que es ajeno a la lógica desde la cual fue pensada la organización de los demás contenidos del programa.

¿Dónde se origina este sentimiento de ajenidad en los docentes?

Los sentidos que para ellos poseen las efemérides no son diferentes de los que circulan en el resto de la sociedad. En términos generales, las "fechas patrias" han perdido su connotación primitiva de festejo por determinados logros, como la libertad o la independencia. En la escuela quedaron instaladas en una especie de inercia, de rutina que hay que cumplir pero que nadie sabe bien por qué. Fuera de la escuela es excusa para el descanso o para la "escapadita de fin de semana".

En algunos momentos políticos de décadas recientes, las efemérides fueron retomadas como banderas de nuevos propósitos de libertad e independencia. Muchas veces también son consideradas por algunos sectores de la sociedad que se sienten históricamente depositarios de la nacionalidad.

Hoy aquellas conquistas del siglo pasado se encuentran empañadas y sin vigencia, frente a una realidad que plantea nuevos problemas y necesidades. No hay un puente que las ligue al presente.

Construir ese puente ofrecerá la oportunidad de un reencuentro personal con la propia historia, para que no se constituya en patrimonio exclusivo de algunos pocos sectores de la sociedad ni de determinadas circunstancias coyunturales.

Para hacerlo será necesario encontrar significaciones que nos vinculen de algún modo a los acontecimientos que las efemérides recuerdan. Dichas significaciones no serán definitivas ni iguales para todos, y quizá sea indispensable perderlas una vez halladas para que se pueda reanudar su búsqueda cuando sea necesario.

[7] "Documento de base. Talleres de trabajo docente", en *Reforma Educativa de la Provincia de Mendoza. Nuevo diseño curricular*, Mendoza, 1984.

LAS EFEMÉRIDES NO SON UN TEMA "MÁS" EN EL PROGRAMA DE HISTORIA

En la escuela, la efemérides patria no trata un contenido más del currículum de ciencias sociales; posee cualidades que la distinguen del resto.

En los grados inferiores —hasta tercero— la enseñanza de la historia pasa casi exclusivamente por el tratamiento de las efemérides de modo que el orden de los temas depende de su secuencia en el calendario, aunque el Descubrimiento de América se trabaje con posterioridad a la Revolución de Mayo.

En los grados medios y superiores se trabaja con un currículum de historia que está organizado según una secuencia que en general responde al devenir de los acontecimientos y a la necesidad de saber un contenido para entender luego el que sigue: hay que haber estudiado primero la época colonial para poder entender la Revolución de Mayo, y la Argentina criolla para pasar después a cómo fue que se organizó el país en el período de la organización nacional.

Esta ordenada secuencia temporal puede trastrocarse cuando, ¡oh, aparecen las efemérides!: en cuarto grado se puede estar trabajando la Argentina indígena cuando de pronto el almanaque impone la Revolución de Mayo sin que nos hayamos enterado aún de que fuimos colonia y por eso necesitábamos una revolución.

Es evidente que aquí la lógica cambia. Ya no es la del devenir de los acontecimientos, no es el tiempo cronológico lo que ordena su tratamiento.

Las efemérides involucran festejo o celebración. Su presencia se impone en la sociedad toda: es feriado nacional.

Responden a otro propósito, que no es el del mero conocimiento histórico.

¿De qué se trata, entonces?

No es el tiempo cronológico ni el mero conocimiento de los hechos lo que importa; lo que interesa es la referencia a acontecimientos que sitúan un punto de partida, el comienzo de algo nuevo.

Cabe pensar entonces que tal vez de lo que se trata es de ubicar los hitos que dan cuenta de nuestros orígenes.

EL MITO DEL ORIGEN

Las fechas elegidas para conmemorar mantienen entre sí una relación que permite incluirlas en una misma clase, la que se refiere al "origen" de la nación. Este hecho distingue a las efemérides de los otros temas del programa de historia.

Tal como lo señalara el antropólogo Lévi-Strauss, una fecha es un miembro de una clase por relación con otras fechas que forman parte igualmente de ella.[8]

El 25 de Mayo se recuerda el primer gobierno propio, que marca el comienzo, el intento de formar una nueva nación.

El 20 de Junio, con la creación de la Bandera, se da cuenta de la necesidad de nuevos emblemas que la identifiquen.

El 9 de Julio, con la declaración de la independencia, se legaliza su existencia.

El 17 de Agosto se recuerda la muerte del "Libertador", "el Padre de la Patria", quien posibilitó que se sostuviera.

El 11 de Setiembre se recuerda la muerte de Sarmiento, quien tenía como claro propósito organizar la nación por los medios que fuesen necesarios: "con la espada, con la pluma y la palabra".

Todas las fechas mencionadas, al ubicar un punto de partida en la construcción del Estado y la nación, dan cuenta de la necesidad de situar un "origen". Esta necesidad se inscribe en otra que es universal para el hombre: la de dar respuesta al enigma de su origen, que obedece a que todo sujeto hablante, aunque cuente con un documento en el que figura el día de su nacimiento, carece de un origen fechable e identificable, porque se encuentra inmerso en una cadena simbólica que lo preexiste, la cual ha fundado su linaje desde antes.

Ese origen, imposible de fechar e identificar, se convierte en el enigma que sostiene al hombre como eterna pregunta acerca de sí mismo. Enigma del que, porque nada se puede saber, nada se querrá saber, no obstante lo cual no se dejará de querer saber.[9]

[8] Lévi-Strauss, C.: "Historia y dialéctica", en *El pensamiento salvaje*. México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, 1990.

[9] Braunstein, N. A.: "La represión y el inconsciente", en Daniel Gerber, *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. México, Ediciones de la Fundación, 1992.

Las historias contadas en los mitos son una inagotable búsqueda de respuestas a este enigma. Sólo en él puede haber respuesta —ilusoria— sobre los orígenes de lo que carece de un origen situable. El enigma permanece abierto para que se despliegue un relato que es la sucesión de respuestas más o menos fallidas a él; fallidas no en el sentido de falsas sino que resulta imposible acceder a develar el enigma, lo cual no les quita su valor, que es precisamente esa inagotable búsqueda que motoriza la producción cultural de los hombres.

Las efemérides podrán ser pensadas como mitos en la medida en que participan de la búsqueda de nuestro origen como nación, fechando los hitos que pueden dar cuenta de él; pero ocurre que estos mitos, repitiéndose año tras año, han perdido su poder de dar respuesta.

Lévi-Strauss plantea que cada mito se define por el conjunto de todas sus versiones, y que sigue siendo mito mientras se lo perciba como tal. También afirma que su sustancia no se encuentra en el estilo, el modo de narración ni la sintaxis sino en la historia relatada, y que si bien se refiere siempre a acontecimientos pasados, forma también una estructura permanente, que incluye simultáneamente el pasado, el presente y el futuro. [10]

Tomando a modo de ejemplo el caso de la Revolución de Mayo, para que este acontecimiento sea percibido como un mito, cualquiera de sus versiones —más allá del estilo utilizado en su narración— deberá conservar una estructura que incluye simultáneamente el pasado, el presente y el futuro.

Pero las efemérides —entre las que se halla el 25 de Mayo— seguramente se han debilitado como mitos, al no encontrarse en su texto significaciones que puedan vincularlas desde el presente y hacia el futuro. Se hace necesario, entonces, destituirlas como tales, para buscar en la historia otras significaciones que tengan el poder explicativo que han perdido.

Hacerlo implica mirar nuevamente el pasado, pero desde las preguntas y las necesidades que nos formulamos en el presente. Éstas son el motor para la búsqueda de nuevas respuestas.

Es el tiempo lógico el que permite bucear en el pasado desde el

[10] Lévi-Strauss, C.: "La estructura de los mitos", en *Antropología estructural*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977.

presente: la naturaleza misma del tiempo lógico es la que determina al antes como constituido desde el después.

Lo que sucedió y lo que sucede siempre va a cobrar su sentido después, retroactivamente, a partir de que algo nuevo venga a inscribirse.

El sentido de lo ocurrido sólo llega a posteriori, cuando un nuevo suceso resignifica al anterior y le asigna un lugar en la historia.[11]

A diferencia del tiempo cronológico, en el que el sentido está dado por la sucesión de los hechos con una linealidad prospectiva —es decir, hacia adelante, del antes hacia el después— el tiempo lógico contempla la posibilidad de un ida y vuelta a partir del momento actual.

Los hechos de la historia que se reactualizan con las efemérides cobrarán su sentido también a posteriori: es necesario encontrar significaciones a acontecimientos como el 9 de julio de 1816 desde el a posteriori —que es el presente—, considerándolo como parte de un proceso que contemple los diferentes tiempos que participan de él.

Resulta imprescindible partir de las preguntas que hoy nos formulamos acerca de nuestro presente y nuestro pasado, ya que la historia siempre se escribe desde las preguntas que son formuladas en el presente.

Como apuntó José Hernández en el *Martín Fierro*: "El tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir".

Distintas "habrán sido" las significaciones otorgadas a los mismos sucesos por quienes habitaban estas tierras en 1910..., muy diferente de lo que "habrá sido" el 9 de Julio de 1816 para quienes lo conmemoren en el 2010.

Subrayamos el "habrá sido", por ser el único tiempo verbal que da cuenta del funcionamiento del tiempo lógico en que el antes se significa a posteriori.[12]

Las efemérides tendrán algún poder explicativo en la medida en que sean significadas desde cada presente particular, revalorizadas como parte de un proceso y no como meros acontecimientos.

[11] Véase nota 9.
[12] Véase nota 10.

CÓMO ABRIR LAS EFEMÉRIDES A NUEVAS SIGNIFICACIONES

Para observar y analizar el pasado desde una mirada actual, se hace necesario emplear aquellos conceptos y procedimientos con los que hoy se escribe la historia; son las lentes desde las cuales se enfocan los hechos para explicarlos, más allá de su mera descripción o enumeración.

Los acontecimientos ocurridos durante el Congreso de 1816, por ejemplo, podrán ser pensados en términos de conflicto, identificando los actores sociales involucrados en él, por mencionar sólo algunos de los conceptos que pueden ser considerados.

Se emplearán procedimientos explicativos que contemplen la interdependencia entre los niveles político, económico, social, científico-técnico, ideológico y cultural, y nociones tales como las de causalidad, intencionalidad, cambio, continuidad, evolución, desarrollo o retroceso.

Podrán ser utilizados procedimientos de investigación-verificación tales como el manejo de fuentes, que implica un tratamiento crítico de los medios de información: variedad, lectura inferencial, análisis y evaluación estadística, síntesis y discrepancias interpretativas.[13]

También se podrán encontrar relaciones entre pasado y presente, en el seno mismo de algunos temas como en el caso en que se analiza la relación entre Buenos Aires y el resto del país.

En 1994, desde una Argentina que sufre y discute por la situación de muchas provincias del interior, los sucesos de Mayo de 1810 podrían cobrar significado, focalizando la mirada en los acuerdos y desacuerdos que en aquellos años se producían entre Buenos Aires y las demás provincias.

Pensar en términos de acuerdos y desacuerdos para analizar un conflicto es propio de la disciplina histórica cuando intenta explicar tanto el pasado como el presente.

En este caso, las vinculaciones se establecen tanto por vía del tema —las relaciones entre Buenos Aires y las provincias— como por el concepto empleado para su análisis —el conflicto—, el cual permite ligar pasado y presente por el tipo de mirada que se les confiere, más allá de correspondencias puntuales.

[13] Asencio, M.; Carretero, y Pozo, J. I.: en *Enseñanza de las ciencias sociales*, Aprendizaje Visor, 1989.

La pretensión no es que de este modo se pueda aprehender "lo que ocurrió", ni otorgarle un nuevo sentido congelado; se trata de realizar una lectura, un recorte entre tantos otros posibles, a partir de una mirada actual, la que involucra tanto una selección de los temas como de los conceptos y procedimientos con los cuales son analizados. En el enfoque adoptado se traducirán también las actitudes y los valores que se sostienen en él, tales como la tolerancia y el respeto por las diferentes opiniones y puntos de vista, entre otros.

Sólo desde una mirada actual y personal se podrá orientar el interés hacia aquellos acontecimientos del siglo pasado.

Por ejemplo, la presentación de un relato centrado en los problemas que aquellos hombres debían encarar, tales como dictar leyes que rigieran la vida de las provincias, organizar un nuevo sistema económico que reemplazara al del virreinato o conseguir apoyo y reconocimiento de los demás países, tendrá resonancias desde nuestro presente, en el que tiene plena vigencia el debate acerca de las leyes que nos rigen, el sistema económico o el reconocimiento externo.

Esto se diferencia de aquellos relatos que hacen hincapié simplemente en quiénes fueron los hombres que participaron en la Primera Junta y cuáles son sus nombres, las fechas y la crónica de los acontecimientos.

Los nuevos relatos deberían poder interpretar los ideales, las ilusiones, las desilusiones y las preocupaciones de la sociedad actual, encarnada para los niños en los adultos de quienes dependen y a cuyos discursos se encuentran fuertemente enlazados, por ser éstos su referencia primordial.

Podrán intentarse otros caminos que no son necesariamente excluyentes, como, por ejemplo, incorporar lecturas de otros tramos de la historia, que a la luz del presente puedan dar cuenta del origen y la evolución del país que hoy tenemos.

La historia nos muestra que los caminos para significar los hechos tanto del presente como del pasado no han de ser iguales para todos. El régimen oligárquico que gobernó la Argentina a partir de 1880 depositó sobre todo en la escuela la responsabilidad de desarrollar actitudes de pertenencia a través de la enseñanza de la historia nacional, mientras que otros sectores sociales, como los inmigrantes, promovieron sentimientos

de integración desde espacios culturales, como lo fue el cine que desarrollaron desde 1910.

De igual modo, hoy las nuevas significaciones deberán contemplar las diferencias con las que convivimos.

Si a los relatos actualizados sumamos algunas cualidades que los hacen significativos para los niños, como las referencias a situaciones personales y cotidianas que les permitan establecer identificaciones fluidas, tal vez estaremos más cerca de encontrar respuestas y de convocar el interés por estos temas.

LAS EFEMÉRIDES EN EL AULA

Las cinco efemérides que se desarrollan en este libro tienen una estrecha relación entre sí y todas ellas se inscriben en el marco de la historia argentina, siendo hitos en la construcción del Estado y la nación argentinos.

Los hechos que se conmemoran tanto el 20 de Junio como el 9 de Julio y el 17 de Agosto se encuentran estrechamente ligados al proceso revolucionario que se abre a partir de los acontecimientos conmemorados el 25 de Mayo. Todos ellos reflejan los intentos de construcción del Estado y la nación. La Constitución Nacional es el punto más visible de su concreción, que se produce precisamente en el período en que se conmemora la efemérides del 11 de Setiembre, en que se recuerda la muerte de Sarmiento. Él participó apasionadamente en esa dirección, sumándose al movimiento impulsado por los sectores porteños que acordaron con hombres del litoral y del interior para concretar el ideal de una sola nación.

La metáfora de un gran rompecabezas, que conformaría el estudio de la historia argentina, nos permite pensar la inclusión de las efemérides como piezas de los programas de los diferentes grados, de modo tal que el contenido de sus textos armonice con el resto. Para lograrlo, el enfoque adoptado para su abordaje deberá coincidir con el empleado para el estudio de la historia argentina en general.

Será necesario seleccionar qué piezas del rompecabezas se entregarán en cada caso, es decir, qué aspectos del tema de cada efeméride se

subrayarán en cada grado, para evitar repeticiones esquemáticas del mismo "cuentito" año tras año.

Cada entrega tendrá un valor en sí misma por el contenido que se esté transmitiendo, pero a su vez un valor estratégico, en cuanto al armado del rompecabezas general. Lo aprendido en cada grado podrá integrarse año tras año, ampliando la perspectiva del tema en cuestión.

Tomando el caso del 25 de Mayo, y a modo de ejemplo: en segundo grado se podrán encarar las funciones que tenía el Cabildo en aquellos tiempos y cómo participó esa institución durante los acontecimientos de Mayo de 1810, funciones que podrán asimilarse a lo que es hoy, por ejemplo, la municipalidad.

En tercer grado se podrá trabajar con las diferentes versiones que circulaban respecto de cuánta gente participó en el Cabildo Abierto del 22 de Mayo y por qué y qué se discutía en el recinto, debate que podrá ligarse a los que hoy existen en torno de los problemas que nos comprometen como ciudadanos.

Buscar referencias que permitan vincular los contenidos a situaciones actuales no implica realizar homologaciones término a término, sino encontrar significaciones que puedan ser leídas desde el presente, como lo son las funciones que desempeña una institución pública, sin olvidar por ello el contexto y las circunstancias históricas.

Por otro lado, pensar en las "funciones" que cumple una institución o en el hecho de que puedan existir "diferentes versiones" sobre un mismo acontecimiento es ofrecer a los alumnos conceptos y procedimientos propios de la disciplina histórica, que pueden ser utilizados para comprender múltiples situaciones, tanto del pasado como del presente, más allá de las referidas al tema puntual de los hechos de Mayo.

Conocer en segundo grado las funciones del Cabildo como institución encargada de los asuntos de la ciudad facilitará, en tercero, la comprensión de los sucesos del Cabildo Abierto, en la medida en que se desprenda de sus propias funciones por qué fue ésa la institución que lo convocó, a quiénes se invitó, por qué medios y qué atribuciones tenía. Éste será un punto de partida para conocer las controversias generadas alrededor de los acontecimientos de ese día: si fue mucha o poca gente, si se discriminó a algunos invitados, a quiénes se dejó afuera, si la votación fue libre o hubo coacción para votar, etcétera.

A partir de las controversias mencionadas, en cuarto grado se podrá

avanzar sobre las ideas que se discutían en el país en aquel momento y que en realidad eran el motivo de aquéllas, tales como quién debía gobernar estas tierras, una vez que el rey de España se encontraba preso.

Hasta cuarto grado, el tratamiento de estos temas por lo general se realiza sólo en el momento de trabajar las efemérides. La mayoría de los programas de ciencias sociales de estos grados se extienden sólo hasta el período colonial, previo al 25 de Mayo de 1810.

En quinto, sexto o séptimo grado, el debate planteado alrededor de quién debía gobernar abrirá las puertas a la confrontación de los distintos proyectos económicos y políticos que sustentaban las diferencias acerca del tipo de gobierno al que cada sector aspiraba según sus intereses particulares. Aquí los temas de las efemérides formarán parte del programa de ciencias sociales, cuando se aborde el período de la Revolución y sus años posteriores, la Argentina criolla y la Argentina de la organización nacional.

Cuando los tiempos del programa no sean los mismos que los de la fecha en el almanaque, no será necesario forzar las coincidencias. El tiempo de comprender no responde al de la ordenada secuencia cronológica; seguir los acontecimientos tal como se fueron sucediendo no es condición para su mejor comprensión. Lo que la favorecerá serán las articulaciones que se puedan establecer entre un momento y otro, según la modalidad del tiempo lógico que permite otorgarle sentido a lo que ocurrió a partir de situaciones posteriores.

Podrá suceder que en sexto grado se esté trabajando la Argentina de la organización nacional en el mes de mayo, momento de conmemorar la Revolución de 1810.

No coinciden los tiempos y hay que volver atrás. Pues no importa. En este caso la significación de los hechos de Mayo se dará a la luz de lo que interesaba en 1853, que era dictar una Constitución Nacional, resultado de un acuerdo entre elites provinciales que comprendieron la urgencia de tener un Estado y alcanzar el reconocimiento externo para poder comerciar. Con ello se estaría resolviendo lo que en las décadas anteriores a la Constitución Nacional y a partir de la Revolución de Mayo fueron los conflictos regionales y de los diferentes sectores sociales afectados por la desarticulación del comercio colonial.

Dirigirse al pasado enriquecerá su comprensión, en la medida en que

se le formulen nuevas preguntas, como en este caso desde el período de la organización nacional.

El hincapié estará puesto, entonces, en las articulaciones significativas que se pueden establecer entre pasado y presente.

Habrá que abandonar la preocupación por las coincidencias temporales, donde todo debe estar sincronizado —el tiempo del almanaque y el tiempo del programa— para evitar de este modo forzamientos estériles.

Llevar adelante esta propuesta implica que los docentes de cada grado tengan conocimiento del rompecabezas general, que será algo así como su Norte, y acuerden con el resto del equipo—sabemos que en la mayoría de las escuelas esto no es sencillo— el modelo del rompecabezas, es decir, qué enfoque de la historia se adoptará en la institución. Se deberán contemplar a su vez las lecturas personales de cada docente, para dar lugar a la confrontación de sus diferentes puntos de vista.

Al seleccionar las piezas del gran rompecabezas que se trabajarán en cada grado, es decir al decidir qué aspecto del tema será abordado, resultará conveniente acordar su distribución, para evitar repeticiones inútiles.

En esta instancia desempeñará un papel relevante la dirección de la escuela o quien tenga a su cargo la coordinación del área de ciencias sociales. Esto no significa que recaiga en ellos toda la responsabilidad de los acuerdos, ya que sin la anuencia del equipo docente éstos no serían posibles.

EL ACTO: RITUAL ESCOLAR

Los actos escolares constituyen una instancia especial del trabajo con las efemérides, ya que en ese momento se encuentra comprometida toda la vida institucional.

La escuela abre sus puertas e involucra a alumnos, maestros, padres y directores, a diferencia de lo que ocurre en el aula cuando se dictan las clases alusivas al tema, en las que la presencia de todos ellos se halla neutralizada —aunque no excluida— por la intimidad de sus paredes. Suele pesar sobre el maestro la opinión que supone tendrán los padres o la dirección de la escuela, aunque no se encuentren allí presentes.

Frente al acto, la dimensión de esta presencia se multiplica, y con ella

el nerviosismo depositado, según el caso, en los ensayos, en la preparación del discurso o en las clases de música, que se transforman en una suerte de cabina de pruebas, para garantizar que todo salga "diez puntos".

Los directores se aprestan a "mostrar" su escuela, tratando de atender todos los aspectos involucrados: habrá quien se ocupe de las cuestiones edilicias, las representaciones de los chicos, el discurso de la maestra, el lugar del piano, etcétera.

Los chicos se mostrarán contentos, tensionados, aburridos o preocupados, según el tono que el acontecimiento tenga en la institución.

Los padres protestarán si tienen que preparar complicados disfraces, o se conmoverán si su hijo es quien llevará la Bandera de Ceremonias.

No pasa inadvertido para nadie, y el clima de tensión crece a medida que se acerca el día.

Sin duda, lo que genera inquietud no es el motivo de la celebración —conmemorar la muerte del Libertador o la Declaración de nuestra Independencia—; lo que inquieta es poder llegar a mostrar el ideal de lo que cada uno cree que debe ser una buena escuela.

Son dos, pues, los guiones que se preparan para su puesta en escena: uno explícito, sobre el patriotismo y la identidad nacional, y otro implícito, sobre el quehacer cotidiano de la escuela y los valores de los que se siente depositaria.[14]

Es una de las pocas oportunidades en que la escuela se expone para ser mirada desde el afuera, pero por dentro. Todos pasarán a formar parte de los comentarios de todos: "Qué bien o qué mal se portaron los chicos", "Cuánto o qué poco se esmeraron los maestros", "Cómo se equivoca siempre la profesora de música en esa parte del Himno", "Mirá cómo las madres se la pasaron hablando de cualquier cosa mientras los chicos actuaban" y podríamos continuar con la lista de aquello en lo que se detiene la mirada y que no es precisamente en "qué decían los textos", es decir en la perspectiva desde la cual fue encarado el tema de la convocatoria.

En el acto, constituido en una suerte de "ritual", ambos guiones coexisten: aquel en el cual se teatralizan los acontecimientos históricos para recordarlos y recrearlos, y el de los ideales de la escuela que hay que mostrar.

[14] Véase nota 5.

Como todo ritual, puede ser pensado en tanto juego que se define por un conjunto de reglas, las que permiten que se repita un número ilimitado de veces. Lo que lo hace peculiar es que, a diferencia del juego, el ritual insituye una unión, promueve la integración, y en eso radica su eficacia.[15]

En los actos, la eficacia integradora del ritual radicaría en el ideal de escuela a compartir, que podrá ser disciplinada, creativa o instructiva, según el caso, así como en la integración de valores y tradiciones que se pretenden comunes.

Hoy nos invade la certeza de lo frágil y efímero del ritual escolar para integrar estos valores y tradiciones que, expresados en los mitos que recrean las efemérides, no son retomados por la sociedad.

Es necesario abrir los mitos, haciendo lugar a las diferentes posturas respecto del pasado y a las múltiples miradas que desde el presente puedan convertirlo en significativo, en la convicción de que no todo ya ha sido hecho, de que algo tenemos que ver hoy nosotros con la construcción del Estado y la nación y que la firma del Acta de Independencia en 1816 no da garantías de eterna perdurabilidad. Así tal vez se le podrá devolver al ritual del acto algo de su eficacia integradora.

Si bien es necesario renunciar a la búsqueda de relaciones entre el mito y el ritual en una especie de causalidad mecánica en la que el mito y el rito se reproducen entre sí —el primero en el plano de las nociones y el segundo en el de la acción—, la revisión de uno de ellos tendrá su impacto sobre el otro.[16]

Los cambios producidos en el contenido de las narraciones que se trabajan en el aula tendrán, sin lugar a duda, sus efectos en el acto, dejándose escuchar en la puesta en escena que se despliegue.

El guión implícito involucrado, el del quehacer cotidiano, el de la ideología que sustenta la institución, impondrán su sello que marcará la permeabilidad o no para aceptar la revisión de los textos en juego.

Es que el ritual excede al mito. Las diferentes instituciones escolares encontrarán su manera singular de dar lugar a alguna modificación de su ritual, abriendo los mitos que en él se ponen en juego. No habrá

[15] Lévi-Strauss, C.: "La ciencia de lo concreto", en *El pensamiento salvaje*. México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, 1990.

[16] Lévi-Strauss, C.: "La estructura de los mitos", op. cit.

modalidades ni recetas válidas para todos por igual, sino tantas como ideologías institucionales existan.

Por ello, trabajamos en este libro sólo sobre un aspecto: el de la apertura del mito, cuyos efectos se verán en cada caso particular. Será una manera de devolverle al ritual contenidos que tornen también significativos los hechos que se conmemoran.

Es generalizada la sensación que manifiesta Florencia, de 11 años, cuando expresa: "Cuando llegan los actos escolares y los preparativos, todos están entusiasmados. Habrá un acto, claro; para nosotros es sólo una diversión y no una cosa importante, como la independencia festejada el 9 de Julio o el 25 de Mayo, para nosotros sólo es un juego".

Se trata de que el juego, que tanto importa en la vida de un niño, no quede desligado de eso otro tan "importante" que se pone en juego en el ritual: la inscripción, en cada historia personal, de los significados y los valores que el mundo de los adultos le adjudica al pasado común.

Es en este contexto que izar la Bandera, ser elegido para llevarla o para ser escolta, suelen, además de fastidiar, también emocionar.

Fin del primer movimiento

2

SEGUNDO MOVIMIENTO: CUÉNTAME UNA HISTORIA

Perla Zelmanovich

Cuando nos enfrentamos al propósito de abrir desde la historia el mito encerrado en las efemérides, haciéndolo desde una perspectiva actual y eligiendo un enfoque que permita establecer lazos desde el presente hacia el pasado, se impone la tarea de revisar los textos que se relatan a los niños.

Se hace necesario, entonces, transformar el contenido a transmitir en uno apto para ser recibido por ellos, para lo cual resulta imprescindible que convoque el interés y se encuentre dentro de sus posibilidades de comprensión.[17]

A continuación se presentan algunas características del sujeto que guardan relación con el tema que nos ocupa, entendiendo que son orientadoras en la tarea de adecuación de los contenidos.

EL SUJETO Y SU PREGUNTA POR EL ORIGEN

Es habitual encontrar en los niños una fuerte atracción por temas que aluden al origen de las personas o las cosas (los dinosaurios, el hombre de las cavernas, los planetas, etcétera).

Con el fin de precisar este interés e indagar en sus ideas y representaciones respecto de algunos temas de ciencias sociales, en 1992, se realizó una consulta a niños de 8 años de Capital Federal.[18]

[17] Chevalard, Y.: *La trasposition didactique*. Grenoble, La Pensée Sauvage, 1985.

[18] Zelmanovich, P.: *Los niños del primer ciclo y las ciencias sociales*. Buenos Aires, ORT Argentina, Depto. de Educación Creativa, 1993.

Entre los resultados obtenidos en relación con la pregunta por el origen se pudo corroborar un especial interés por los animales y los hombres prehistóricos. Manifestaron, además, que les gustaría saber cómo fueron inventados el mundo, las personas, la naturaleza, el agua, el corazón, las plantas, Adán, Eva, Dios y Marte.

Formularon preguntas tales como: "¿Quién fue el primero que nació de todas las familias?", "¿Cómo se inventaron los inventos?".

Entre las expresiones que utilizaron para justificar el deseo de conocer las cosas que sucedían en épocas lejanas figuran algunas como: "porque yo no estaba", "porque no puedo verlo ahora", "porque nunca voy a poder llegar a ese lugar" o "porque quiero saber si había hombres y si eran buenos".

De estas respuestas se desprende que la curiosidad respecto del origen se orienta hacia múltiples y variados temas, en los cuales los niños buscan satisfacer su necesidad de dar respuesta al gran enigma que no pueden develar: el enigma del origen de la vida.

A pesar de que resulta imposible hallarle una respuesta, su presencia es fundamental, ya que está en la génesis de la "pulsión de saber", motorizando el deseo de conocer.

El enigma debe permanecer abierto para que continúe permanentemente la búsqueda de respuestas, que —desplazada hacia otros temas— promueve la curiosidad y la actividad investigadora. Aunque en esta actividad es posible percibir un eco de aquel primer interrogante, el pensar se emancipa de su incitación original y prosigue como una pulsión autónoma de investigar.[19]

El niño entonces construye teorías que intentan dar una respuesta al enigma, las cuales adoptan la estructura de mitos, siendo ellos una forma simbólica de encarnar la pregunta original.

A través del despliegue de sus teorías, cuyos temas giran alrededor de la vida y la muerte, el sexo, la existencia y la no existencia, la aparición de lo que no existe aún y del nacimiento, entre otros temas, el niño va construyendo una historia de su vida.

Ésta es una instancia primordial en el proceso de su estructuración

[19] Freud, S.: *Tres ensayos de teoría sexual*, en *Obras completas*, Vol. VII. Buenos Aires, Amorrortu, 1989.

subjetiva: el niño puede contar con una historia que, aunque tenga estructura de ficción, es aquella con la que se presenta en la vida.

No obstante esta función estructurante que poseen las historias construidas durante la infancia, ellas se irán resquebrajando con el tiempo, perdiendo su capacidad de dar respuesta al enigma del propio origen.

Necesitarán ser revisadas y destituidas como mitos, para que pueda abrirse un espacio de búsqueda de nuevas respuestas en la historia personal. Podrán encontrar entonces fragmentos de su historia, que permitan dar nuevas respuestas a viejas preguntas.

El mito, con su estructura de historia cerrada, que vino a rellenar el lugar abierto por la pregunta imposible de responder, dará lugar, de este modo, a la construcción de una historia, abierta a nuevas significaciones.

RESPUESTAS DE LA CULTURA AL ENIGMA DEL ORIGEN: MITO E HISTORIA

A través de la creación mítica universal y de cada pueblo en particular, también las diferentes culturas intentan dar una respuesta al enigma del origen.

Los mitos preexisten al sujeto y forman parte de su herencia. No son una construcción individual, como no lo son los mitos encerrados en las efemérides.

Esto implica suponer un sujeto que no es concebido como universal, más allá de la cultura en la que está inmerso. Es pensar el origen del sujeto con una historicidad, no en su propia historia individual sino el origen del sujeto inscripto en la cultura que lo recibe.

Esta inscripción en un linaje, que convierte al hombre en un sujeto hablante, no se realiza naturalmente ni de manera inmediata: forma parte de ella, por ejemplo, la apropiación de las herencias culturales.

En este contexto cobra sentido la frase de Goethe: "Lo que has heredado de tus padres, adquiérelo para poseerlo".

Los mitos se proponen como un puente entre el sujeto y su cultura: ofrecen en sus relatos una trama simbólica que le permite establecer múltiples y variados enlaces con ella. Allí residen el interés y el placer que provoca en los niños escuchar las historias que relatan los mitos de los pueblos.

Los mitos encerrados en las efemérides, al intentar dar cuenta del

origen de la nación, del Estado o de la patria —"tierra de los padres" según la etimología de la palabra—, también se ofrecen como recurso para promover lazos de pertenencia a la comunidad.

Sabemos del gusto que suelen experimentar los niños al escuchar los relatos de sus maestros, en las "clases alusivas" a las efemérides, que se refieren a los orígenes de su propia cultura; a través de ellas los niños se ligan a una historia colectiva en la que se inscribe la suya personal.

Pero no son sólo los mitos los que pueden establecer esos vínculos; ellos se han ido resquebrajando, perdiendo su capacidad de dar respuesta. Al ser revisados a partir de nuevas preguntas que le son formuladas a la historia, se abre un horizonte de nuevas respuestas y significaciones.

Este pasaje del mito a la historia favorece el trabajo de apropiación de la herencia cultural, ya que a partir de las preguntas formuladas en cada época permite establecer lazos con la historia colectiva.

EL SABER EN LOS NIÑOS Y SU RELACIÓN CON LOS ADULTOS

Las efemérides forman parte de una herencia compartida, siendo los adultos de quienes los niños dependen los que tienen a su cargo la transmisión.

Los pequeños disfrutan escuchando a sus maestros relatar historias. Así lo manifestaron quienes fueron consultados en 1992, al responder que *para estudiar un tema prefieren, además de hacer visitas a lugares, que se lo cuente la maestra*, antes que preguntarles a otras personas, mirar fotos y dibujos o leer historias.[20]

La inclinación por escuchar historias contadas por el maestro —un adulto significativo que no es ninguno de sus padres— estaría dando cuenta de una necesidad propia de la etapa de la infancia en la que se encuentran los alumnos de escuela primaria: el período al que Freud llamó "período de latencia", momento necesario del proceso de estructuración del sujeto infantil durante el cual tienen que ir horadando aquel saber que les suponían absoluto a sus padres.[21]

Al escuchar esas historias se van encontrando con otros discursos que les permiten ir descubriendo las posibilidades y los límites del saber en general.

[20] Véase nota 18.
[21] Véase nota 18.

Para acceder al descubrimiento de este límite es necesario que actúen determinadas operaciones, a partir de las cuales el niño comienza a funcionar de acuerdo con una nueva legalidad que le permite acceder a otro tipo de intereses y actividades.

Cuando esas operaciones actúan, una de las tareas más necesarias pero también más dolorosas que realiza el niño es ir desprendiéndose paulatinamente de la autoridad parental. Esto es posible gracias a que comienza a abandonar la ilusión de un máximo saber depositado en ellos: ya no son todo lo omnipotentes que imaginaba. La antigua fórmula: "Son omnipotentes, todo lo saben" es reemplazada por una nueva: "No son omnipotentes, no lo saben todo". Puede reconocer entonces a otros adultos como portadores de un saber, predisponiéndose por ello a recibir las historias que los maestros les cuentan o transmiten a través de sus propuestas.

Para que el efecto de transmisión se produzca es necesario que los docentes lo efectúen a partir de sus propias inscripciones en la cultura, convencidos del contenido que ponen en juego en sus relatos.

Desde esta perspectiva, cobra especial relevancia la revisión que cada uno realiza sobre el tema de las efemérides, buscando una articulación personal con la historia colectiva. Es un modo de vincularse al pasado desde el presente. Los niños tienen la posibilidad, entonces, de apropiarse de esas historias, incorporándolas a la propia.

En países como el nuestro, cuya conformación social reúne infinidad de linajes y herencias diferentes, producto de lo que se dio en llamar "el crisol de razas", es indispensable hacerles un lugar a todas las diferencias y matices que sean necesarios, para que cada uno pueda encontrarse también con los tramos de la historia del país, que se ligan a su historia personal.

LA PRODUCCIÓN DE FANTASÍAS, LA NOVELA FAMILIAR Y LA CONSTRUCCIÓN DE ESCENAS

Con el material de sus fantasías en este período el niño va armando lo que se conoce como "la novela familiar": construye una historia de su vida en la que suelen aparecer personajes idealizados o menospreciados, envueltos en situaciones diversas, que tienen la función de sustituir y destituir las figuras parentales.

Las fantasías, vinculadas especialmente al tema de las relaciones familiares, no son otra cosa que el lamento por la desaparición de aquellos padres que idealizaba. Ellas lo acompañan en el proceso de desprendimiento, haciendo más tolerable la separación.[22]

Aunque sea dolorosa, se constituye en potencial productivo: abre un horizonte de relaciones más allá de los padres o sustitutos y potencia la actividad fantaseadora. De ese modo va constituyéndose un campo de ficción, metáfora de aquella zona de su historia en la que los padres eran figuras idealizadas y todo el saber se encontraba depositado en ellos.

En ese campo de ficción el niño construye "escenas" en las cuales los personajes se incluyen en diversas situaciones. A medida que lo hace se va construyendo a sí mismo, creando un momento privilegiado en el proceso de su estructuración yoica. Esta tarea le permite constituirse como sujeto más allá de sus padres. Por ese motivo, las historias que interesan a los niños son aquellas que contienen escenas semejantes a las que construyen en su novela familiar: es el caso de *La Cenicienta*, en el rubro de los cuentos tradicionales, en el que una madrastra malvada se ensaña con una inocente e inofensiva niña, llevado a historias actuales como la novela televisiva "Grande Pa", en la que una mamá ha muerto y las hijas se encuentran al cuidado de una mucama, o simplemente las novelas e historias de terror y aventuras.

HISTORIAS PARA SER CONTADAS Y DISFRUTADAS

La inclinación a escuchar este tipo de historias se vio reflejada en la consulta llevada a cabo en 1992.[23]

Entre las historias que más los impactan figuran aquellas en las que un niño tiene el papel protagónico, lo cual facilita el enlace afectivo por medio de la identificación con el personaje. Otra condición es la presencia de situaciones como el descubrimiento de una mentira, la sustitución de personajes, la presencia del bueno y el malo, el niño en peligro, el adulto salvador, la trampa, la transgresión, la separación y el reencuentro.

A propósito de las preguntas vinculadas al tema de las efemérides, y

[22] Freud, S.: "La novela familiar de los neuróticos", en *Obras completas*, Vol. IX. Buenos Aires, Amorrortu, 1989.

[23] Véase nota 18.

en relación con el descubrimiento de América, por ejemplo, los niños manifestaron que prefieren saber "qué pasó" cuando llegaron y "cómo era la vida de Colón", antes que conocer cómo eran las carabelas o qué había pasado en el viaje.

Al referirse a las características de la época colonial, la mayoría de las veces la información fue presentada en relación con alguien: "Las calles eran de barro y cuando llovía no podían salir", "Tenían que sacar el agua del río".

El "no podían salir" o el "tenían que sacar" que se agrega a la descripción, así como "el interés por la persona de Colón y sus peripecias al llegar a América", están dando cuenta de su necesidad de incluir siempre al protagonista con el que tienden a identificarse.

Cuando recordaron lo estudiado sobre San Martín, sus inquietudes en relación con el prócer se centraron en la perspectiva de su vida personal, aun cuando se referían a acontecimientos en los que participó: "¿Tenía frío cuando cruzó..." o "¿Qué sintió en la batalla...". La mirada se orientó, por ejemplo, hacia su vida familiar —"tuvo una hija", "tuvo una esposa", "se casó con Remedios de Escalada"— o a su condición de soldado y de héroe triunfador: "era un peleador", "luchaba en las guerras para defender al país", "era muy valiente".

También pudo observarse una fuerte presencia de los personajes cuando tuvieron que hablar de sucesos de la época colonial. Algunas expresiones utilizadas fueron "el virrey mandaba, los criollos estaban descontentos porque tenían que esperar que el virrey consultara al rey", "los españoles no querían dejar libres a los criollos" y "el rey de España los obligaba a hacer las cosas".

En estas respuestas, los hechos son presentados como actos casi caprichosos de los héroes y desprovistos de cualquier explicación que involucre alguna intencionalidad por parte de los actores, revelando a su vez una gran pobreza argumental.

Al recordar personajes vinculados a la época colonial, aparecen mezclados temporalmente:

"Colón y San Martín vivían en la misma época, pero Colón vivía más en la selva."

"El 25 de mayo murió Colón."

"Belgrano hizo la escuela y las carabelas."

"San Martín inventó la Bandera."

Se podría decir que se les mezclaron las figuritas.

Es recomendable, pues, que las historias contadas a los niños contengan personajes envueltos en situaciones argumentales que incluyen relaciones familiares y personales. De este modo gozarán de su interés, ya que pondrán a trabajar en ellas sus propias fantasías.

Es probable que la presencia del personaje, con sus cualidades humanas y cotidianas, les permita ordenar el resto de los datos, ya se trate de elementos o acontecimientos, al facilitar el armado de una escena.

Para favorecer el establecimiento de los enlaces que ayuden a mantener las figuritas ordenadas, será necesario, pues, que las narraciones relatadas en las efemérides presenten a los personajes vinculados argumentalmente a los escenarios de la época.

Será conveniente enriquecer las historias con abundancia de detalles personales y cotidianos, entramados con los hechos históricos, mostrando situaciones en las que ellos se encuentren involucrados personalmente junto a otros protagonistas.

Esto será posible en la medida en que también podamos presentar la trastienda de los héroes mostrando los entretelones de su condición de hombres a quienes la vida los enfrentó con situaciones que no son desconocidas para los niños, ya que amar, padecer, acordar y disentir, escapar y esconderse forman parte de aquello a lo que también la vida los expone.

Podremos presentar entonces a Belgrano, el hombre:

> [...] ¡que quede entre nosotra'...! ¡Las mujeres enloquecían por él! Y no era sólo por lo atractivo, no vaya a creer, ¡no señó'! Pasaba que este buen hombre respetaba a las damas.
>
> [...] Él siempre decía que los hombres que gustan de hacer amistad con las damas se vuelven más amables y sensibles.
>
> ¡Y ante estos comentarios no hay pollera que se resista, mi niña!
>
> —¡Me imagino, tiíta!... ¿Y no se casó con ninguna?
>
> —[...] no formalizó con ninguna, pero... amores no le faltaron...

Se podrá mostrar a San Martín envuelto en situaciones que lo humanizan:

> —Remedios, la hija de don..., la que se casó con el general San Martín.
>
> —¿Cómo? ¿No estaba en Mendoza...? —preguntó la viuda de García.
>
> —Estaba..., pero ya no está más. El general las metió a las dos, a ella y a la niñita, en una diligencia y las mandó a Buenos Aires.

—¡Qué horror!, mandar a la muchacha por esos caminos llenos de indios y santafesinos salvajes, ¡y con una criaturita tan chiquita! Pero a quién se le ocurre. ¿Por qué no las dejó en Mendoza? —dijo la viuda [...]

Estos dos fragmentos muestran a ambos personajes en escenas en las que los hechos se enlazan a situaciones personales. En el primer caso, se insinúan en el texto los valores de la época, y en el segundo, las circunstancias personales que acompañaron a San Martín en su empresa del cruce de los Andes.

MIRAR Y ACTUAR LAS HISTORIAS

La importancia que posee para los niños la construcción de escenas en el armado de su historia personal se manifiesta, pues, en su inclinación a escuchar historias que las incluyen. Esta necesidad también se pone en juego tanto al mirar una puesta en escena en una función teatral como al representarla. El valor que se agrega en estos casos proviene del placer que produce ser espectador del drama que se desenvuelve en la escena teatral, ya que a través de ella cabe la posibilidad de cumplir el sueño de ser un héroe, identificándose con el personaje. Al hacerlo se produce una ganancia adicional, ya que allí donde en la vida real ser el héroe no sería posible sin dolores ni penas, en la escena de ficción es otro el que actúa y sufre, no estando así comprometida su seguridad personal.[24]

Podría aplicarse esta idea a las situaciones en que los niños participan en las escenas de ficción constituyéndose ellos mismos en héroes, como suele ocurrir en los actos escolares.

Allí encontramos el placer de disfrazarse para encarnar al héroe de la epopeya de los Andes, a la dama antigua o al aguatero. Detrás de la mascarada del disfraz y la actuación, el niño sufre y goza de lo que en la escena acontece, pudiendo, con el mínimo de riesgo de su parte, realizar alguno de sus deseos.

Lo dicho hasta aquí pone de relieve la necesidad del acto, aunque merezcan ser revisados los contenidos que en él se transmiten para que también la puesta en escena se vea enriquecida.

[24] Freud, S.: "Personajes psicopáticos en el escenario", en *Obras completas*, Vol. VII. Buenos Aires, Amorrortu, 1989.

PARA CONCLUIR

Si nos guiamos por las respuestas que dan los niños a la pregunta de qué es lo que se festeja el 25 de Mayo y por qué es feriado, deberemos concluir que, al igual que sus maestros, sienten que poco o nada tienen que ver con "eso de las efemérides".

En ningún caso se involucran personalmente, desde las respuestas generales como "Gracias a ese día todo el mundo tiene libertad" hasta en las más específicas en relación con la fecha: "Recordamos la liberación de España".

Señalamos más arriba que una manera de revertir esta situación será abrir las significaciones de las efemérides desde intereses actuales, estableciendo de este modo conexiones entre presente y pasado.

Esta idea se ve legitimada al pensar las adecuaciones didácticas, ya que los niños las buscan espontáneamente. Lo revela el empleo permanente de la analogía con la realidad actual cuando describen, por ejemplo, cómo era la época colonial: "No había autos ni aviones", "Los hombres usaban calzas", "No había vehículos, ni TV, ni teléfonos".

Tal como ocurre en una ambientación escenográfica, los niños apelan a vaciar el escenario de elementos actuales hasta encontrarse con lo que sí había en aquella época.

Éstos son distintos modos de figurarse una historia a la que necesitan recubrir de elementos que les resulten familiares.

Los relatos que ayudarán a los niños a encontrarse formando parte de una historia colectiva, deberán estar dispuestos a despojarse de aquellos mitos que hoy velan el acceso a otros tramos de la historia común, en los que es posible encontrar nuevas explicaciones.

Fin del segundo movimiento

3

PRELUDIO: PARA ESCUCHARTE MEJOR

Perla Zelmanovich

Antes de sumergirnos en los sonidos del próximo movimiento "Los cuentos de la tía Clementina", presentamos algunas claves que pueden ayudar a escucharlos mejor.

Los cuentos se ofrecen como puentes que posibilitan a los niños el encuentro con algunos tramos de su historia colectiva.

POR QUÉ "LOS CUENTOS DE LA TÍA CLEMENTINA"

La tía Clementina —personaje de ficción, al igual que todos los que tienen a su cargo la voz narrativa en los cuentos— representa a una negra esclava, nodriza de la pequeña Eugenia Ortiz, quien pertenecía a una familia acomodada de Buenos Aires. A los negros por lo general se los llamaba "tíos", de donde surge la expresión tía Clementina.

Era habitual que las negras cuidaran y hasta amamantaran a los hijos de las familias en las que servían, rol que desempeñaba Clementina en la familia Ortiz.

La negra le contaba a Eugenia, desde que ésta era muy pequeña, historias de su familia, generalmente vinculadas a los acontecimientos de la época. Los sucesos históricos aparecen fuertemente enlazados a las vidas personales de los protagonistas.

Eugenia, hija mayor de la familia Ortiz, es quien a los 65 años decide

escribir las memorias de sus conversaciones con la negra, que datan de cuando tenía seis años, allá por el 1815. Siendo aún una niña, en los primeros cuentos es la interlocutora de Clementina, con quien conversaba debajo de un limonero. Platicar a la sombra de un árbol era una costumbre de la época.

La forma como se manifiesta Clementina, utilizando expresiones como "¡No señó'! ¡Pa' mí estaba muy bien lo que decía Belgrano!", refleja el modo como se expresaba el grupo al que ella pertenecía, y la diferencia de Eugenia, quien no utiliza tales expresiones por ser de otro sector social.

A QUÉ ÉPOCA SE REFIEREN LOS CUENTOS

Los primeros cuentos se sitúan en las primeras décadas de vida independiente, entre los años 1810 y 1820, y permiten trabajar el proceso que se abre a partir de la Revolución de Mayo.

Un cuento hace de bisagra entre esta etapa y la que se presenta en los últimos relatos: "El tiempo pasa...", que muestra a una Eugenia joven, con sus ideas propias, quien puede confrontarlas con las de Clementina en un contexto de luchas internas del país: el período de la gobernación de Rosas.

"Conversaciones con mis nietos, o cómo recuperar a Clementina" da lugar a un cambio de las figuras que tienen a su cargo la voz narrativa: a partir de ahora, será una Eugenia abuela, contándole historias a su nieta Mariana, quien lo hará. Esta labor de transmisión se puede pensar como parte de la herencia que las conversaciones con Clementina han dejado en Eugenia.

Los últimos cuentos avanzan sobre el período de la organización nacional y se desarrollan en un contexto en el cual la Argentina comienza a modernizarse.

EL TIEMPO EN LOS CUENTOS

Todas las historias, al encontrarse atravesadas por la vida del mismo personaje —Eugenia—, posibilitan trabajar simultáneamente en dos

planos: el de la vida pública y el de la vida privada. El seguimiento de una misma historia de vida permite observar el interjuego entre ambas.

En los últimos cuentos es posible ver, por ejemplo, a una Eugenia ya adulta, participando de las reuniones en los salones literarios. En esta situación se conjugan elementos que conciernen a su vida privada —entre los que podrían contarse las marcas de su experiencia infantil, escuchando las historias que le relataba su nodriza— y la influencia de algunas corrientes de pensamiento que circulaban en los medios intelectuales relacionados con el romanticismo, a los que se vincula la figura de Esteban Echeverría y toda la generación del '37.

Por otro lado, presentar a la misma Eugenia Ortiz como una niña en los cuentos que corresponden a la efeméride del 25 de Mayo, y como una señora mayor en los que corresponden a los tiempos de Sarmiento, permite articular, por su intermedio, posibles relaciones entre las diferentes efemérides.

Figuras como Moreno, Belgrano, San Martín y Sarmiento, que habitualmente quedan desvinculadas, aparecen articuladas por la trama misma de los relatos, siendo Clementina y Eugenia las encargadas de hacerlo.

HISTORIA Y FICCIÓN EN LOS CUENTOS

Los cuentos están inspirados en acontecimientos, situaciones, costumbres y personajes de la época a la que se refieren las efemérides y a algunos otros momentos de la historia argentina. En ellos conviven elementos históricos y de ficción.

Todos incorporan el arte de la narrativa, y siempre se puede encontrar un tema central alrededor del cual se desarrolla la historia. Hay una trama en la que se desenvuelven una serie de peripecias con un comienzo bien diferenciado, un nudo y un final, siendo la voz narrativa siempre identificable.

Una de las tareas más arduas para su elaboración fue compatibilizar la reconstrucción histórica —reflejando versiones bien documentadas de los hechos— con la frescura y el interés de la trama del relato. Como ocurre en las novelas históricas, fue necesario combinar "la temeridad

literaria de contar una vida con una documentación tiránica, sin renunciar a los fueros desaforados de la novela".[25]

Todos se encuentran debidamente documentados.

Los personajes son, básicamente, de dos tipos: los que existieron, como es el caso de Manuel Belgrano, entre otros, y los de ficción —como Clementina, Eugenia y Mariana—. Estos últimos representan a personas que vivieron en aquella época, que pensaban y actuaban de manera semejante a como lo hacen ellas en los cuentos.

En todos los relatos, se privilegió que fueran ricos desde el punto de vista argumental. Para ello fue necesario hallar en la bibliografía episodios "sabrosos" alrededor de los cuales hacer girar las historias.

El cuento "Anochecer de un día agitado", por ejemplo, gira en torno de una pelea: frente a los sucesos de Mayo, Eusebio, que era un comerciante español, tenía una visión muy distinta de la de su cuñado, el señor Ortiz, que era un comerciante criollo.

Sus diferencias se pusieron también de manifiesto frente a un hecho que efectivamente ocurrió: la Primera Junta de Gobierno dio la orden de encender todos los faroles del Cabildo y de la ciudad para festejar el triunfo de la Revolución. Pero llovía, y el agua apagaba las velas de los candiles. Entonces ordenaron prender las velas de todas las casas y abrir los postigones para que la luz del interior iluminara las calles. Cuando uno de los cuñados abría las ventanas el otro las cerraba, lo cual dio lugar a una escena de violencia entre ambos.

Si bien este dato documental no constituye la información más relevante del cuento, permite que se recreen diálogos y situaciones que acontecían en la época, como los conflictos que desató a nivel de la sociedad la destitución del gobierno colonial.

Aunque los protagonistas son de ficción, en muchas familias en las que convivían criollos y españoles se discutían los mismos temas que ocasionan la pelea en el cuento.

Los personajes y las situaciones de ficción que aparecen recreando algunos aspectos de las narraciones históricas propiamente dichas ayudan a vincular hombres, escenarios y acontecimientos, introduciendo elementos con los cuales los pequeños pueden identificarse.

[25] García Márquez, G.: "Gratitudes", en *El general en su laberinto*. Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Por ejemplo, el "Cuento con puntillas, banquetes y virreyes" relata cómo la niña Eugenia tenía que acompañar a la negra que la cuidaba a comprar adornitos para poner linda la habitación que iba a ocupar el inglés. Las preguntas que se hace la niñita acerca del inglés, un extraño que se incorporará a la casa, tal vez sean las mismas que se formule el pequeño lector a medida que vaya siguiendo el diálogo. Esta anécdota da pie para comentar que los ingleses se instalaban en las casas de los criollos con el afán de aprender más rápido su idioma y sus costumbres, y así concretar sus aspiraciones comerciales.

Podrán surgir entonces en los niños algunas preguntas como ¿por qué la gente dejaba que entraran extraños a vivir con ellos?, ¿es cierto que los ingleses se metían a vivir en las casas de la gente? o ¿para qué querían conocer el idioma y las costumbres? Estos interrogantes abrirán las puertas a la búsqueda de más información, que les permitirá documentarse respecto de los acontecimientos relatados en los cuentos.

La recreación, introduciendo situaciones con las cuales los niños puedan sentirse identificados, les ofrece la oportunidad de ser marcados por las huellas que dejan los acontecimientos del pasado, cuando su contacto con ellos se realiza por alguna vía que los involucra.

PARA QUIÉN FUERON PENSADOS LOS CUENTOS

Fueron pensados para niños de 8 años —alumnos de tercer grado— en adelante. Esta amplitud de edades obedece a la manera como son relatados, que los hace accesibles a los más pequeños, y a que la riqueza de su contenido los hace interesantes para los mayores.

El lenguaje coloquial empleado en la mayoría de los cuentos permite establecer una particular relación entre el texto y el pequeño lector. A través de los diálogos, los personajes al mismo tiempo que interpretan van relatando la historia: son a la vez actores e intérpretes, lo cual facilita la comprensión del contenido.

Los protagonistas del cuento "Sueños en la carreta", por ejemplo, adoptan diferentes actitudes frente al hecho de que había que entregar los esclavos para el Ejército de los Andes. Al mismo tiempo cada uno interpreta la situación desde su particular punto de vista.

Mientras la madre de Eugenia dice: "[...] estoy harta de esta guerra.

Para mí se terminó. Ni uno solo de mis negros va a ir al ejército", Clementina reflexiona: "Ésta no es cualquier guerra. Le digo más, si me lo quisieran llevar (a mi nieto Fortunato) pa'pelear contra los propios hermanos, ahí sí que lo escondía bien escondido. Pero esto es distinto, niña".

Otro factor que facilita la comprensión de los relatos es que tienen la propiedad de incluir los contenidos entre una situación inicial y una final, a diferencia de las acciones ofrecidas en el mundo de nuestra experiencia, o en las crónicas históricas, que se presentan sin esta unidad. La fascinación que ejerce el relato se debe a que seduce con la posibilidad de un proceso de acabado, al mostrar siempre la cohesión estructural de la historia.[26]

En el cuento "Clementina y el poncho de Yorkshire", por ejemplo, Clementina es presentada de esta manera: "[...] escurriéndose como una sombra para que nadie la viera... ¡Shhh, que no escuche el amo! Venga que le muestro. Es un poncho que compré", y al concluir el cuento dice: "Por eso no quiero que se entere, mi niña, porque según entendí, estos ponchos son la perdición del amo". Este final, que retoma la situación con la que comienza el cuento, enmarca la idea de que la mercadería inglesa competía ventajosamente con la producción local, por el tipo de comercialización que realizaban.

Estas características narrativas de los cuentos posibilitan un encuentro entre el texto y el niño, sin que deba intermediar necesariamente el adulto.

PARA ESCUCHARTE MEJOR...

El maestro "contador de historias", generando los climas necesarios para que el relato se haga vívido, tendrá la oportunidad de experimentar el placer de quien cuenta y de quien escucha. Dejará así esas marcas que acompañan a las experiencias que impactan, dándoles la posibilidad de apropiarse de las historias escuchadas.

En su libro *Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero*, Marc Ferró escribe:

[26] Gelas, B.: "La fiction manipulatrice", en *L'argumentation*. Lyon, P.U.L., 1981, en *Lingüística Interdisciplinaria. Guía de lecturas Nº 8, El discurso histórico I*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1989.

> La imagen que tenemos de otros pueblos, hasta de nosotros mismos, está asociada a la Historia tal como se nos contuando éramos niños. Ella deja su huella en nosotros para toda la existera. Sobre esta imagen, que para cada quien es un descubrimiento del rndo y del pasado de las sociedades, se incorporan de inmediato opinios, ideas fugitivas o duraderas, como un amor..., al tiempo que permanea indelebles las huellas de nuestras primeras curiosidades y de nuestras pneras emociones."[27]

Estas huellas se irán modelando con todos l discursos que los niños escuchan sobre la historia. En la escuela tenda oportunidad de encontrarse con las versiones que transmitan los mstros; fuera de ella, por boca de sus padres o de los diversos medios demunicación, a través de libros, historietas o películas.

Las huellas no estarán hechas de un bloque ico y coherente en todos sus detalles, ya que en toda sociedad coexisn diferentes tradiciones históricas.

Sería ingenuo pensar que es sólo la escta la que transmite una versión de la historia, y que dentro de ella hain solo discurso.

Tras leer los cuentos, la tía Clementiny Eugenia se tornarán familiares, y de su mano, también las historiique nos traen, tanto las personales como las del país que compartímcon ellas.

[27] Ferro, M.: *Cómo se cuenta la historia a los niños daundo entero*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

4

TERCER MOVIMIENTO: *LOS CUENTOS DE LA TÍA CLEMENTINA*

Diana González

MENSAJE PARA LOS CHICOS QUE LEAN ESTOS CUENTOS

Los aquí reunidos se llaman *Cuentos de la tía Clementina.*

Son relatos acerca de personas que vivieron en nuestro país hace muchos años, ¡tantos que ni siquiera tu bisabuela había nacido!

Algunos de los personajes que aparecen no existían en realidad, pero sí existieron hombres, mujeres y niños a quienes les pasaron cosas parecidas a las que se narran en estas historias.

Podemos decir esto porque para armar los relatos consultamos muchos libros, leímos documentos escritos por personas que vivían en épocas pasadas, visitamos museos donde encontramos montones de objetos que usaban esas mismas personas. Vimos cuadros de pintores que retrataban rostros, paisajes o escenas de la vida de todos los días de la gente del pasado.

Así pudimos saber cómo pensaban, cómo vestían, en qué trabajaban, qué cosas les preocupaban y cuáles les daban alegría.

Con todo lo que aprendimos, escribimos estos cuentos. Están armados alrededor de dos personajes de ficción. Uno de ellos, Eugenia Ortiz, una mujer que decide escribir unos relatos: son recuerdos, charlas que tuvo durante su infancia con su criada negra, la tía Clementina, que es el otro personaje.

Leyendo estos cuentos o escuchando a quien te los lea, vas a conocer algunas cosas de nuestra historia. Tal vez te ayuden a entenderla un poquito más y, por qué no, también a quererla.

Carta de presentación

Me llamo Eugenia Orti
La semana próximay a cumplir 65 años.

Nací en Buenos Aires en el al 809. Por aquella época era común que los niñoie pertenecíamos a familias donde no faltaba dinero fuéramos criados por esclavas negras. Emuestras amas de leche y los médicos las recomdaban como las mejores nodrizas.

La mía se llamaba Clementina, ¡y yo la adoa!

En las tardes de verano, cuando el calor se ía insoportable y todos dormían la siesta, nosotras nos sentábamdebajo del limonero.

Allí se nos iba el tiempo volando, hablando ablando de cosas que pasaban y yo no entendía.

Nadie como ella sabía explicarme todo tan h.

Tenía una memoria prodigiosa y además eray entretenida.

Un día me dije a mí misma: "Eugenia, tú nos Clementina, va a llegar un día en que no recuerdes nada de lo cella te cuenta. Y

si tú no lo recuerdas, ¿cómo podrás contarles estas historias a tus hijos?".

Ahí fue cuando me animé y comencé a escribir.

Por eso empecé por el principio, poniéndoles un título, y así fue como los llamé: "Los Cuentos de la tía Clementina".

¿Cuándo y dónde comenzaron estos cuentos?

¡De que empezaron en la ciudad de Buenos Aires, estoy segura!

Ahora, cuándo... no lo sé exactamente.

Habrá sido allá por el año 1815, más o menos.

Yo tendría seis o siete años.

Recuerdo que por ese entonces la ciudad celebraba unas fiestas muy bonitas. Fiestas mayas, se llamaban, y eran uno de los festejos más esperados por todos.

¡Sobre todo por los chicos!

Había, como hoy, tedéum, formación en la plaza, salvas de artillería. Los niños de las escuelas de la patria nos reuníamos frente a la Pirámide para cantar el Himno... A decir verdad, esto no era lo que más me interesaba.

¡Lo más divertido venía después! ¡Cohetes voladores que cruzaban el espacio, fuegos artificiales que iluminaban mágicamente la plaza, rifas, globos para todos, música, baile. Y después fiestas en las casas...

Allá, por esos años, comenzaron las historias...

Anochecer de un día agitado

Éste es uno de los primeros recuerdos que tengo de mis charlas con la tía Cleme. Fue algunos años después de la Revolución de Mayo.

En el reloj había sonado la hora fatal: la de ir a la cama. ¿A qué niño le gusta ir a la cama? Mi tatita acababa de darme la bendición cuando, al pasar al lado de mi madre, pude ver que todavía tenía los ojos enrojecidos por el llanto de esa tarde. Entonces, mientras me zambullía en las sábanas heladas, le dije a Clementina...

—Tía Clementina, contáme, ¿por qué lloraba mi mamá esta tarde?

—¡Ay, niña Eugenia, no me haga andar contando las cosas de mi amita!

—Contáme, Clementina. Hasta que no me cuentes, no me voy a dormir.

—¡Mire que es caprichosa, mi niña! Le cuento rapidito y después se me duerme. Mañana es fiesta de la Patria y tenemos que estar tempranito en la plaza pa' cantar el Himno.

—Prometido.

—Su Merced lloraba porque pa' esta fecha se le viene a la memoria el recuerdo del hermano que está en España.

—¿El tío Eusebio, Clementina?

—El mesmo, mi niña.

—Yo no lo recuerdo para nada.

—¿Y de las primas tampoco se acuerda?

—Nada de nada.

—¡Ay, qué negra bruta que soy! Cómo se va a recordar, si mi niña era así de chiquitita cuando ellos se fueron.

—¿Chiquitita como mi hermano era yo, Clementina?

—¡Igualita!

—Bueno, seguíme contando, ¿por qué lloraba mi madre?

—Como le decía, niña Eugenia, l'amita lloraba porque hace siete años, pa' esta fecha, se armó un lío tan grande en este país y en esta casa que de resulta de eso, su tío se fue con la familia a España pa' nunca más volver.

—¿Y no se sabe nada de ellos?

—Algo debe saber l'amita, porque de vez en cuando recibe cartas. Después que las lee me pide que se las guarde en un baúl que yo tengo.

—¿Y qué dicen, Clementina?

—¡Y no sé niña, si yo no aprendí a leer! Y aunque supiera, tampoco andaría por ahí, husmeando cartas ajenas. ¿Qué le estaba contando? ¡Ah!, sí, el lío que se había armado. Eran como las seis de la tarde del 25 de mayo del año '10. Había lloviznado todo el santo día, lo mesmito que hoy. Esa mañana, después de una semana movida como un candombe, habían sacado al virrey del gobierno y lo habían cambiado por una Junta.

—¿Un virrey? ¿Qué es un virrey, Clementina?

—¡Ay, niña! ¡Si a cada cosa que sale de mi negra boca usté' va a preguntar! Espere que ya vamo' a llegar a esa parte.

Le decía, entonces, que ese día 25 había cambiado el gobierno. Y

de tener gobernantes españoles pasamos a tener gobernantes de acá, nacidos en esta tierra, criollos, como se dice.

—¡Como yo!

—Como usté', como su hermano, como su padre. Pero no como su madre ni como su tío Eusebio, que por ese lado de la familia son todos españoles.

—¿No me traerías un jarrito de mazamorra, Clementina? ¡Tengo un hambre!

—¡No, mi niña, ya comió demasiado! Ahorita que le termino de contar, le traigo un dulcecito pa' engañar el estómago. Le decía, entonces, que ese día 25 los criollos se habían hecho cargo del gobierno, dejando afuera a los españoles. ¡Así que se imagina cómo estaban los españoles!

—¡Y me imagino cómo estaba el tío Eusebio! ¿Y papá?, ¿qué hacía papá?

—¡Ahí estaba el asunto! El amo era uno de los que habían ido ese día al Cabildo, a votar pa' que el virrey se fuera. Y el tío Eusebio, a votar pa' que se quedara.

Y como habían ganado los que lo querían sacar, el amo se burlaba de su tío.

—¿Y qué le decía, Clementina?

—De todo; "chivato" y otras cosas que no se pueden repetir. ¡Y ahí estaban los dos, sacándose chispas por los ojos!

—¿Siempre se peleaban, tía?

—Discutían bastante.

—¿Por...?

—Parece ser que los lío' entre el amo y su tío eran porque no pensaban lo mesmo.

—¿En qué cosas pensaban distinto, Clementina?

—En muchas. No sé, yo mucho no entiendo. Parece que en cuestiones de dinero, de política.

Pero, ¿quiere que le diga una cosa, mi niña?, a mí tampoco me terminaba de gustar ese Eusebio. Andaba siempre con la narí' pa'

arriba, creyéndose muy importante el hombre porque era español. Se daba corte porque a veces el virrey lo invitaba a los banquetes.

—¿Y a mi papá no lo invitaba?

—¡Qué lo va a invitar, mi niña! Además, ni falta que le hacía; el amo tenía otra clase de amistades.

—¿Quiénes, Clementina?

—Toda gente instruida, que tenía ideas más modernas, como Mariano Moreno, ¡que Dios lo tenga en la gloria!, o Manuel Belgrano, y otros que ya ni me acuerdo.

—¿Belgrano?, ¿el de la bandera?

—Ajá, el mesmo. Bueno, ya nos fuimos por las ramas. Ni sé de lo que estábamos hablando... ¡Ah, sí!, de ese día en el Cabildo. Después que volvieron de votar, la tarde acá en esta casa se había puesto difícil... Pa' el amo era un día de fiesta y pa' el otro, un velorio.

Pero el lío se armó a la noche. La Junta de Gobierno dio la orden de prender toditos lo' farole' del Cabildo y de la ciudad. ¡Pa' que se notara la fiesta! ¿entiende, mi niña?

—¡Ah! Igual que ahora, cuando nuestro ejército les gana una batalla a los españoles, ¿no?

—La mesma cosa. Así que mandaron enceder todas las velas. Pero la lluvia apagaba los candiles. Entonces dispusieron que se prendieran las velas de todas las casas y que se abrieran los postigones pa' que la luz de adentro iluminara las calles.

—¿Y el tío aceptó?

—¡Ahí fue cuando se armó! El amo abría las ventanas y su tío las cerraba. ¡Así anduvieron por no sé cuánto tiempo! Uno que abría y el otro que cerraba, uno que abría y el otro que cerraba.

"¡Qué va!", decía Eusebio. "Gastar en velas porque se les ocurre a unos cuantos atropellados que sacaron de su puesto al virrey." "¡Ya bastante con las que se prendieron en el Cabildo!" "¿Quién va a pagar todo lo que estuvieron gastando toda la semana, eh? ¿quién? ¡¡¡Nosotros!!!" Y seguía: "Entre las velas, los vinos que se tomaron y las viandas que le encargaron a la fonda de Berdial, deben sumar unos cuantos reales". ¡Y gritaba como un loco!

—¿Y mi papá no decía nada, Clementina?

—¡Y cómo no! Ahí no más le retrucó: "Bien que cuando te sirvieron el chocolate lo agarraste sin chistar", decía el amo.

Pero el tío Eusebio hablaba solo y ni lo miraba al amo.

Él seguía con la suya: "Me gustaría salir a la calle y ver con mis propios ojos cuántos son los que tienen las ventanas abiertas. ¡Pero qué voy a salir, si andan esos locos por ahí, metiendo miedo a la gente con sus sables y sus pistolas!".

Ahí el amo no aguantó más, y le pegó un trompis al tío Eusebio.

—¿Y yo dónde estaba, tía Clementina?

—Usté lloraba, mi niña, porque el barullo era increíble, pero yo enseguidita me la llevé pa'l fondo, pa' que no oyera.

—¿Y siguieron peleando?

—¿Que si siguieron? ¡Siguieron hasta que el amo le partió un paraguas por la cabeza al tío Eusebio!

—¡¿En serio?!

—¡Que me caiga muerta ahorita mismo si le miento! En mi baúl tengo guardado el mango de ese paraguas.

—Mostrámelo, tía, mostrámelo.

—¡Qué le via mostrar ahora, ésta no es hora! Ademá' tiene que ser en secreto.

—¿Por?

—Porque al amo no le hace mucha gracia ese recuerdo. ¡Tiene grabado el nombre del rey de España!

—¿Entonces por ese lío se fueron el tío Eusebio y las primas a España?

—¡Claro! A la semana ya estaba preparando el equipaje pa' irse en el primer barco que saliera.

—¿Y nunca más van a volver?

—Eso yo no lo sé, mi niña. ¡Y ahorita, a dormir! Si no, mañana no vamos a tener ganas de cantar ni de bailar ni de nada.

—¡No, Clementina, contáme más cosas de cuando yo era chiquitita!

—¿A estas horas? A estas horas, esta negra vieja lo que precisa es un buen descanso. Y usté' también, mi niña.

—¡Una, una solita!

—Ni media. Si se me está cayendo de sueño. Ademá', por estar contando estas cosas, todavía no acosté al angelito de su hermano. ¡Diga que es un santo el pobrecito! ¡Ande, a dormir se ha dicho!

—Está bien, pero otro día me contás, ¿sí?

Cuento con puntillas, banquetes y virreyes

Era el cumpleaños de mi hermano y había estrenado un hermoso vestido con puntillas. Al verme, Clementina exclamó: "¡Parece una virreina!" La sola mención de esa palabra me recordó que estaba debiéndome una explicación...

—Tía Clementina, hoy no te me escapás sin contarme qué cosa es un virrey.

—Ta' bien, mi niña, le prometí y voy a cumplir.

A ver, a ver... Cómo le explico, viene a ser como el que manda más, el que está por encima de todos, el que tiene más poder.

—¡Como un rey!

—Casi. Es un poquito chiquito, menos importante que el rey. Como el rey vivía en España y por aquí nunca venía, mandaba un virrey para que se ocupara de todas las cosas.

—Y vos, ¿conociste a alguno?

—¡Claro! Conocí a unos cuantos.

—¿A quiénes, tiíta?

—Y..., a ver. Me acuerdo de... mmmm... a ver...

—¡Ay, Clementina, me parece que no te acordás de nada!

—¡Espere un poquito, mi niña, estoy haciendo memoria! ¡Ya está!, ¡me acuerdo de tres!

—¿Tres?, ¿tan poquitos?

—¡Y bueno, mi niña! ¿Qué quiere, a mi edad? Además' a estos tres los recuerdo por motivos bien distintos. Uno se llamaba Vértiz. De ése me acuerdo porque hizo muchas cosa' buenas pa' la ciudá'.

—¿Sí?, ¿qué cosas?

—Y, creó hospitales, mandó empedrar las calles. ¡Que esa fue una gran obra! ¡Porque antes, cuando eran todas de barro, en época de mucha lluvia se formaba cada pantano, mi niña, que hasta se ahogaban caballos con el jinete y todo!

—¿En serio?

—¡Sí, señó'!

—Bueno, ¿y los otros dos?

—Del segundo me acuerdo porque una vez hubo un lío con los inglese'...

—¿Un lío? ¿Qué lío?

—Y, vinieron con unos barcos y se querían adueñar de la ciudá'. Y nosotros —todos, ¿eh?, blancos, negros, mulatos, ¡todos!— la defendimos y no los dejamos. Pero el virrey éste, Sobremonte se llamaba, en lugar de quedarse acá, con nosotro', ¿qué hizo el pillo?

—¿Qué hizo, tía?

—¡Se escapó, el muy cobarde! ¡y además' se llevó todo el tesoro con él! No sé, algunos lo defendían, porque decían que estaba bien lo que había hecho.

—¿Qué cosa?

—Esto de irse con el tesoro. Porque si no, los inglese' se lo iban a quedar pa' ellos. ¿Qué quiere que le diga, mi niña? ¡Pa' mí estuvo muy mal!

—¿Y el tercero quién es, Clementina?

—Y... el tercero fue el último virrey que tuvimos. Cisneros, se llamaba.

—¡Ah, claro! Por él se habían peleado mi papá y el tío Eusebio, ¿no?

—Eso mesmo.

—¿Y cómo eran los virreyes, Clementina?

—Bueno, mucho mucho no le puedo decir, porque no andaban caminando por la calle así, como nosotro'. Ellos estaban siempre en el Fuerte o en los palcos cuando había corrida de toros, o cuando se hacía alguna fiesta importante, así que yo los veía de lejos.

—Bueno, pero algo habrás visto, ¿no?

—Y... la verdá' llamaban mucho la atención. Tenían trajes lujosos, bordados con hilos de oro y mucha puntilla y encaje por todos lados. Ademá' andaban en unas carrozas muy bonitas, tiradas por unos caballos blancos.

—¡Ay! ¡Qué lindo debe de haber sido, Clementina!

—Pa' qué le voy a mentir, mi niña, como bonito, era bonito. Pero no vaya a creé' que no tenían sus problema' también, ¿eh?

—¿Y qué problemas?

—Bueno, en realidá' eran cosas medio cómicas. Resulta que ellos dos por tre' tenían fiestas y banquetes. Por cualquier cosa había una celebración, si el rey de España cumplía años acá se hacía la fiesta aunque nadie, jamás, le hubiera visto la cara; si la iglesia tenía algo que recordar, después de los rezos venía la fiesta, y así siempre. El problema era que acá, en Buenos Aires, no había vajilla fina. Todo eso lo traían de Europa. Pero a veces pasaba que el viaje venía medio accidentao', con temporale' y esas cosas, entonces se rompía todo en el camino.

—¿Y?

—¡Y bueno! ¡Emagínese, niña, tener una fiesta y no tené' plato pa' servir la comida!

—¿Y qué hacían?, ¿comían en platos de madera?

—¡No! ¡Cómo un virrey va a hacé' una cosa así! ¡Salían los mayordomos como locos a la casa de los rico', pa' pedir prestada la vajilla! Lo gracioso era que cada uno le daba cosas de un juego distinto. ¡Así que arriba de la mesa había platos de toda clase!

—¿Y vos cómo sabes eso, títa?

—¡Sabe las veces que tuve que salir corriendo pa' llevar los platos

de mi amita a la casa del virrey! ¡Ay, madre mía! ¡Mire la hora que es y yo hablando y hablando sin hacer nada! ¡La amita me encargó que vaya a comprar dos cosita' a la Recova antes que ella vuelva de misa, y me he olvidao' por completo!

—¡Y las comprás mañana, Clementina!

—¡Qué mañana, ni qué mañana! ¡Si la amita dijo pa' hoy, pues así debe ser! Además esto no puede esperar, porque son unos adornitos pa' poner más linda la habitación donde va a vivir el inglés.

—¿El inglés? ¿Qué inglés?

—No sé, uno que va a venir, ¡qué sé yo, mi niña!

—¿Y va a vivir acá, con nosotros?

—Así parece.

—¿Y por qué no se va a un hotel?

—A algunos les gusta así. Dicen que en casas de familia aprenden más rápido cómo somos, cómo hablamos y esas cosas, ¿entiende, mi niña? ¡Vamo, póngase la capotita que usté' viene conmigo!

—¡Uy, no, Clementina, no tengo ganas de caminar!

—Vamo', no sea haragana, si en un ratito vamo' y volvemo'.

—Voy, pero me comprás una masita en el camino, ¿sí?

—Está bien, usté' siempre gana. ¡Vamo', apúrese!

El último virrey y el barco inglés

Recuerdo que una tarde estaba estudiando las cuatro reglas de la aritmética cuando recordé algo que me distrajo...

—Clementina...

—¿Sí, mi niña?

—¿Te acordás que el otro día me estuviste contando cosas de los virreyes?

—Sí...

—Bueno, me quedó una duda...

—¿Una sola? Menos mal...

—Sí. ¿Qué pasó con el virrey Cisneros después que lo sacaron?

—Y bue', no tuvo más remedio que dejar el Fuerte y buscarse otro sitio pa' vivir con su mujer y sus sirviente'.

—¿Y dónde se fue?

—¡Ay, mi niña, to' no lo sé yo! Además, mucho tiempo en Buenos Aires no estuvo.

—¿Por...?

—Y... parece ser que conspiraba contra el nuevo gobierno.

—¿Conspirar?, ¿qué es conspirar?

—Lo pescaron mandando cartas secretas a España donde hablaba mal de la Junta.

—¿Y entonces?

—¡Emagínese! Ahí mesmo lo metieron en un carruaje. Y así no má', con lo que tenía puesto, lo subieron a un barco inglé' y... ¡plin! ¡Para España sin parar!

—¿Sí? ¿En un barco inglés? ¿En esa época también había barcos ingleses como ahora?

—¡Uy, sí! Barcos ingleses por acá, por Buenos Aires, hace un montón de años que hay.

—¿Cuántos?

—¡Y, no sé, mi niña! ¡Si yo no sé hacer cuentas! Pero haber, había de antes de que yo naciera. ¡Y mire que soy vieja!

—¿Cuántos años tenés, tiíta?

—Justo, justo, no le sé decir. Pero debo andar cerca de los setenta.

—¿Setenta? ¡Son un montón, Clementina! Bueno, seguí con lo de los barcos ingleses.

—Y bueno, como le decía, los ingleses yo sé que hace mucho que andan por acá.

—¿Y qué hacían?

—Es complicao' pa' mí explicarle, mi niña, porque yo de esas cosas mucho no entiendo, ¿sabe? Pero voy a tratar. A ver, ¿se acuerda lo que le conté el otro día, que antes de 1810 los que gobernaban eran los españoles?

—Sí, tía.

—Bueno, pero ellos, además de gobernar nos obligaban a comprarles y a venderles cosas nada más que a ellos.

—¿Qué cosas, Clementina?

—Y bueno, por ejemplo acá en nuestro país no había telas finas como la seda o el encaje, y tampoco había papel, ni vidrio, ni hierro. Todo eso se traía de España en barcos.

—El tío Eusebio tenía un negocio de eso, ¿no?

—Claro. Él recibía toda esa mercadería y despué' la mandaba en

carretas, que también era de él, pa' todas las provincias. ¡Qué sé yo hasta dónde llegaba! Le vendía a todas las ciudades importantes, donde había mucha gente con plata pa' comprar esas cosa'. Imagínese que a los gauchos o a los indios, no le va a vender encaje, ¿pa' qué les sirve? Ellos usan otra tela, la bayeta, más barata.

—Bueno, eso le comprábamos a España. ¿Y qué le vendíamos?

—Y, todas cosas de acá, de nuestra tierra: carne salada, cuero, grasa, sebo.

—¿Y a nadie más que a España le podíamos comprar y vender?

—A nadie más.

—¿Y si un día a los barcos que venían de España les pasaba algo? ¿Si se hundían, por ejemplo?

—¡No sólo si se hundín! Si allá en España había algún problema, como una guerra, por ejemplo, los barcos no salían. ¡¿Si los atacaban los piratas y les robaban toda la mercadería?! Se armaba un lío tremendo, porque empezaban a faltar cosas. Si se rompían los vidrios de los faroles no había manera de cambiarlos hasta que llegara otro barco.

—¿Y cuánto tiempo pasaba?

—Y, un montón, venían pocas veces por año.

—¡Uhhh!, ¿y entonces?

—Y entonces empezaron los problemas.

—¿Por...?

—Porque España no era el único país que podía traer esas cosas. Los ingleses también podían hacer y vendían más barato que los españoles, y además también nos podían comprar nuestras cosas y las pagaban mejor. Así que mucha gente de acá de Buenos Aires, como el amo, empezó a decir: "¿Por qué tenemos que comprarle y venderle nada más que a España? Si están por ahí, cerquita de la costa, los barcos ingleses llenos de cosas que acá se necesitan y encima más baratas. ¿Porqué tenemos que tener nuestros cueros acá, amontonados en galpones, esperando que lleguen los españoles para vendérselos? ¿Por qué, si los ingleses nos pagan más?".

—¡Tenía razón mi papá!

—Y, claro, porque si el amo no vendía...

—¡Nosotros no teníamos plata! Pero hay una cosa que no entiendo, Clementina.

—¿Cuál, mi niña?

—¿El tío Eusebio no se perjudicaba también? Si él ganaba plata vendiendo las cosas que llegaban de España.

—Y, sí, él también tenía problemas, pero no se olvide usté', mi niña, que el tío era español y tenía más obligacione' con España que el amo, que es criollo. ¡Ademá' no se puede ni comparar lo que ganaba el tío Eusebio con lo que ganaba su padre!

—¿No?

—¡Qué va! Los que traían las cosa' de España, que dicho sea de paso eran todos españoles, ¡ganaban fortunas!, ¡eran riquísimos!, así que podían aguantar más tiempo que los otros si no llegaban los barcos.

Así que al amo y a otros como él lo que más les preocupaba era poder vender sus mercaderías; así fue como empezaron a comprar y a venderle a los inglese'.

—¿Y España no se enojó?

—Y, a España no le gustó nada, pero tuvo que aceptar, porque acá en Buenos Aire' los negocios se hacían igual.

—¿Así que era por eso que en tiempos del virrey también había barcos que no eran sólo españoles?

—Eso mesmo, mi niña.

—Mirá que dimos vueltas para explicar por qué Cisneros se fue en un barco inglés, ¿eh, Clementina?

—¡Dimos más vueltas que la calesita, mi niña!

¡La bandera!... ¡Hay que esconder la bandera!

Era el mes de abril de 1815. Habíamos llegado a casa después de asistir al acto en la Plaza Mayor, donde se había cambiado la bandera española por la celeste y blanca.

Mientras que se acomodaba el rebozo, Clementina dejó deslizar un comentario acerca de la bandera que despertó mi curiosidad...

—Parece ser que la primera bandera que mandó a hacer don Manuel no era como la que tenemos ahora...

—¿Ah, no? ¿Y cómo era, Clementina?

—Asegún cuenta el Ñato Paredes, era toda blanca con una franja celeste en el medio...

—¿Y él cómo sabe esas cosas?

—¡Uhhh! Él sabe...; ¡lo siguió a Belgrano a todas las campañas! Lo que pasa es que al Ñato nadie le cree, porque siempre tiene olor a vino. Pero yo lo conozco de antes. Cuando me cuenta alguna historia... ¡lo miro fiiijo a lo' ojo!, y ahicito nomá' ya me doy cuenta si me va a decir la verdá' o me va a hacer el cuento. Entonce' me

pongo seria y le digo: "Negro Paredes, ¡no le irás a mentir a una de tu raza! Si baja la mirada es porque se trata de una picardía... Y esto de los colores de la primera bandera me lo contó él, y le juro, niña, que no mentía.

Las cosas, según el Ñato, sucedieron así...

Era febrero del año '12. Andaba Belgrano con el ejército, allá por la villa de Rosario, custodiando el río Paraná, pa' que no pasaran los godos...

La tropa estaba de capa caída. Y no era pa' menos; sus compañeros, en el Alto Perú, habían sido derrota'os por los españoles. Quedaba abierto el camino pa' que los ejércitos realistas entraran a Salta, después a Tucumán y de ahí, por qué no, a la misma Buenos Aires.

¡La Revolución estaba en peligro! ¡Todos sabían que allá en el norte los españoles eran fuertes!

¿Qué se podía hacer pa' entusiasmarlos un poco?

Y, mientras pensaba, don Manuel se dio cuenta que ni siquiera tenían una bandera.

"¡Eso, una bandera, una bandera que sea nuestra!", gritó. Y sin perder tiempo, la mandó a coser blanca y celeste.

—¿Y por qué eligió esos colores, Clementina?

—Y..., eran colores que usaban los que estaban a favor de la Revolución. Poquito a poco se fueron haciendo populares... Un día una cintita en la solapa, otro día un moñito en el pelo de las niñas, después escarapelas pa' que los soldados se pusieran en los gorros... Y así hasta que le fuimos tomando cariño a esos colores.

Bueno, como le decía, mandó a coser la bandera y también escribió una carta al gobierno de Buenos Aires, contándole, orgulloso, lo que había hecho.

¡No quiera saber cómo se pusieron cuando se enteraron! ¡Se les pararon los pelos de punta!

"¡Pero qué barbaridad, pero cómo se le ocurre, pero qué es esto de enarbolar una bandera sin consultar!", vociferaban.

"¡Estas cosas hay que discutirlas bien primero!", decía otro.

"¡Urgente!", gritó uno, "¡un correo al Rosario avisándole a Belgrano que guarde esa bandera!"

Pero quiso el destino que el general no se enterara. ¡Bueh!, el destino o un caballo medio lento. La cosa fue que cuando el mensaje llegó, don Manuel ¡hacía raaato! que se había marchao pa' hacerse cargo del ejército del Norte..., contento con la bandera.

En mayo del año '12 andaba por Jujuy. Se acercaba el aniversario de la Revolución. Pa' festejarlo, tuvo la idea de reunir a toda la tropa en la plaza y saludar con unos cañonazos a la nueva bandera de la Patria.

Volvió a informar al gobierno.

"Pero... ¡otra vez! ¡Pero qué desorden! ¡Pero qué desobediencia!", decían en Buenos Aires.

Y vueeelta el correo, ahora pa' Jujuy, con la orden de guardar esa bandera. Y esta vez Belgrano se enteró. Apenao, fue a ver a su amigo, Juan de Dios Aranivar, que era un cura de aquellos pagos, pa' ver si le daba algún consuelo...

Después de un rato de conversaciones, le entregó las banderas al padre Juan y se marchó otra vez al campamento.

El cura esperó que se hiciera bien de noche. Aprovechó la intensa lluvia y se lanzó por la callecita pa' ir al establo a buscar un caballo.

Cargó las alforjas con algunas herramientas... Un buen martillo, unos clavos, algunos fierros con punta y..., ¡a todo galope por el camino!

Debajo de la sotana, atadas con una cinta, iban las dos banderas camino a su escondite...

¿Qué se tenía entre manos el padre Juan?

Se dirigía a Titiri, un pueblecito cercano, pues ya tenía un plan en su cabeza pa' esconder esas banderas.

Habrá llegado a Titiri pasada la medianoche. ¡No había un alma por las calles! Ató el caballo a un poste y enfiló por el caminito. ¿Adónde iba el padre Juan? Su destino era la capilla del pueblo...

Empujó con fuerza la gruesa puerta de madera... y entró sigilo-

samente. Todo estaba oscuro y en silencio. Sólo de vez en cuando el terrible rugido de un trueno estremecía la noche.

El padre Juan recorrió a tientas la capilla para asegurarse de que no había nadie. Prendió una vela y fijó sus ojos en cada uno de los muebles y adornos que había en el lugar... De pronto, su mirada se detuvo en unos cuadros de santa Teresa.

Eran lo suficientemente grandes, y los marcos parecían resistentes. Despacito, despacito, comenzó a sacar las herramientas.

Mientras tanto, en la calle, unos soldados hacían la ronda nocturna como todos los días. Venían charlando de temas militares cuando, al pasar por la puerta de la capilla, oyeron ruidos extraños.

Miraron por una de las ventanitas, pero la oscuridad de la noche y la fuerte lluvia no les dejó ver nada.

Desde adentro, unos golpes parecidos a martillazos seguían sonando.

Apuraron el paso y fueron hasta la puerta. La empujaron y se abrió. En ese mismo momento, un rayo de esos que pocas veces se ven iluminó enterita la capilla.

Uno de los soldados creyó ver un bulto que se movía. "¡Alto! ¡Quién vive!", gritó. Nadie contestó.

Vuelta a gritar, esta vez mucho más fuerte: "¡Alto! ¡Quién vive!" Pero nada...

De pronto, una ráfaga cerró con fuerza la puerta de la capilla.

Los soldados dieron la voz de alarma y enseguidita vino una patrulla. Prendieron todas las velas, revisaron todito' lo' rincones, pero no encontraron nada de nada.

Mientras tanto, a lo lejos, el caballo del padre Juan galopaba a toda velocidá' pa' alejarse de Titiri...

—Pero, ¿y las banderas? ¿Dónde escondió las banderas, tiíta?

—Eso no lo sabe nadie, mi niña. Hasta el día de hoy las primeras banderas de la Patria y sus colores siguen siendo un misterio...

La pesquisa de "tapados"

Había quedado impresionada con el relato del padre Juan y las banderas de la Patria. Pero la memoria de Clementina no me daba respiro, así que rápidamente sacó de la galera mágica de sus recuerdos otra historia que, ¡no lo duden!, iba a sorprenderme…

Inti era un indio viejo. Vivía en las afueras de Chuquisaca, en un rancho junto a su familia. Había hecho montones de trabajos a lo largo de su vida: se había hundido en las entrañas de la tierra buscando metales preciosos en las minas de Potosí, había llevado mulas de Salta a Perú, ahora se las rebuscaba como albañil…

"Qué viejo estoy", pensaba, mientras los pocos dientes que le quedaban se esforzaban por deshacer unas hojas de coca.

"Estoy viejo y cansado; si tuviera veinte años menos me alistaba en el ejército de la Revolución que dirige el cacique Pumacahua, pa' terminar de una vez por todas con estos españoles que nos han chupao' la sangre durante siglos…"

Seguía pensando en esas cosas, cuando de pronto se le acercó un caballero elegantemente vestido:

—Buenos días, me informaron que en esta casa vive un hombre que sabe hacer trabajos de albañilería...

—Con él está hablando —respondió Inti.

El hombre recorrió con la mirada el cuerpo flaco del indio. Le pareció demasiado débil para el trabajo que tenía que hacer. Ya se estaba por ir, cuando Inti lo detuvo...

—No juzgue por las apariencias, caballero. Estoy flaco y arrugado, pero todavía soy fuerte para el trabajo —le dijo sin levantar la mirada del piso de tierra...

Inti mentía. Pero la guerra había traído pobreza y no era fácil conseguir trabajo, así que agarraba lo que venía.

El hombre, por su parte, tenía que hacer ese trabajo con urgencia, antes que llegara el ejército...

—Está bien —le dijo. Preséntese en el convento de las Claras pasada la medianoche—. Y se fue rápido para la ciudad.

A la hora convenida, Inti estaba en el portón de entrada. Unas monjas amables lo hicieron pasar. Adentro estaba el caballero.

—Acompáñenos —le dijeron.

Después de atravesar muchos corredores, patios pequeños, puertas y pasillos, llegaron al lugar donde Inti tenía que hacer el trabajo.

—¿De qué trabajo se trataba, que había tanto misterio alrededor? Además..., ¿por qué a estas horas de la noche?

El sitio era un pequeño cuartito, sin más comunicación ni salida que una puerta diminuta.

Estaba completamente vacío. En un rincón, apilados, había unos fardos y unos cajones sellados.

—Acá tiene, buen hombre —dijo el caballero señalando unas herramientas y un poco de mezcla—. En el menor tiempo posible levante una pared delante de esta puerta, de manera que el cuartito quede disimulado desde afuera.

Y mientras le entregaba una bolsita con algunas monedas de oro, le dijo con voz severa:

—Y recuerde: de lo que hizo y vio esta noche ni una palabra a nadie, o es hombre muerto.

Y sin más lo dejaron solo para que hiciera su trabajo.

Volvió la mirada hacia los cajones. ¿Qué había ahí adentro que era necesario levantar una pared para ocultarlo?

Pero bueno, después de todo, a él qué le importaba. Así que arremangó su camisa y se puso a trabajar.

Con las primeras luces del alba, el trabajo estaba listo.

De pronto apareció una monjita, y después de felicitarlo lo invitó a buscar la salida.

¡Menos mal! Ya ni recordaba cómo había llegado hasta allí. ¡Ese convento parecía un laberinto!

Atravesó el portón y se fue corriendo para su casa, contento con la pequeña fortuna que había ganado.

Mientras tanto, en la otra punta de la ciudad, el ejército patriota hacía su entrada triunfal.

A su paso, las manifestaciones de rechazo o de alegría eran evidentes.

Los criollos saltaban, cantaban y hasta les besaban las manos a los soldados.

A los españoles, en cambio, la bronca se les notaba en la cara.

La tropa venía cansada, enferma y hambrienta, después de tantos días de marcha por esos caminos del norte.

Y, como siempre, sin dinero.

Lo que mandaba Buenos Aires no alcanzaba y había que recurrir a los habitantes de esos lugares.

Y por supuesto, en la lista, los primeros que figuraban eran los españoles.

"Todo el que tenga dinero, tejos de oro, alhajas y cualquier cosa de valor, deberá entregarla al ejército. El que así no lo haga, padecerá hasta el último suplicio", decía el bando.

Antes de ir a su casa, Inú había pasado por la pulpería vieja a

tomarse un traguito. No le venía nada mal después de tanto trabajo.

En la mesa de al lado, unos españoles brindaban con aguardiente. Estaban tan cerca que no pudo evitar oír la conversación.

—¿Escuchaste el bando del ejército? Van a empezar a sacarnos todos los bienes —decía uno.

—Por mí, que me revisen hasta los calzones, porque yo ya tomé mis precauciones. ¡Los tengo bien tapados! ¡Ja, ja, ja! —reía el otro.

—¿Quieres decir que has escondido tu fortuna?

—¿Y tú qué crees? ¡No pensarás que voy a regalarles a esos rebeldes lo que me costó años conseguir! Además, no soy el único. Todo el mundo está tratando de encontrar un escondite. ¡Apúrate, hombre, o te vas a quedar sin nada!

—Pero..., no sé, no se me ocurre dónde ocultar mi dinero.

—¡Ah! —dijo el otro—. Pero si es muy sencillo...

En ese momento los hombres comenzaron a hablar en voz muy bajita, tanto, que a Inti le resultaba prácticamente imposible entender ni media palabra. Lo último que alcanzó a escuchar fue algo así como "cajones" y no se qué cosa en un "convento de monjas". Después de esto pagaron, se levantaron y se fueron.

Mientras recorría el corto trecho que separaba la pulpería de su casa, en la cabeza de Inti lo único que resonaban eran esas palabras: "cajones... convento... monjas, cajones... convento... monjas".

De repente quedó como paralizado en medio del camino. Un sudor frío comenzó a correrle por el cuerpo.

—¡Cómo no me di cuenta antes! —pensó. Claro, seguramente ese trabajo que había realizado durante toda la noche tenía que ver con esto. Pero, ¿qué pruebas tenía?

Si bien era cierto que la pared la había levantado para ocultar esos cajones, no sabía qué era lo que contenían. Por la cabeza del indio empezaron a desfilar montones de imágenes: las cosas que le había contado su abuelo cuando él era chico, de cómo los españoles se habían adueñado de sus tierras, de cuántos de sus parientes habían muerto trabajando en las minas para ellos...

Y también que estos soldados que venían de Buenos Aires les

hablaban de libertad, de igualdad y de devolverles a ellos, los indios, todo lo que los españoles les habían quitado.

No lo pensó más. Con paso decidido caminó hacia el cuartel.

Ya que estaba viejo para empuñar la lanza y pelear junto a los revolucionarios, iba a colaborar de otro modo.

Se presentó ante el jefe del regimiento.

—Este hombre, que es albañil, dice haber hecho en el convento de las Claras una obra para ocultar unos fardos y unos cajones. Ignora lo que contienen, pero sospecha que puede tratarse de algún tesoro escondido —dijo el soldado.

Sin perder ni un minuto, el capitán dio la orden de ir al convento con una patrulla para traer esos misteriosos cajones.

Al llegar a la puerta, golpearon y vinieron a abrirles las mismas monjas que habían atendido a Inti. Al reconocerlo, las hermanas supieron muy bien para qué estaban todos esos soldados ahí.

Así que después de hacerlos esperar en la puerta más de una hora, los hicieron pasar.

Atravesaron otra vez esos pasillos, patios y galerías hasta llegar al lugar indicado.

Allí, ¡oh sorpresa!, el cuartito lucía otra vez su pequeña puerta.

Al abrirla, nada por aquí, nada por allá...

"¡Cómo podía ser!", pensaba Inti.

Las monjitas aseguraban que ningún fardo ni cajón había permanecido allí oculto, que todo se trataba de una terrible confusión.

Mientras tanto, la vista del capitán se había posado en una montaña de escombros recién barridos, que se encontraban a poca distancia de la puerta y que, era evidente, no habían podido ser llevados a otra parte por falta de tiempo.

Inti, que también lo había notado, clavó sus ojos en el capitán. Esperaba que de un momento a otro diera la orden de revisar todo el convento.

Se imaginaba la escena: los soldados requisando el lugar. Por arriba, por abajo, en los sótanos... Y de pronto un soldado gritando:

"¡Aquí! ¡Aquí están! ¡Miren, joyas y oro para el ejército de la Revolución!"

Y entonces él, paseado en andas por toda la ciudad, vivado por la gente, recibiendo el título de "Gran pesquisador de tesoros tapados".

Pero nada de esto ocurrió... Vaya a saber qué cosas se le cruzaron por la mente al capitán, que hizo la vista gorda y de inmediato ordenó la retirada...

—Ay, Clementina, ¡no me digas que terminó así!

—Si le digo...

—Pero, ¿no buscaron más? ¿Dejaron todo como estaba?

—Como lo oye...

—¡Ah, no! Así no vale. ¡Si yo hubiera estado ahí, revisaba hasta el último ladrillo!

—No es la única que tiene esos pensamientos, mi niña... ¡Después de ese episodio, se armó un lío en el Convento de las Claras que ni le cuento!

Resulta que las hermanas también tienen su corazoncito..., y allí andaban, divididas entre las que estaban a favor de la Revolución y las que estaban con los españoles...

Al poco tiempo, un grupo de monjas patriotas se quejó por esto que había pasao'. Al tiempito no má', ya habían cambiado a la madre superiora, que era realista, por otra, ¡bien de las nuestras!

Amores y desamores de don Manuel Belgrano

Día agitado en Buenos Aires aquel 20 de junio de 1820. La provincia ya iba por el tercer gobernador. Mi padre, que siempre participaba en todo lo que tuviera que ver con la política, no mostraba el menor interés por lo que estaba sucediendo. Sus ojos miraban sin ver, perdidos en la penumbra de la sala de la casa.

Había muerto Manuel Belgrano...

—¿Viste qué triste está mi padre, Clementina? Hacía tiempo que no lo veía así...

—Y, no es pa' menos, la muerte de Belgrano lo afectó muchísimo. Era uno de sus mejores amigos.

—¿Y de qué murió? ¿Estaba enfermo?

—Parece, mi niña. Pero, ¿quiere que le diga una cosa? Pa' mí este hombre no sólo del cuerpo estaba enfermo. También tenía tristeza en el alma.

—¿Por qué decís eso?

—¡Y cómo no va a ser así! Si en diez años la vida se le dio vuelta

como la taba. ¡De ser un héroe de la Revolución pasó a morirse pobre, abandonado de todos...! ¡Si en los últimos tiempos hasta andaba zurcido y remendado! ¿Sabe lo que es eso? ¡Daba pena verlo...! ¡Y eso que era de buen mozo...!

—¿En serio, Clementina?

—¡Sfíí!

—¿Cómo era?

—Y... Tenía una altura mediana, el pelo rubio, usaba la patilla corta y ademá', ¡ay!, era tan fino, tan elegante, tan inteligente que... bueno... mmmm...

—¿Qué pasa, tía?

—Que no sé si estas cosas son pa' andar contando a una niña...

—¿Por qué?

—No sé, pero bueno, ¡que quede entre nosotra'...! ¡Las mujeres enloquecían por él! Y no era sólo por lo atractivo, no vaya a creer, ¡no señó'! Pasaba que este buen hombre respetaba a las damas.

Recuerdo una vez que mi amita había dado una tertulia y se alegró mucho cuando vio a unos oficiales del ejército conversando con las señoras. Él siempre decía que los hombres que gustan de hacer amistad con las damas se vuelven más amables y sensibles.

¡Y ante estos comentarios no hay pollera que se resista, mi niña!

—¡Me imagino, tiíta!... ¿Y no se casó con ninguna?

—Y... ¡no...! ¡Si se pasó toda la vida yendo de un lado pa'l otro peleando contra los españoles!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sí... en realidá' una cosa no tiene nada que ver con la otra. Porque, pensándolo bien, no formalizó con ninguna, pero... amores no le faltaron...

—¡Ay, Clementina, no seas mezquina!, ¿qué cosas sabés?

—Saber... saber... son cosas que una escucha. Un poco aquí, otro poco en el mercado, otro poco en misa, otro poco en...

—Vamos, tía, al grano del asunto...

—Bueno, lo que ando queriendo decir es que se rumorea que el

difunto anduvo en amores varios, y que le han quedao algunos hijos de esos romances...

Uno de estos chismes me lo contó la Eulalia, la criada de los Maderna, mientras lavábamos ropa en el río. Pero a ésa yo no le creo. Anda siempre entreverando las cosas.

—¿Pero qué es lo que te dijo?

—Dice que un hijo de don Manuel anda siendo criado en unos campos de Buenos Aires por un tal Rosas... ¡Bah!, pa' mí es un cuento...

A la que le tengo fe es a la Joaquina. Ella me contó que cuando el general anduvo con el ejército allá por Tucumán, se enamoró perdidamente de una tal Dolores Helguera y fue correspondido... Tanto se quisieron, niña, que la novia quedó embarazada.

Y esto iba a tener sus complicaciones, porque la dama era casada y de familia distinguida. Y usté sabe cómo son las cosas en esas familias. Se andan cuidando todo el tiempo del qué dirán, de lo que va a pensar la tía, la abuela, y de la moral y las buenas costumbres y todas esas cosas.

Así que pa' salvar las apariencias dijeron que se había separado del marido y no sé qué otras historias.

—¿Y entonces, qué pasó?

—Pasó que al tiempo nació una niña. Manuela Mónica le pusieron, y por supuesto don Manuel le dio el apellido.

—¿Y por qué no se casaron?

—Y..., vaya a saber..., además parece que el general ya estaba bastante enfermo. Si esto fue hace poquito. Un añito creo que tiene la criatura. ¡Pobre angelito de Dio', tan chiquita y con el padre difunto!

Dice la Joaquina que se rumorea que Flora Belgrano, que viene a ser la tía de la niña, se la piensa traer con ella acá, a Buenos Aires, pa'criarla.

—¡Qué historia triste, Clementina!

—¿Vio? A mí el que me da más pena es don Manuel, se murió pobre en todo sentido, sin familia, sin plata...

—Ahora digo yo una cosa, Cleme, ¿no era que don Manuel era de familia rica? ¿El padre no era comerciante, o algo así parecido al tío Eusebio? ¿Por qué, entonces, murió tan pobre?

—Mire, niña, en este mundo hay mucha clase de gente... Están los que piensan nada más que en llenarse los bolsillos, y hacen cualquier cosa con tal de embolsarse unos reales...; están los que sólo quieren el poder, y mandar y sentirse importantes porque tienen algún puesto en el gobierno, y hay otros como don Manuel, que por otra parte no es el único, que tienen una idea, un sueño... y allá van... detrás de esa ilusión...

El estaba seguro de que con la Revolución que empezó allá por el año...

—¡Sí, ya sé!, ¡por el año diez!

—Sí, así es, y no se burle..., porque muchos creyeron que terminando con España todo iba a andar mejor. Y Belgrano fue uno de ésos, como mi amo, es decir su padre, y bueno... Se jugó hasta el final por esa idea de Patria, de libertad... y eligió...

—¿Por qué decís que eligió?

—Y claro... el podía haberse quedado acá, en Buenos Aires, y hacer su trabajo de abogado, o seguir con los negocios del padre..., o continuar en el gobierno, pero no, enseguidita no má' de la revolución ya lo mandaron a la guerra.

¡Y en menos de lo que canta un gallo cambió la pluma de escribir por el sable de soldado!

Y así anduvo todos estos años. Y mire que aguantó, ¿eh? De todo... Porque, como él siempre decía, los de acá eran rápidos pa' dar órdenes, ¡vaya para allá, venga para acá, resista, no resista!, ¡pero qué vivos, ellos del sillón no se movían!..., ocupados como estaban en arreglar los líos que tenían adentro del gobierno...

¡No, señó'! ¡Buenos Aires no lo ayudó como debía!

Le daban muchos títulos, que general de aquí, que brigadier de allá, pero lo mandaban a pelear casi sin hombres.

Además nunca había nada. Pedía sables, no había; municiones, no había; plata, no había.

¡Así andaba ese ejército! Andrajoso y muerto de hambre, robando pa' comer... ¿Qué le parece?... ¿Qué podía pensar la gente de esos pueblos por donde pasaba esa tropa? ¡Que eran todos delincuentes! ¿Qué otra cosa, si no?

¡Milagros hizo Belgrano con esos soldados!

Sobre todo en las provincias del norte, que venían con una fama que pa' qué le cuento.

¡Qué quiere que le diga, niña Eugenia, pa' mí a este hombre habría que hacerle un monumento!

De cómo cambió de forma la Patria

Cuando era pequeña, mi mundo empezaba y terminaba en Buenos Aires. Así que entendía poco y nada cuando los mayores hablaban de la provincia de aquí o de más allá.

Sólo una vez recuerdo haber tenido una conversación con la tía Cleme sobre ese asunto.

—Decíme, Clementina... la Patria, después de la Revolución... ¿cambió de forma?

—Y, sí...

—¿Cómo?, no entiendo. No entiendo cómo puede pasar una cosa así.

—Mire, niña, en realidad la Patria tiene la forma que le quieren dar las personas. Asegún cómo vayan las cosa' entre los que se dicen dueños de la tierra, la Patria termina aquí o más allá.

—Cada vez entiendo menos, Cleme.

—Y, claro, niña, porque estos territorios fueron pasando de mano en mano. Primero estaban los indios, después vinieron los españoles y se los sacaron, después los criollos se los sacaron a los españoles

y así..., y con cada pase de manos las fronteras iban pa'cá, pa'llá, p'al norte, p'al sur... Así que cuando pasó lo de la Revolución, empezó el baile de nuevo, porque la dueña de todas estas tierras era España, se sabía que todas juntas formaban el Virreinato del Río de la Plata, pero ¿y después? Y ahí empezaron los problemas...

—¿Qué problemas, Clementina?

—Y... líos con los territorios, con las provincias... el Paraguay, por ejemplo. El Paraguay estaba adentro del Virreinato. Pero entre Buenos Aires y los paraguayos siempre hubo líos.

—¿Por...?

—Y... esto viene de lejos... por la cuestión del tabaco... y la yerba. Ahorita que nombré al tabaco, ¡me vienen ganas de fumarme un cigarro...! Espere que viá' buscar uno.

Le decía que la bronca viene de antes, porque en tiempos del virrey había unas ordenanza' que decían que todos los productos que nosotro' mandábamos pa' otros países, tenían que salir por el puerto nuestro.

Y acá se les cobraba un impuesto que, según decían, después se iba a repartir entre las provincias.

Pero la verdá' que esto se cumplía poco, y Buenos Aires, como era la capital del Virreinato, se quedaba con todo el dinero. ¿Sabe la gracia que les causaba a las provincias?

Y al Paraguay menos que a otras, porque ello' tienen ríos que salen al mar. ¿Pa' qué iban a tener que pasar por Buenos Aires la yerba y el tabaco, y encima pagar impuesto?

¡No, señó'!, Buenos Aires los perjudicaba. Así que cuando tuvieron oportunidá' de zafarse de nosotro', lo hicieron. Y eso vino con la Revolución de Mayo. Porque antes obedecían porque la que mandaba era España, pero cuando voló el virrey y se formó el gobierno nuevo, ¿por qué se iban a someter a la Junta de Buenos Aires? Así que cuando Belgrano fue con la expedición a tratar de convencerlos de que pelearan contra los españoles y aceptaran el

gobierno de Buenos Aires, los criollos paraguayos hicieron lo que más les convenía: derribaron a los españoles que había en su país, se separaron de nosotro' y ¡nombraron su propia Junta!

—Me parece justo lo que hicieron, tía. ¿Por qué no iban a poder ser tan libres como nosotros, no?

—¡Claro que estuvo bien! Y es por esa razón que la forma de la Patria... ¡cambió!

Tertulia chocolatada

Las mañanas de invierno en Buenos Aires suelen ser bastante frías. Como todavía no gozábamos de los beneficios de una estufa, nuestros criados andaban de pieza en pieza repartiendo infusiones calentitas.

"¡Yo desayuno en la cama!", gritaba mi hermano.

"¡Para mí un matecito dulce!", decía mi madre.

"¡Huevos! ¡Huevos pasados por agua!", vociferaba mi padre mientras se acomodaba el saco.

Yo estaba en la cama saboreando un chocolate recién hecho que me había traído Clementina, cuando dijo la tiíta:

—Hace algunos años, por esta misma bebida, casi desaparezco d'esta casa, mi niña.

—¿Por qué, Clementina, qué pasó?

La cosa fue así...

Era una de esas noches de tertulia. La casa estaba llena de

envitados de toda clase. Jugaban a las cartas, bailaban, tocaban el piano.

"¡Clementina!, cebe unos matecitos", decía su madre.

"¡Clementina!, traiga más dulces."

"¡Clementina!, se acabaron los pasteles."

¡Y dale con el Clementina!

A las doce empezaron a enfilar cada uno pa' su casa.

"¡Menos mal!", pensaba yo, porque las piernas ya no me respondían.

Me estaba desatando el delantal cuando escucho la voz de mi amita:

"¡Clementina!, prepare un chocolate calentito pa' los señores."

"¡Vuelta a empezar!", pensé pa' mis adentros.

Mientras se hacía el chocolate, cebé otra ronda de mate.

Y ésa fue mi perdición. Porque si no hubiera cebado mate, no habría escuchao' lo que hablaban, y si no escuchaba lo que hablaban, no hubiera pasao' lo que pasó. ¡No señó'!

—¿Y? ¿Cómo andan esos negocios, Mr. Robertson? —le decía mi amita al inglé'.

—¡Good, good!, cuando parar guerra, comercio andar bien —decía el inglé' mientras engullía el pastelito número diez.

—Esperemos que ahora con la independencia ya firmada, las luchas terminen de una vez por todas. Esta guerra nos está arruinando a todos —agregó Anchorena.

—Le doy toda la razón, señor Anchorena —dijo mi amita.

—A propósitou, usted que estuvo allí en Toucumán, ¿qué puede contarnos de ese Congresou?

Como justito le estaba cebando mate a Anchorena, escuché bien lo que decía. Y ése fue el prencipio de lo que iba a venir despué'.

—Mire, en lo que estábamos todos de acuerdo, no hubo problemas.

Pero la sorpresa la dio Belgrano. ¡Se le ocurrió decir que la mejor forma de gobernarnos era coronando a un rey indio, de la casta de los Incas!

—¿Qué? ¿Un rey indio para nosotros? —dijo mi amita.

—Lo que oyó. Así nos quedamos los diputados de Buenos Aires y algunos otros, cuando lo oímos.

¡Jamás habíamos escuchado una idea tan ridícula!

Yo, que iba y venía con los mates, pensé pa' mis adentros:

—¿Ridículo? ¿Por qué ridículo? ¿Acaso no son los indios los que primero vivieron en estas tierras? ¿No se las sacaron por la fuerza los españoles? ¿Por qué iba a ser ridículo poner un rey indio y devolverles lo que era suyo?

¡No señó'! ¡Pa' mí estaba muy bien lo que decía Belgrano!

Pero este señor Anchorena ensestía con lo mesmo y cada vez decía cosas más feas.

—Fue una idea extravagante. Pero en ese momento los que no estábamos de acuerdo no podíamos manifestar nuestro desprecio. ¡Saben cómo les brillaban los ojitos a los diputados cuicos! Además los de la barra saltaban, se abrazaban, aplaudían, estaban como locos.

Así que nosotros disimulamos, porque tampoco era cuestión de poner la cabeza.

A mí, niña, a esta altura ya se me habían anudado las tripa'. Dos vece', de la bronca, me lo salteé en la ronda del mate.

—Disculpe, Mr. Anchorena —dijo el inglé', mientras chupaba la gota de almíbar que chorreaba del pastelito—, le voy a dar mi opinión. Mí pensar que un rey para estas tierras no estar mal. Inglaterra, la Francia, tener reyes y ser grandiosas. Ustedes querer imitar a los norteamericanos, y mí creer que no ser conveniente. Gentes de acá ser muy distintas a las gentes de allá. Mí creer que no va a funcionar.

Hasta aquí el amo se había quedao' tranquilo. Pero cuando escuchó esto último, el párpado derecho le empezó a titilar como la llama del farol en un día de viento.

Y usté' sabe, mi niña, que cuando al amo le titila el párpado... ¡hay lío en puerta!

—Disculpe, Mr. Robertson, ¿qué quiere decir con eso de que la gente de acá es distinta de la norteamericana?

—¡Oh!, please Mr. Ortiz, no malinterpretar. Mí no querer ofen-

der, sólo querer decir que acá no tener la información ni el conocimiento que tener norteamericanos en época de Revolución de ellos.

—Perdón —y acá ya el párpado le bailaba a un ritmo desenfrenado—, ¿acaso nos está diciendo que somos unos ignorantes?

—Oh, please —decía el inglé'.

—Pepe, calmáte —decía mi amita—, que el señor no ha dicho eso. ¿Por qué no vas a la cocina a ver si está listo el chocolate?

Y Su Merced me lo despachó al amo pa' otro lado, pa' evitar líos mayores.

¡Lo que no sabía mi amita era que el jaleo lo iba a armar yo!

Mientras tanto, don Anchorena volvía sobre el asunto.

—Mire, Mr. Robertson, lo de un rey hasta podría llegar a discutirse. Lo absurdo es lo del Inca, ¡es una burla! ¿Se lo imagina? ¡Tendríamos que ir a sacarlo borracho de alguna chichería cada vez que fuera necesario! Definitivamente, no. No me gusta la idea de un "chocolate" en el trono.

Justo en ese momento yo venía con la jarra de chocolate, y alcancé a oír estas palabras.

No sé si fue el disgusto o qué cosa, la cuestión que di dos pasos, se me enredaron las polleras en la pata de una silla, ¡y en un minuto, yo estaba tirada en el suelo y don Anchorena tenía la jarra de chocolate puesta de sombrero!

Mi amita casi se desmaya.

"¡Ay, madre de Dio'!", gritaba. Que cómo puede ser, que por qué no te fijas por dónde caminas, Clementina, y qué va a pensar el señor Anchorena. Y no paraba de pasarle trapitos y pañuelos y todo lo que le venía a la mano.

Fui a la cocina a buscar un poco de agua y allí estaba el amo. Me miró. Ya no le temblaba el párpado.

Y con una sonrisa picarona, me dijo: "¡No le gustará el chocolate, pero éste se lo tuvo que tragar!".

¡Y los dos nos reímos por un rato bien largo!

Al día siguiente d'esa famosa tertulia, el aire en esta casa... ¡se cortaba con un cuchillo!

—Esos comentarios que hiciste anoche estuvieron de más, Carmen —le dijo el amo a Su Merced, mi amita.

—¿Y qué querías que dijera? ¡Si ellos tienen razón, Pepe! ¿Hasta cuándo vamos a seguir poniendo plata para esta guerra? —contestó su madre—. Cada año que pasa, tenemos menos. Eugenia necesita vestidos nuevos; Manolito, una chaqueta, y mírame a mí, con estos trajes del tiempo del Virreinato.

—Mirá, Carmen, la Revolución la hicimos para terminar con España. ¡Y todavía no lo logramos!

—¡Ay, Pepe, tú no quieres que termine! ¿Para qué se reunieron los diputados en Tucumán? ¿Qué decía el documento que firmaron todos, eh? "Fin de la Revolución y comienzo del orden". ¡Bueno, es hora de poner orden! ¡Y vamos a empezar por esta casa! ¿Por qué no haces como los otros? Mira a los Anchorena, están comprando campos en la provincia y empezaron a criar ganado. ¡El comercio no da más, Pepe!, a ver si la entiendes. Ahora lo manejan los ingleses, y con ellos no se puede competir.

—¡Basta de sermones, Carmen! ¿O crees que no sé qué es lo que más le conviene a la familia? —gritó el amo...

—La familia..., la familia... ¡De eso te estoy hablando, Pepe, de que te ocupes más de la familia! Piensa en Manolito, ¿qué porvenir le vamos a dejar? Eugenia no es problema, ya se casará con alguien conveniente. Pero Manolito..., ¡él es el heredero de la familia! ¿qué futuro le espera?

—¡El futuro, el porvenir! Es de lo único que hablas... ¿Y los sueños, y los ideales? ¿Eso para ti no tiene ningún valor? ¡Pues yo soy distinto! —gritó el amo, y ahí no má' pegó un portazo y se fue...

Así anduvieron, pelea'os y con las caras avinagrá's, por muchas semanas, hasta que el tiempo, que hace su trabajo... trajo otra vez tranquilidá' a esta casa...

¿Quiénes son los diputados?

Corría el año '24. En Buenos Aires se estaba por reunir un Congreso. Habían pasado catorce años de la Revolución de Mayo y todavía no se había resuelto cómo debíamos gobernarnos.

Recordaba vagamente aquel otro Congreso, el de Tucumán, del que mi padre había vuelto tan indignado...

—Clementina... ¿Qué fue lo que pasó en Tucumán?

—Le cuento, niña...

Era el año 1816. En la ciudad de Tucumán se estaba reuniendo un Congreso. La situación era muy grave. Todo parecía indicar que el rey de España quería volver a ser amo y señor de sus antiguas colonias.

¡Y nosotro' acá, sin tener ni siquiera un papelito que dijera que éramos libres de España!

—¿Y eso es importante, tía?

—¡Claro! Cómo no iba a ser importante. ¿Dónde estaba escrito que acá habíamos tenido una revolución pa' liberarnos de España? En ningún lado. ¿Y el rey qué iba a hacer, preguntamos uno por uno? "A ver usté', dígame, ¿son libres por acá o no los son?" No, mi niña, esas cosas se ponen por escrito y se firman por todos.

Así que el Congreso ese del que hablamos estaba reunido pa' eso.

El amo, que nunca quería perderse nada, fue pa' esa provincia acompañando a los diputaos.

Después de andar días y días y días y días y...

—¡Ay, Clementina, basta!...

—Bueno, niña, digo así pa' darle un poco de emoción al asunto. Como le decía, después de varios días llegaron a ese modesto poblao del norte. Digo modesto porque ni siquiera había un lugar apropia'o pa' reunirse. Diga que una señora prestó su casa, que si no...

—¿Y por qué eligieron ese lugar para reunir al Congreso? ¿Por qué no lo hicieron acá o en Córdoba...?

—¿¡Acá!?. ¡Ni pensarlo!... Siempre haciendo las cosas acá... Ya bastantes problemas había traído lo de la Revolución sin consultar a las provincias como pa' hacerlo acá. Y en Córdoba tampoco, porque no andaban en buenas relaciones con Buenos Aires por la mesma cosa, por querer mandar siempre... En Salta no se podía porque por ahí todavía había guerra con los españoles. En Mendoza tampoco, porque estaba toda la provincia con el asunto del cruce de los Andes. En el Litoral menos, porque ésos directamente estaban separados de nosotros, así que...

—¡Sí, ya sé, la única que quedaba era Tucumán!

—Claro... Así que el Congreso se hizo ahí... Pero pasaron unas cosa' que al amo no le gustaron nada, así que se volvió enseguida.

Resulta que el amo con otros amigos se habían instalado en la barra pa' escuchar el debate. En un momento pidió la palabra el diputado por Tucumán... Lo miró de arriba abajo. ¿Dónde había visto esa cara antes? Ahora recordaba. ¡Pero si era el mismísimo doctor Aráoz!

Lo que son las cosas, pensó el amo, recordando la terrible

sospecha en la que se había visto envuelto unos años antes. Y mientras los diputados hacían sus propuestas, los recuerdos lo llevaron a esa misma ciudad, unos años atrás, cuando el amo había llevado un cajón de sables para oficiales para vender al ejército. Precisamente el año 1812.

En esos tiempos Tucumán ya no era lo que había sido en época del Virreinato: ¡la reina de los intercambios! Por aquel entonces, por sus caminos repletos de naranjos pasaban mes a mes, sin prisa pero sin pausa, yeguas y mulas para Jujuy, carretas abarrotadas de artículos de lencería, perfumería, ferretería y vajilla de Europa para distintas ciudades del país.

No, ahora en Tucumán estaba la guerra. Y sus tranquilas y apacibles calles se sacudían al paso de los soldados.

Al mando de todos ellos estaba el general Belgrano.

Una noche, mientras tomaba un descanso entre tantas instrucciones militares, don Manuel lo invitó al amo a tomar una copita. Le estaba contando una idea interesante que tenía un clérigo llamado Uriarte: quería poner escuelas de quechua en todas las provincias, también en Buenos Aires, pa' que se enseñe esa lengua de los indios y que, con el tiempo, fuera el idioma nacional. De repente, alguien golpea a la puerta.

—Mi general —dijo el centinela— tiene visita.

—¿Quién puede ser a esta hora? —pregunta Belgrano.

—Ha venido el doctor Pedro Miguel Aráoz, cura rector de la Catedral de Tucumán. Dice que es urgente.

"Aráoz", piensa el general. ¡Decir "Aráoz" en Tucumán es hablar de poder! ¡Si son casi los dueños de la ciudad!

Y en esos momentos, para el ejército de la Revolución eso valía mucho. La batalla estaba cerca y hacía falta dinero para equipar bien a la tropa.

No venía mal contar con la amistad de una de las familias más importantes del lugar.

No lo pensó más. "Dígale que pase", ordenó.

Y fue ahí cuando le dijo al amo que fuera a un cuartito vecino pa'

esperarlo. Después de un buen rato, el doctor Aráoz se fue. El amo y Belgrano siguieron con la charla y después se despidieron.

Pasaron varias semanas. El general se encontraba, como siempre, escribiendo cartas al gobierno, cuando una conversación entre dos criadas que pasaban por la vereda lo sorprendió:

—¿Viste a mi amita? Logró que lo perdonen al marido.

—¿Qué? ¡No me dirás que el traidor Manuel Posse puede volver!

—¡Sí, señor!

—¡Qué vergüenza! Si todo el mundo sabe que anduvo conspirando contra la Revolución, ¡si hasta con dinero ayudó a los realistas! ¿Y cómo hizo?

—Con dinero, tonta, con dinero. La semana pasada, vino a casa el padre Aráoz y yo mesmita vi cuando mi amita le daba dinero, 200 pesos en plata, pa' que el cura, que tiene influencia, hable con Belgrano pa' que lo dejen volver a la provincia.

—¿Y qué pasó?

—¡Logró lo que quería! El otro día volvió el doctor Aráoz pa' avisarle a mi amita que ya había conversao' con el general. Que no se hiciera ningún problema, que todo estaba arreglao y que se iba a poner en conversaciones pa' que el amo Posse vuelva cuanto antes. ¿Qué te parece?

Y las criadas siguieron caminando.

¡Don Manuel, que estaba escuchando, casi revienta de la endignación! Usté sabe cómo es él. ¡Honesto, mire, como pocos...! ¡Le habían tendido una trampa y había caído!

Así que llamó al soldado de guardia pa' que lo vaya a buscar al doctor Aráoz, tan rápido como le dieran las patas...

Cuando lo tuvo ahí enfrente, mire niña, le dio una filípica de aquéllas...

—¿Y?

—Y nada... negó todo... y el general dejó las cosas como estaban. ¡Qué se iba a poner a investigar más, gastando energía en eso, con la guerra que tenía adelante!

Pero eso sí, apenita tuvo tiempo escribió al gobierno pa' pedir que

por favor no le dieran nunca un puesto importante a este hombre. "¿Qué iba a ser de nuestra patria si no se podían desterrar la corrupción y los vicios?", escribió el general.

Así que el amo, cuando en ese Congreso que se hizo en Tucumán descubrió que el Aráoz éste había sido elegido diputado por la provincia, se pegó media vuelta y se volvió pa' casa...

Porque a él tampoco le gustan estas cosas... Tendrá lo suyo el amo, no vamos a decir que sea un santo..., pero es un hombre honrado...

Así que al tiempito no má' ya lo teníamos de vuelta en casa.

Bueno, niña, por hoy se acabaron las historias...

No están todos los que son

Año 1816. En Tucumán se iba a reunir un Congreso. Su misión: declarar la independencia y dictar una constitución.

En Buenos Aires, las diferencias con el Litoral enfrentaban a la gente.

Fue así como, sin quererlo, Clementina participó de un lío de aquéllos...

—Esa mañana había ido a la terminal de diligencias que está en la plazoleta de Santo Domingo pa' esperar unos bultos p'al amo, que iban a llegar por la mensajería "Las Brisas del Desierto". Después de un rato bien largo, por fin llegó.

En ese mismo momento un funcionario del gobierno se acercó y colocó en una de las paredes de la esquina un bando.

Usté' sabe, niña, que yo no sé leer, pero igual me acerqué porque siempre hay alguno que dice las cosa' en voz alta pa' que nos enteremos.

Estaba ahí parada pa' ver si podía pescar algo cuando se acercó el gordo dependiente de la fonda de Berdial:

—¡Ja! —gritó— mírenlo a este Artigas, mandar un bando para llamarnos "pueblo hermano de Buenos Aires" y de paso avisarnos que no va a mandar diputados al Congreso. ¡Es un cínico!

Con el vozarrón que tiene, al minuto tenía como veinte alrededor pa' ver de qué se trataba.

Algunos interesa'os en serio, y otros, como siempre, de puro chismosos nomá'.

—¿Qué cosa fue la que dijo? —preguntó un petiso al que apenas se lo veía.

—Digo que acá dice que ni la Banda Oriental ni el Litoral ni Santa Fe van a mandar diputados al Congreso que se va a reunir en Tucumán.

Un señorito bien arreglado que estaba parado más atrás agregó:

—Eso estaba cantado. ¿O alguien esperaba otra cosa de ese forajido? Tiene a todas esas provincias sometidas.

—Ese hombre lo único que pretende es dividirnos. Si nunca tuvimos problemas con nuestros hermanos del Litoral —se horrorizaba una vieja.

Mientras tanto, un paisano que acababa de llegar bajaba los bultos de la diligencia, y sin apartar la vista de los baúles alcanzó a decir:

—El Protector de los Pueblos Libres no está enemistado con la gente de Buenos Aires, señora, sino con los gobiernos autoritarios que no respetan la voluntad de los pueblos— sentenció.

—¿Qué cosa fue la que dijo? —volvió a decir el petiso, exasperando al gordo de la fonda, que ya lo miraba con odio.

—No quisiera entrar en discusiones —contestó el señorito— pero creo que está equivocado. Si Artigas quisiera realmente la unidad, mandaría diputados al Congreso y discutiría todas estas cosas ahí. ¡No se haría el intrigante mandando mensajes!

—¡Eso! —dijo el gordo levantando su dedo índice—. Con esto lo único que hace es sembrar la discordia.

—El Protector —retrucó el paisano— sabe muy bien que ese Congreso va a estar dominado por las ideas porteñas y que poco importan las necesidades de las demás provincias.

—¡Un momentito! —protestó la vieja—. ¿Qué tiene que decir de los pensamientos de los porteños? ¡Ojito!

—¡Eso! —vociferó el gordo—. No se olvide de que la decisión de liberarnos de España salió de esta ciudad, y que desde ese momento Buenos Aires viene a ser como la hermana mayor de las demás provincias.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó otro paisano.

A esta altura la esquina estaba llena de gente, entre curiosos, interesados y viajeros que iban llegando. Y los ánimos se iban caldeando lentamente.

—¡Claro! —agregó otro de más allá—; que la Revolución haya salido de acá no les da derecho a mandonearnos ni a decirnos cómo tenemos que hacer las cosas. Si vamos a construir una Patria nueva, tenemos que opinar todos cómo la queremos.

—¡Eso! —gritó un mulato—. Por donde anda Artigas... ¡hasta los negros opinan!

—¡Esas son las ideas del Protector! ¡Que todos formemos una sola familia de hermanos y que cada provincia tenga igual dignidá'!

El revuelo en la plaza era cada vez más grande. Cada diligencia que llegaba sumaba seis o siete curiosos más.

—¡Ridículo! —le contestó el señorito—. ¿Desde cuándo los ignorantes opinan sobre cosas que tienen que ver con la felicidad de la Patria?

—Con más razón —dijo el gordo—. Si todos tenemos que decidir..., entonces... ¿por qué no mandan diputados?

—Le via' explicar —agregó el paisano—. Las provincias que están con Artigas le perdieron la confianza a Buenos Aires y a todos los que están con ella. Ya sufrieron varias traiciones. Por eso no van diputados; porque en ese Congreso no hay nada que discutir.

—¿Cómo que no hay nada que discutir? ¿Y la Declaración de la Independencia? ¿Y la forma de gobierno? ¿Y la Constitución? ¿Le parece poca cosa?

—Me parece mucho, pero si ya de entrada se sabe que las cosas se van a hacer como quiera Buenos Aires...

—¡Pero y dale con Buenos Aires! —gritó la vieja—. Y después de todo... si le molesta tanto Buenos Aires, ¿qué está haciendo acá, eh? ¿De qué provincia es usted?

—¡Eso! ¿A qué vino? ¡A meter cizaña! —gruñó el señorito.

—¡Agárrenlo! —vociferó el gordo—. ¡Es un agitador!

En ese instante, mi niña, se armó tal trifulca en la plaza como hacía rato que no veía. Volaban las trompadas, y los puñetazos estaban a la orden del día. La plaza se convirtió en un campo de batalla. De un lado los que estaban a favor del paisano, del otro los que lo atacaban. Los bultos que venían en las diligencias volaban por el aire de un lado p'al otro.

Yo había queda'o en el medio del revuelo sin poder zafarme, tratando de esquivar los golpes. Ya estaba por recibir un manotazo en la cabeza, cuando el Jacinto, que siempre está cerca de mí justo cuando lo necesito, apareció como por milagro y de un tirón me sacó del lío poco menos que volando.

Me anduvo retando unas cuadras, porque dice que sempre ando metida en desturbios. Pero qué le via' hacer. Es más fuerte que yo. Habré nacido así... ¡siempre lista pa' la política!

Clementina y el poncho de Yorkshire

Un día, mientras estaba cosiéndome unos zapatos de raso (¡Qué tiempos aquéllos, hasta el calzado nos fabricábamos!), pasó Clementina, escurriéndose como una sombra para que nadie la viera...

—Clementina..., ¿qué llevás en ese atadito?

—¡Shhh, que no escuche el amo!

Venga que le muestro. Es un poncho que compré.

—¿Y tanto lío por un poncho? ¿Qué tiene de malo comprar un poncho?

—Es que es un poncho inglé', de Yor..., Yorse..., ¡bué'! De algún lugar de donde son ello'.

—¿Y por qué no querés que se entere mi padre?

—Justamente porque es inglé', y el amo anda un poco disgusta'o con los inglese' y las mercaderías que traen.

—¡Ay, no entiendo a mi padre! Un año los ingleses son lo mejor de lo mejor, les alquila habitaciones para que se hospeden, los invita a las tertulias, ¿y ahora no le gustan...?

—Hable bajito, niña Eugenia, no levante el avispero. Lo que pasa es que se armó un lío tremendo en la pulpería de don Cosme por estos ponchos...

Resulta que yo fui tempranito a comprar yerba pa'l mate, porque se había terminado. Estaba dando una miradita a unas chucherías nuevas que había en la tienda, cuando entró el Jacinto, que es el criado de los Achával.

Enseguidita vino a conversar conmigo. Siempre que me ve se acerca porque... de joven él me arrastraba el ala. A mí siempre me gustó su compañía, pero no como pa'ndar noviando, ¿vio? Bueno, la cosa fue que andábamos conversando y le hice un comentario sobre un poncho muy elegante que llevaba puesto. Don Cosme, que siempre anda con la oreja atenta pa' escuchar lo que sea y de paso venderte algo, al oírme dijo:

—¡Clementina! —me hablaba a mí, pero lo dijo fuerte pa' que todos escuchen...—. ¿Has visto qué lindo ponchito lleva el Jacinto? ¡Y es de abrigadito...! ¿No es cierto, Jacinto, que es abrigadito?

Yo lo miré al Jacinto, pa' ver qué pensaba, pero antes de que el negro me contestara el otro ya me había puesto en el mostrador una montaña de ponchos de toda clase, con raya finita, con raya gruesa, más oscuros, más claritos..., y empezó con el cuento de siempre:

—Mirá, Clementina, mirá tranquila sin compromiso —y seguía sacando—. Tocálos —decía—, ¿has visto qué finitos?, pero igual abrigan un montón, porque están hechos en Inglaterra. Allá tienen unas máquinas pa' hacer estas cosas —y seguía.

Tanto me habló este Cosme que al final terminé comprando uno, no sé si por sacármelo de encima o porque estaban muy baratos. Porque mire que yo soy dura pa' los números, niña, pero cuando me dijo lo que costaban, hasta yo me di cuenta de que me convenía: ¡Tres pesos costaban, contra siete pesos de un poncho tejido acá! ¡Casi la mitad!

No me iba a perder la oportunida', adema' esta vez don Cosme

tenía razón, los ponchos parecían muy buenos, así que elegí uno bien bonito, color pasa.

Estaba esperando que el pulpero terminara de cobrarme, cuando de repente entró el amo hecho una fiera...

—¡Así te quería agarrar! —le gritó a don Cosme.

Y se abalanzó sobre el mostrador.

Los paisanos que estaban jugando a las barajas se quedaron inmóviles, al que estaba cantando con la guitarra del susto le salió un gallo, y más de uno, despacito, se fue arrimando a la puerta pa' salir disparando por las calles.

El amo y don Cosme quedaron frente a frente...

—¡A quién le has comprado esos ponchos, desgraciado! —dijo su padre.

—¿Así que ahora compras la mercadería en los remates que hacen los ingleses, eh? ¡Y a mí que me parta un rayo! Está bien, está bien —seguía diciendo—. Anda... anda no más, sigue comprando... Tú y el tendero de la otra cuadra y el pulpero de más allá, sigan... Va a llegar un día en que los ingleses no vengan más por acá, y vendrás corriendo a buscarme para que te venda...

Ahí el amo se dio un respiro pa' tomar aire, y rápido, don Cosme metió un pensamiento...

—No te enojes, Ortiz, tienes que entender —y trataba de aplacar los ánimo' con una copita de aguardiente—; la mano está dura y estos inglese' trajeron la novedad de vender en subasta pública y a nosotros nos conviene porque pagamos mucho menos... Mira, no te ofendas, pero el algodón que me vendiste el mes pasado a 2,75 reales la vara, yo lo compré ayer en el remate a 1,75. ¿Hay diferencia o no hay diferencia? No olvides que mis clientes son gente pobre, y si yo compro barato, después puedo vender barato también...

Ahí el Cosme éste clavó los ojos en mí y vociferando como siempre dijo:

—¿No es cierto, Clementina, que el ponchito que te llevas es regalado...?

No sé pa' qué habrá hablado, si el amo ni se había dado cuenta que yo estaba...

No sabía dónde meterme. Con disimulo fui corriendo el poncho, lo tapé con la yerba, qué se yo todo lo que hice pa' que el amo no lo viera..., pero ya era tarde...

Por eso no quiero que se entere, mi niña, porque, según entendí, estos ponchos son la perdición del amo.

Sueños en la carreta

En la primavera del año 1816 fuimos con los Fuentes, viejos amigos de la familia, a pasar unos días de descanso a la quinta de San Isidro.

Después de seis horas de viaje en la carreta de don Dalmacio, llegamos por fin al lugar.

Estaba ayudando a Clementina a bajar los bultos, cuando de pronto me di cuenta de que su cara estaba transfigurada:

—¡Ay, Clementina, qué cara! ¿Qué te pasa?

—¡No me hable, mi niña! Me dormí en el viaje y tuve unos sueños del demonio.

—Estarás empachada, últimamente te veo comer más de la cuenta.

—¡Qué empachada, niña Eugenia! Lo mío no es por cuestiones del estómago fue una conversación que oí en la carreta, cuando veníamos pa'cá.

—¿Qué oíste, Clementina?

—Viajábamos bastante apretujados, así que escuché perfectamente al amo Ambrosio Fuentes cuando dijo:

—¿Escucharon las últimas novedades...? Hay que entregar los esclavos varones de entre 14 y 40 años. Van a formar parte del Ejército de Los Andes.

—¿¡Quéé!?, —gritó mi amita—, ¡¿no les alcanza con el dinero que ponemos? ¿Ahora también hay que poner esclavos?! Estoy harta de esta guerra. Para mí se terminó. Ni uno solo de mis negros va ir al ejército.

—Carmen —dijo el amo—, deja de gritar. No quiero volver sobre el asunto. Te dije una y mil veces que yo me juego hasta las últimas por la independencia. Y la familia Ortiz va a colaborar con lo que sea necesario: si hay que poner dinero, pues será dinero; si son esclavos, allá irá hasta el último de mis negros; si son joyas te juro, Carmen, que vas a tener que dar hasta tu último anillo.

Mi amita, niña, se puso roja de furia, pero no vaya a creer que se calló la boca, ¡no, señó'!; le retrucó cada una de las palabras al amo.

—Mira, Pepe Ortiz —le dijo con los ojos clava'os en los ojos del amo como dos puñales—, del dinero ya ni me preocupo porque casi no tenemos, así que puedes disponer de él, si ganas algo con lo que vendes. Pero de los esclavos y de las joyas, ni sueñes con disponer de ellos. No quiero recordarte que todo eso lo tengo por herencia de mi querido padre.

—Lo tendrás por herencia—, dijo el amo sin perder la calma—, pero ésta es una emergencia, y si no dispongo yo, va a disponer el gobierno de todo eso.

—¡Que se atreva ese señor Pueyrredón a tocar a uno solo de mis negros!— gritó mi amita.

Ahí volvió a intervenir el tal Fuentes:

—Disculpe, señora Ortiz, no se ofusque. Entiendo el cariño que pueda tener hacia sus negros, pero ésta es una causa patriótica. El general San Martín ha sido nombrado por el Congreso de Tucumán general del Ejército de Los Andes. Está entrenando a una tropa importante allá en Mendoza, pero con eso no alcanza. Todas las

provincias van a tener que contribuir. Y nosotros no podemos eludir el compromiso.

—Has visto, Carmen —dijo el amo—, estamos todos en la misma. Además se está hablando de la incorporación de los hombres al ejército. Te quedarán tus esclavas. A nadie se le ocurriría desprenderte de Clementina, por ejemplo. Me refiero a los más jóvenes que tenemos: a Dionisio, a Fortunato, a...

Cuando escuché ese nombre, mi niña, creí que me caía muerta ahí mesmo.

¡Qué estaba diciendo este hombre —usté' perdone, el amo—! Había nombrado a mi Fortunato, el nieto mío de mi corazón, pa' que vaya a la guerra. Pero si no tenía más que quince años. El amo estaba completamente desquiciado o no tenía corazón. ¡No, señó'! Me paré como pude dentro de esa carreta que se movía como el demonio. Aunque me molieran a palos iba a decir lo que pensaba. No me importaba nada. ¡Mi nieto iba a ir pa' la guerra pasando sobre mi cadáver!

Estaba por vociferar mis cuatro verdades, cuando Su Merced, misia Pilar Fuentes, en franca alianza con mi amita dijo:

—Ustedes podrán decir lo que quieran, pero hoy por hoy en Buenos Aires tenemos otros problemas más urgentes que resolver antes que mandar esclavos para que peleen en otros países. Porque ese ejército es para Chile, ¿o me equivoco?

—Es para Chile, pero nosotros estamos amenazados también. Si los españoles se rearman, peligra nuestra propia Revolución—, dijo el amo.

—Acá lo que peligra es la propia Buenos Aires, y no precisamente por los españoles, sino por los federales del Litoral que nos hacen su propia guerra.

¿A qué va ese hombre a Chile? ¡Que venga con su ejército a defendernos a nosotros de Artigas!

—¡Eso!— dijo mi amita—. No le va a ser tan fácil a Pueyrredón sacarnos dinero ni esclavos. Te juro, Ortiz, que si es preciso los voy

a esconder donde ni siquiera tú los encuentres. ¡Mis negros son míos!— gritó mi amita. Y ahí se puso fin a la discusión.

Como hacía calor y todavía faltaba mucho pa' llegar, dormitamos todos un rato y fue ahí que tuve el sueño.

—¿Y qué soñaste, Cleme?

—Bien, bien, no me acuerdo. Pero sé que el Fortunato y yo corríamos por unos campos enormes. De pronto encontraba un pozo y lo metía al negrito adentro y trataba de taparlo con lo que tenía, y el negrito me decía: —¿Pero qué hace, abuela?, y yo le decía que se quedara quietito, que no asomara ni un pelito, que me lo querían matar.

Y el negrito que quería salir, y yo que lo quería tapar.

Y una sombra blanca cada vez se acercaba más y me decía: "Clementina, entregá al Fortunato, entregá al Fortunato".

Y yo que gritaba: "¡A mi negrito no! ¡A mi negrito no!".

Y ahicito no má' me desperté, todita empapada en sudor y llena de remordimientos.

El Fortunato es la luz de mis ojos, usté' lo sabe. Pero..., si todos hicieran lo que yo hice en el sueño..., ¿quién pelearía por la Patria?

Si todos escondieran a sus nietos, a sus novios, a sus maridos..., ¿con quiénes se armarían los ejércitos?

¡No señó'! Aunque se me desgarre el alma, el Fortunato va a ir a la guerra. Y le via' rezar a todos los santos pa' que no le pase nada.

—¡Ay, Clementina, no digas eso, si mi mamá puede salvarlo a Fortunato!

—¡No, mi niña! Si otros negros van a ir a pelear, yo no via' ser tan mezquina de ocultarlo. Así que ahorita nomá' le via' preparar alguna cosita de abrigo pa' que se lleve.

Ésta no es cualquier guerra. Le digo más; si me lo quisieran llevar pa' pelear contra los propios hermanos, ahí sí que lo escondía bien escondido. Pero eso es destinto, niña. Ésta es una guerra de independencia. ¡Y los Zayago fuimos siempre gente de coraje!

Disturbios en la procesión

No solía enfermarme muy seguido cuando era pequeña. Pero ocurrió que una vez, tendría diez años más o menos, tuve una fiebre tan, pero tan alta, que no pude acompañar a mi mamá a la procesión del Sepulcro. Así que fue Clementina la que me contó lo del toro...

—No es que yo sea una negra metida. Pero usté' sabe, mi niña, que cuando hay procesión las campanas de las iglesias tocan tan fuerte que todo el mundo anda a los gritos pa' que los demás lo escuchen. Así que lo que oí no fue por andar parando la oreja. Fue porque gritaban demasiado.

Estábamos ahí paradas, esperando que empezara la marcha, y fueron llegando otras damas destinguidas, amigas de mi amita. Y empezaron con la charla, pa' ponerse al día en asuntos varios. Que los niños, que los novios, que los difuntos, que los maridos.

En eso llegó Su Merced, misia Dolores de Larrañaga.

Qué le puedo decir, mi niña, esa mujer me pone nerviosa. Cómo explicarle... una persona fea por dentro y por fuera. Bah, lo de afuera

es lo de menos. Porque hay gente que es bien fiera, pero cuando uno la empieza a conocer le va pareciendo hasta hermosa. Pero ésta, le juro, niña, y que Dios me perdone, cuanto más abre la boca menos me gusta.

—¿Han visto quién llegó ayer a lo de los Escalada? —dijo en tono intrigante, mientras repasaba las cuentas del rosario.

—¿Quién?— respondieron las otras a coro, desesperadas por conocer el último chisme.

—Remedios, la hija de don..., la que se casó con el general San Martín.

—¿Cómo? ¿No estaba en Mendoza...? —preguntó la viuda de García.

—Estaba..., pero ya no está más. El general las metió a las dos, a ella y a la niñita, en una diligencia, y las mandó a Buenos Aires.

—¡Qué horror!, mandar a la muchacha por esos caminos llenos de indios y santafesinos salvajes, ¡y con una criaturita tan chiquita! Pero a quién se le ocurre. ¿Por qué no las dejó en Mendoza? —dijo la viuda.

—Metió a la mujer en la boca del lobo, podrían haberlas asesinado a las dos. De Mendoza a Buenos Aires en diligencia, por esos caminos tan inseguros, ¡una locura! —gritaba misia Dolores sin parar de menear la cabeza.

—Para mí que andan en problemas matrimoniales...

—Sí, pero, ¿y la niña Merceditas? ¿Qué culpa tiene la criatura de los líos entre los padres?

Ahí metió un bocadillo mi amita:

—No, parece que Remedios está muy enferma y como el general fue a combatir al Perú, tiene miedo que su salud empeore y la mandó a reunirse con sus padres, para que la atiendan bien.

—De todas maneras, Carmen... ¿Cómo la va a hacer cruzar el país de un lado al otro poniéndola al alcance de la mano de esos bárbaros federales? Para mí este San Martín está arreglado con los jefes de las montoneras de Santa Fe. Le deben de haber dado

garantías de que no le iban a tocar ni un pelo. Otra cosa no se me ocurre. De todas formas, el susto se lo llevó igual la pobre Remedios.

—¿Por...? —gritaron a coro.

—¿Cómo, no se enteraron? Si cuando llegó a la posta del Desmochado en la provincia de Santa Fe, rodearon la casa un montón de esos salvajes. Eran como trescientos.

—¡Ay, Dios nos libre y guarde!, no quiero ni pensarlo. ¿Y qué hizo la pobrecita?

—Y... menos mal que un peón de su confianza pudo escapar por los fondos, y a todo galope fue a pedir auxilio a las tropas de Belgrano que andaban cerca. ¿Y saben cuál fue la idea que se le ocurrió al general?

—¿Cuál? —corearon las comadronas.

—Le envió un escuadrón para protegerla con una carta para los jefes de las montoneras. ¿Se dan cuenta? ¡Como si los indios o esas bestias federales fueran capaces de respetar un papel firmado! Para mí que está arreglado con ellos. Porque además hizo otra cosa: cuando el gobierno le ordenó que venga con el Ejército del Norte para pelear contra los federales, los soldados se sublevaron y él no hizo nada. Si hasta creo que le van a hacer un juicio a Belgrano.

—¡Y tenían razón los soldados! —pensé yo. Al final de cuentas... ¿contra quién peleaban? ¡Después de todo, estos ejércitos se habían formado pa' pelear contra los españoles, no contra los propios hermanos!

—Ustedes hablan de Belgrano, pero San Martín hizo lo mismo. Se inventó un ataque de gota para no venir con el ejército de Los Andes a pelear contra los federales —dijo la viuda.

—Y bueno, ¿qué querés?, después de todo, ¿él no nació por ahí, por esas provincias del Litoral? Le debe tirar el terruño— dijo la de Larrañaga, con una risita burlona.

—Tenés razón, Dolores —agregó la viuda de García—. Escuché comentar el otro día a mi marido que desde Mendoza se carteaba con Artigas.

—¿Con Artigas? ¿Ese sedicioso? Ese hombre es un peligro... Cada pueblo por donde pasa lo deja en completa sublevación —se horrorizaba mi amita.

—¿Estás segura de lo que decís?

—Segura —le contestó, sin dejar de persignarse.

Ahí ya no aguanté más ¿Qué quiere que le diga, mi niña? ¿Quiénes eran ésas, después de todo, pa' hablar así de San Martín y de Belgrano?

Y ya me disponía a intervenir de alguna forma cuando..., no sé si fue la Providencia, los rezos o las plegarias..., la cuestión fue que al llegar a la esquina de La Paz y La Piedad, dieron la vuelta dos bueyes enormes que venían a toda velocidá', escapando vaya a saber de quién. Los bichos, al ver a la multitud, no pudieron o no quisieron retroceder, y prefirieron abrirse paso entre los cristianos en procesión... Cayeron santos, andas y faroles, volaron los sombreros, y ocurrió una cosa terrible. Bah, pa' mí muy graciosa... Un cuerno de uno de los bueyes le enganchó el vestido a misia Dolores, rasgándoselo de punta al rabo.

¿Se imagina, niña, una mujer de su categoría en paños menores delante de todos?

Yo no me pude aguantar la risa y me ligué un buen reto de mi amita. Pero no me arrepiento. Se lo tenía bien merecido. ¡Vieja chismosa y mal intencionada!

Las cuatro vidas de Fortunato

Esa mañana Clementina no paraba de moverse. Todos los esclavos de la casa le palmeaban la espalda y le daban ánimos.

¡Y no era para menos! Su nieto Fortunato volvía de la guerra.

¿Cuántos años hacía que no lo veía? ¿Cuatro, cinco? Ya no lo recordaba. Pero eso ahora no tenía importancia.

Al anochecer, después de una espera larguísima, el grueso portón se abrió. Una figura alta y morena hizo su entrada. Todos nos quedamos paralizados.

Sólo Clementina se abrió paso entre nosotros gritando: "¡Es él, es él!".

Y los dos se confundieron en un abrazo interminable.

Esa noche, después de una copiosa cena, fuimos a sentarnos debajo del limonero para escuchar historias. Pero esta vez la que contaba no era Clementina. Esa vez era el turno de Fortunato.

—¿Qué hiciste en la guerra, Fortunato? —decía uno.

—¿Tuviste miedo? —decía otro.

—¿Te hirieron alguna vez? —preguntaban.

—Despacio —dijo Clementina—, no me lo mareen al negrito, que él solito va a contar.

Y así empezó Fortunato el relato de sus días en la guerra y de cómo había salvado su vida ¡cuatro veces!

—La primera vez que mi pellejo estuvo en peligro fue al cruzar la Cordillera de los Andes, camino a Chile.

La travesía se estaba haciendo de acuerdo con el plan trazado de antemano. Llevábamos diez mil mulas de silla y carga, mil seiscientos caballos y setecientas reses. Carne seca, galletas, vino y aguardiente. ¡Todo como para soportar el cruce de cinco cordilleras!

Una tarde una tormenta de granizo nos sorprendió a todos.

Nos refugiamos como pudimos en los pocos huecos que había en esas montañas. Pero el viento helado nos congelaba la cara.

La ropa que teníamos no nos alcanzaba, pero lo peor fue cuando se me empezaron a enfriar los pies.

—Pero... ¿Las botas no te abrigaban?

—¿Botas? ¿Qué botas? ¡Gracias que tenía unos tamangos forrados en lana que me había cosido mientras estaba en el campamento de Mendoza! Pero era poco pa' tanto frío.

Al cabo de un rato no podía mover los dedos, y a las dos horas... ¡tenía las piernas congeladas hasta las rodillas!

—¡Ay Virgen santísima! ¡Cómo habrá sufrido mi negrito! —sollozaba Clementina.

—Menos mal que con nosotros iba un médico de primera, el doctor Paroissien. Enseguida me masajeó las piernas y me hizo tragar como medio barril de aguardiente. Con eso me salvaron de morir congelado en las montañas.

—¡Ay, Dios mío, qué fortuna que has tenido, Fortunato!

—¿Y después de todo eso tuviste que pelear?

—Claro. Después de cruzar la Cordillera peleamos en Chile. Y un tiempo después, navegamos por el océano Pacífico para atacar a los

españoles que estaban en Perú. Y en esas aguas requete frías, casi pierdo la vida por segunda vez...

—¿Y cómo fue, Fortunato?

—Atacar a los godos por mar era parte del plan de San Martín. Estaba todo calculado. Planos y cartas geográficas con los puntos de desembarco bien señalados.

Así que el 20 de agosto de 1820 salieron de Valparaíso la nave capitana O'Higgins, la fragata Águila y el bergantín Araucano.

—¿Y vos en cuál ibas, Fortunato?

—A mí me había tocado ir en el Araucano, pero me confundí y me embarqué en el Águila, donde la mayoría eran chilenos. Y esa confusión casi me cuesta la vida.

—¿Por...?

—Veníamos muy tranquilos navegando, haciéndonos señales con banderas y con una maquinita divertida, "telégrafo" se llama, para que todos siguiéramos el mismo rumbo.

—¿Qué cosa?

—El telégrafo. Es un aparatito que por aquí no se conoce.

Como les decía, los primeros días estuvo todo muy tranquilo. Hasta aburrido, diría yo. Pero al anochecer del día 30 todo nos hizo presentir que se iba a venir un temporal. El cielo se llenó de nubarrones muy oscuros y un viento huracanado comenzó a soplar. El mar lentamente se fue agitando, hasta que de pronto olas de como veinte varas nos pasaban por arriba.

—¡Ay, Virgen santísima! —gritó Clementina—. ¡Cómo habrá sufrido mi negrito!

—Dejálo contar, tía. Seguí, Fortunato.

—El capitán ordenó arriar las velas y que nos mantuviéramos todos en los puestos. Yo me había agarrado fuerte de una soga, pero el barco se movía tanto que me resultaba muy difícil sostenerme. Con cada ola que pasaba perdíamos algún barril de agua o municiones. De golpe un rayo casi hace astillas al palo mayor. El desbande fue terrible. De repente, la ola más grande que vi en mi vida pegó con tanta fuerza en el casco del barco que me soltó de la soga en la que

estaba agarrado. Rodé y rodé hasta pegarme la cabeza contra un cajón de fusiles que había, y me desmayé.

Cuando estaba a punto de salir disparado por la borda y caer sin remedio a esas terribles aguas, un chileno me agarró de los pies como pudo y logró salvarme.

Pero eso no es todo. Estuvimos navegando a la deriva varios días, hasta que el Araucano vino a rescatarnos. Cuando llegamos a las costas del Perú nuestros compañeros saltaban de alegría, porque ya nos daban por muertos. A nosotros, que éramos como ochocientos, y a las trece piezas de artillería, más las municiones y los pertrechos de guerra...

Y así, al día siguiente me encontraba pisando suelo peruano, sano y salvo...

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué fortuna que has tenido, Fortunato! —gritó Clementina sin parar de abrazarlo.

—¿Y qué otra cosa te pasó? —preguntaron los más chicos.

—¡Uh! De todo me pasó. Después que salvé mi vida milagrosamente en el océano, casi muero en una epidemia terrible que hubo.

—¡Ay, Virgen santísima! ¡Cuánto habrá sufrido mi negrito! Cuente nomá', cuente, mi negro.

—Habían pasado pocos días de nuestra llegada al Perú, cuando todos empezamos a sentir la influencia maléfica de la temperatura. ¡Hace un calor por esos lugares! Una epidemia de terciana y disentería empezó a consumir a la tropa. El batallón cuatro de Chile que estaba formado por setecientos soldados al desembarcar, al poco tiempo sólo tenía ¡cuatro! Enseguida se lo rearmó de nuevo con negros peruanos, porque, eso sí, a los primeros que agarran pa' ir al frente es a los negros.

En los hospitales se morían de a cientos. ¡Y no había casi medicina para darles! La poca que había se la habían sacado a la fuerza a los boticarios, porque faltaba plata para pagarles.

Para colmo de males, como hacía tanto tiempo que no comíamos ni cítricos ni verdura, fuimos atacados de escorbuto.

Los pocos que estábamos sanos fuimos puestos al mando del

general Arenales para marchar a la Sierra. ¡Parecía un regimiento de esqueletos vivientes!

Una madrugada nos disponíamos a partir cuando de repente empecé a sentirme mal. Al rato tenía tanta fiebre que la cabeza parecía que me iba a estallar. Me llevaron con urgencia al hospital. Ahí estuve no sé cuánto tiempo más muerto que vivo. Cuando ya creía que no iba a volver a ver la luz del día, llegó un bergantín americano con una medicina que no había en el Perú, "cremor", creo que se llamaba, y después de unos días empecé a mejorar y a mejorar, y ya ven, ¡aquí estoy!, vivito y coleando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué fortuna que has tenido, Fortunato! —volvió a gritar Clementina, enjugándose las lágrimas que le corrían por la cara.

—¿No me diga, mi negro, que además le pasaron otras cosas?

—¡Y claro que me pasaron! La cuarta y última vez que estuve en peligro fue cuando los realistas me tomaron prisionero.

—¿Prisionero? —gritaron todos.

—Como lo oyen —respondió Fortunato, poniendo cara de valiente.

—¿Y cómo fue? ¡Contá, Fortunato!

—Eso fue en un operativo de espionaje.

Resulta que el general San Martín tenía un montón de agentes secretos que le informaban todos los movimientos que hacían los españoles en el Perú. Todos operaban con nombres falsos o números en clave. Una noche tuve que acompañar al agente 456 en una misión secreta.

Debíamos tomar conocimiento detallado de todos los recursos del gobierno, del estado de su tropa, su número, calidad y disciplina, y de cuál era el plan de operaciones en caso de que Lima fuera atacada. También debíamos llevar papeles con propaganda impresa de la Revolución para repartir en plazas, monasterios, tabernas, bodegones y todo lugar donde se reuniera mucha gente.

Así que una noche el agente 456 y yo nos embarcamos en una

pequeña nave. Al llegar cerca de la costa un pescador de los nuestros nos hizo el santo y seña: izó una bandera blanca y gritó: "¡Viva la Patria!". Así supimos que no había moros en la costa. Desembarcamos y nos repartimos las tareas. El 456 iba a mezclarse en una fiesta pa' parar la oreja y pispear todo lo que la gente opinaba de la Revolución. A mí me tocaba ir a repartir panfletos.

Así lo hicimos.

Yo llevaba todos los papeles debajo de la camisa.

Al primer lugar que entré pa' revolear la propaganda fue una barbería. Estaba muerto de miedo. Abrí la puerta y sin mirar quién había tiré un puñado de papeles al aire al grito de "¡Viva la Patria!", y salí corriendo.

El segundo fue una oficina. Hice lo mismo: entré, revoleé los papeles y salí corriendo.

Hasta ahí tuve suerte. Porque a la tercera vez, las cosas no me fueron tan bien.

El lugar elegido fue un café. Había montones de personas, hombres casi todos. Estaba por tirar al aire los panfletos cuando de golpe me vi rodeado por soldados españoles, quienes me apresaron inmediatamente.

Me llevaron a un calabozo, me golpearon de arriba abajo y me dejaron medio desmayado.

—¡Ay, Virgen santísima! ¡Cómo habrá sufrido mi negrito! —gritó Clementina.

—Así estuve varios días, hasta que una noche un soldado que vino a traerme la comida me ayudó a escapar disfrazado. Y ésa fue la cuarta y última vez que salvé mi vida.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué fortuna que has tenido, Fortunato! —gritó Clementina, sin parar de abrazarlo, y se fueron caminando juntos hasta perderse en el tercer patio de la casa.

Fortunato se quedó en casa unos días, nada más.

Ahora era un hombre libre y a su paso por la provincia de Mendoza había dejado un amor.

Así que estuvo con nosotros el tiempo suficiente como para contarnos sus historias de la guerra tantas veces hasta que las aprendimos de memoria.

Y después marchó a reunirse con su nueva familia.

El tiempo pasa...

Habían pasado tantos años de mis charlas de infancia con la tía Cleme. ¡Casi treinta! Recuerdo que para esa época yo ya estaba bastante crecidita. Había formado mi propia familia y no necesitaba de los cuentos de Clementina para entender lo que pasaba. El tiempo transcurrido y la experiencia me ayudaron a tener mis propias opiniones sobre lo que ocurría a mi alrededor, y esto me ocasionaba muchos problemas con ella, porque no estábamos de acuerdo en un montón de cosas.

Una tarde, después de haber presenciado un horrible espectáculo a la salida de misa, me trencé con Clementina en una terrible discusión...

—¿A vos te parece semejante humillación a esas pobres mujeres, Clementina?

—Y bueno, niña, qué quiere, pa' qué fueron a la iglesia sin el moño colorado en la cabeza, ¿eh? No me va a venir a decir que no sabían... Fueron así pa' provocar...

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿O acaso no se puede pensar distinto? ¿Por qué hay que ponerse un moño en la cabeza? ¿Porque se le ocurre al gobernador? ¿Con qué derecho van a la salida de la iglesia con un tacho de alquitrán a pegarles moños colorados en las cabezas a esas mujeres y acusarlas de inmundas unitarias? Con esas medidas lo único que se genera es odio, y más odio y venganza.

Nosotros los jóvenes buscamos otra cosa. Tenemos inquietudes, esperanzas... ¡Queremos opinar! ¡Queremos que la patria progrese, que haya democracia! ¡No nos gusta andar por las calles todos disfrazados del mismo color, uniformados como si fuéramos un regimiento!

Basta con las viejas enemistades que no nos llevaron a nada en todos estos años. Para que haya una verdadera democracia, hay que respetar las ideas de todos.

—Mire, niña, eso que usté' dice nunca se cumplió ni se cumplirá.

—¿Por qué decís eso, Clementina?

—Y, porque es así, niña. A nosotros los pobres nunca nadie nos escuchó. El único es Rosas. ¿Qué gobernante le fue a dar alguna vez la mano a un negro, a un gaucho? Nadie, el único, Rosas.

¿Qué gobernante fue alguna vez a ver una fiesta de negros y se puso su mejor traje pa' compartir con nosotro' los bailes y la comida? Nadie, el único, Rosas, que se va todos los domingos a los barrios de negros con su uniforme de brigadier general, su señora y su hija pa'escuchar candombe. ¡Cómo no lo vamos a querer! Por eso los negros estamos con Rosas. Y lo mesmo pasa con los gauchos en el campo, porque este hombre comprende al pueblo y nos trajo bienestar a todos, a los más pobres y a los ricos también. Porque no me va a decir, niña, que a su padre no le van mejor las cosas con Rosas.

—¡Bah!, mi padre..., metido a ganadero para darle el gusto a mi madre. Pero yo lo conozco bien a mi padre. En el fondo, él piensa como yo. No le gustan ni los unitarios ni los federales. Pero hace la vista gorda y se calla la boca, porque acá el que piensa diferente se está jugando la vida. Si lo agarran los federales lo pasan a degüello,

y si lo agarran los unitarios lo castran. Así se hace política en estos días, como si esto fuera un gran matadero y nosotros el ganado.

—Mire, niña, yo sé que algunas veces se les va la mano, pero también sé que acá hacía falta una mano firme que pusiera un poco de orden. ¿O no se acuerda lo que era este país hace algunos años?

—Pero... ¿y qué orden hay ahora? Un orden impuesto por el terror. La gente que está en contra no habla porque tiene miedo, Clementina. Y esto vale para los unitarios también.

Por eso a los jóvenes no nos convence ninguno. Nosotros queremos otra cosa. Queremos justicia para todos, para los negros, para los blancos, para los pobres...

—Mire, niña, usté habla así, pero..., ¿quiere que le diga una cosa?... Del dicho al hecho hay mucho trecho. Esos jóvenes amigos de usté' se la pasan hablando con palabras difíciles pero no están en el gobierno, porque si estuvieran harían como todos los demás. Porque pa' hablar son todos mandaos a hacer, pero a nosotros los pobres lo único que nos importan son las cosa' concretas, no las palabras bonitas. ¡Si la mayoría no sabe leer ni escribir! ¿Quién entiende esos libros? Eso está bien pa' gente enstruida como usté', pero no pa' nosotros. ¡A nosotros la cosa sencilla, como nos habla el gobernador!

—¿Querés que te diga una cosa, Clementina? ¡Este país nunca va a salir adelante porque todos piensan como vos! A nadie le importa la cultura, el arte, la ciencia...

—¿Y a mí qué me dice? ¿O acaso los negros tenemos la culpa de ser tan ignorantes? ¡Si teníamos prohibido aprender a leer y a escribir, y nunca hubo plata pa' mantener abiertas las escuelas pa' negros que había en el año veintidós! ¡No me ofenda, mi niña! ¿O no le parece una injusticia que en los tiempos que corren todavía seamos esclavos y nos puedan comprar y vender como quien compra una silla? ¡No, señó'!

La discusión que habíamos tenido con Clementina estuvo dando vueltas en mi cabeza durante varios días.

Tenía razón mi negra querida con todo lo que había dicho.

Pero, ¿cómo podía ayudarla? No se me ocurría.

Pensé y pensé hasta que se me ocurrió una idea. Le iba a proponer a mi padre que les diera la libertad a Clementina y a su marido, un criado negro que había trabajado toda la vida en casa, para que se pudieran ir a vivir a Mendoza con su nieto Fortunato.

Así que después de charlarlo profundamente estuvo de acuerdo. El único temor era la edad de los dos negros. ¡Tenían más de cien años! Había un riesgo: que no se adaptaran a vivir en un lugar tan distinto de Buenos Aires, aunque los que conocían decían que los aires mendocinos eran muy saludables.

La que no estuvo para nada de acuerdo fue mi madre. Chilló y pataleó pero todo fue inútil: la decisión estaba tomada.

Y así fue como una mañana de setiembre, cargando en una carreta los pocos bultos que tenían, partieron Clementina y su marido en busca del camino de Mendoza.

Es difícil explicar los sentimientos encontrados que tuve durante un tiempo. Por un lado la extrañaba como loca, y aunque en los últimos tiempos pasábamos la mayor parte del día peleando, su compañía me hacía falta.

Además, pensar en ella me traía tantos recuerdos de mi infancia que había días en que lo único que hacía era ir a sentarme debajo del limonero a recordar nuestros días juntas, y una tristeza enorme me arrastraba.

Pero por otro lado estaba contenta con lo que había hecho. Me parecía que era lo mejor, poder brindarle a Clementina la felicidad de terminar sus días en libertad y junto a su familia. Y esto me alegraba enormemente.

Pasó un tiempo muy largo sin que supiera nada de ella. Hasta que un día fuí a la terminal de mensajerías a buscar una encomienda que me enviaban desde Mendoza.

El bulto venía con una carta. Traía la noticia más triste de mi vida: Clementina había muerto.

No lo podía creer y no lo quería aceptar.

No era posible que mi negra se hubiera ido de este mundo y yo tan lejos, sin poder tomarla de la mano.

Creo que estuve llorando toda una tarde.

Tenía la carta apretada contra el pecho y no me atrevía a abrir el bulto. Habré estado allí hasta que se hizo de noche. Ahí resolví abrir la encomienda.

Mientras sacaba los lienzos que la cubrían, sentía que el corazón me iba a estallar de tanto que palpitaba.

Al fin pude saber de qué se trataba: era el baúl de Clementina. La emoción fue tan grande que creí que me iba a desmayar.

Lo abrí lentamente, como disfrutándolo. Allí, prolijamente guardados, estaban todos aquellos objetos que habían adornado nuestras charlas de antaño: los retratos de mis primas, el mango del paraguas que mi padre le partió al tío Eusebio por la cabeza, las cartas de mi madre, el poncho de Yorkshire... Y en el fondo del baúl, una carta escrita con trazos desparejos, con la frase más hermosa que me escribieron jamás: "Pa' usté', mi niña, por todo lo que hemos vivido juntas. La he querido siempre. Su Clementina".

Conversaciones con mis nietos
[Diario de mi historia reciente] (o cómo recuperar a Clementina)

Me encanta repasar con mis nietos los años de mi infancia. Sobre todo porque Mariana, la menor, todavía no puede imaginarse que yo haya sido una niña como ella alguna vez.

Por eso me buscan para que les cuente historias de aquellos tiempos. Y sin quererlo me convertí en una Clementina moderna, aunque no tengo ni su gracia ni su memoria. Tampoco me cobija un limonero y me encuentro casi siempre contando historias sentada cómodamente en los sillones del comedor.

Aunque a veces, si estoy con ánimo, los llevo conmigo a dar un paseo a los lugares donde sucedieron las cosas.

Por ejemplo, fuimos a ver el lugar que ocupaba la vieja Recova, donde Clementina hacía montones de compras, y el pedazo de Fuerte que quedó, después que lo demolieron para construir el edificio de la aduana.

No les resulta fácil entender que no tengo foto-

grafías de cuando yo era pequeña, porque todavía no se había inventado la cámara fotográfica. Y no comprenden muy bien eso de que Clementina era esclava y que mi abuelo la había comprado en un mercado.

Tampoco pueden creer que antes no existían ni los trenes ni los tranvías y que viajábamos sólo en carretas.

¡Cosas de chicos! A veces pienso que tengo suerte por haber vivido tantas cosas. Sobre todo por haber podido ver cómo Buenos Aires se va convirtiendo poco a poco en una ciudad moderna, tan distinta de la ciudad colonial de mis primeros años.

Aunque no siempre estoy de acuerdo con la manera como se hacen las cosas. Esa dureza que tiene el presidente Sarmiento para el logro de sus planes me molesta.

Por eso me gusta conversar con mi nieta, porque explicándole lo que no entiende hago de cuenta que hablo con su padre, mi hijo. Él es un defensor a muerte de Sarmiento, y no quiere discutir conmigo de política porque dice que me quedé en el '37.

—Abuela...

—¿Sií?

—¿Es cierto lo que dice mi padre, que van a venir montones de personas de Europa para poblar el campo argentino porque parece un desierto por lo deshabitado que está, y que poco a poco van a reemplazar a la gente nuestra por europeos?

—¿Y eso de dónde lo saca tu padre?

—No sé, le escuché decir eso. Parece que son cosas de Sarmiento.

Porque dice el presidente que así como se moderniza la ciudad hay que modernizar el campo, pero que la gente de acá no sirve para

eso, que son todos ignorantes y no están acostumbrados al trabajo y que por eso hay que traer europeos.

—¡Bah! El presidente exagera, como siempre. Él porque desecha todo lo nuestro. Viaja a París y copia, copia, copia cómo es esa ciudad, y después construye una Buenos Aires parecidísima a la capital francesa. Después va a Estados Unidos y copia, copia, copia cómo es la vida en el campo allá, y quiere que el campo argentino sea una réplica de los *farmers* yanquis...

—¿Qué cosa, abuela?

—Los *farmers*, o como llamen los norteamericanos a sus granjeros.

—¿Y eso está mal, abuela?

—No está ni bien ni mal, simplemente no se puede.

—¿Por...?

—Y, porque cada pueblo tiene su historia. Y nosotros, los argentinos, no somos parecidos a los franceses ni a los yanquis. Entonces tenemos que progresar y organizarnos buscando nuestra propia manera de hacer las cosas.

—¿Y qué hay que hacer, abuela?

—No sé, querida, lo que hay que hacer. Porque hay cosas con las que estoy de acuerdo. Por ejemplo, me parece importante que el presidente, o Su Excelencia, como le gusta que lo llamen, se preocupe por lo deshabitado que está nuestro país. Pero me parece que querer dominar ese desierto sin tener en cuenta a los hombres del desierto, o sea a los gauchos, es algo que no tiene sentido. Si ellos son la única palanca que hace mover ese mundo despoblado.

Está obsesionado por construir una nación siguiendo el modelo de otras naciones del mundo que han progresado. Y para eso quiere que nos olvidemos de nuestro pasado español, porque dice que eso es lo que nos tiene atrasados.

Todo quiere cambiar, desde la gente hasta las instituciones. A propósito de estas ideas de Sarmiento, te voy a contar una anécdota.

—¡Ay, sí, abuela, eso es lo que más me gusta!

—Me imagino. Cuando yo era pequeña me pasaba lo mismo. ¡Ay, no, no puedo! Quedé en encontrarme con unos amigos para leer unos artículos que llegaron de Alberdi, ¡mi ídolo!, y no lo puedo posponer. Otro día te cuento.

—No, abuela, vos me prometiste.

—Pero no puedo cancelar este compromiso. Te prometo que mañana nos preparamos una canasta y nos vamos al parque Tres de Febrero y ahí te cuento, ¿sí?

—¡Bieeen!

Hay que modernizar la casa

(Cuando le conté a mi nieta la historia de la casa del presidente Sarmiento)

Resulta que el presidente vivió durante su infancia en una casita de la provincia de San Juan, construida con el dinero que ganaba su madre tejiendo telas en un telar.

Era una casa sencilla de provincia con todas las características de las casas españolas: una sala para recibir gente con su estrado alto y cojines...

—¿Qué es un estrado, abuela?

—¡Ah, el estrado! Cuando yo era chica en mi casa también había uno. Era como una tarima que se construía a un costado de la sala. Después se desparramaban almohadones. Ahí mi mamá recibía a las visitas.

—¿Qué? ¿Recibían a los invitados tirados en el piso? ¿No se habían inventado las sillas?

—¡Sí, cómo no iba a haber sillas! Pero la costumbre era sentarse en el estrado.

Así que la casa de Sarmiento también tenía uno, porque era la

moda de nuestra época. ¿Sabías que el presidente tiene más o menos mi edad?, ¿no? El nació en el año once y yo en el nueve.

—¿En serio, abuela? Y decíme... ¿Es cierto que siempre fue pelado?

—¡Ay, no! ¿De dónde sacaste eso?

—No sé, dicen...

—No, para nada. Bueno, sigamos con la casa de Sarmiento. Había, también como era costumbre, cuadros de santos que adornaban las paredes. Y a poca distancia de la puerta de entrada, una descomunal higuera que daba sombra al telar donde la madre de Sarmiento trabajaba.

Te cuento todo esto porque las tres cosas, el estrado, los santos y la higuera, fueron los personajes de esta anécdota que lucharon hasta el fin contra las ideas modernas.

Vos ya sabés que después de la Revolución de Mayo empezaron a mirarse con malos ojos todas las cosas que recordaban a España, porque se decía que eran cosas antiguas, pasadas de moda, y que recordaban los días en que habíamos sido una colonia.

Así que cuando Sarmiento y sus hermanas ya estaban crecidos, decidieron sacar de la casa todas aquellas cosas que le quitaban a la casita el aspecto de una vivienda moderna.

Le tocó el primer turno al estrado, que sin demasiada resistencia por parte de doña Paula, fue reemplazado rápidamente por unas cuantas sillas.

—¿Quién es doña Paula?

—Era la madre del presidente. ¡La que se aguantó todas las reformas!

Después del estrado vinieron los santos. Y con eso las cosas no fueron tan sencillas. ¡Porque la señora era una devota de aquéllas y quería a esos cuadros como si fueran miembros de la familia!

Así que las discusiones se sucedían día tras día.

—¡Pobres santos! —gritaba la madre—, ¿qué mal les hacen?

Y las hermanas del presidente les echaban miradas fulminantes a

los cuadros cada vez que pasaban delante de ellos, como queriéndoles decir: "¡Ya van a volar de esas paredes!".

Así estuvieron durante un largo tiempo. Hasta que un día, aprovechando que doña Paula había ido a misa, descolgaron las pinturas y las llevaron al dormitorio de ella.

¿Te imaginás lo que fue eso para la pobre señora?

—¡Le habrá dado un ataque, abuela!

—Ataque y algo más. Se arrodilló ante los santos, les rogó que perdonaran a sus hijas por semejante sacrilegio, lloró, se entristeció, enmudeció y le cambió el humor por unos cuantos días. Hasta que no tuvo más remedio que resignarse, porque los cuadros ya habían volado.

Pero lo más dramático fue lo de la higuera.

—¿Por...?

—Resulta que después de haber hecho esas reformas, pusieron la mirada en el viejo árbol que había sido el compañero de trabajo de doña Paula.

El destino de la higuera fue discutido durante dos años.

Porque la señora resistía y resistía. Un día, no sé qué habrá pasado, la agarraron cansada. Y no dudaron ni un segundo en ir a buscar el hacha.

El hacha higuericida, como decía Sarmiento, terminó en una cuantas horas con su pobre víctima.

—¿"Higueri" qué?

—Higuericida, que viene a querer decir algo parecido a asesina de higueras.

No te cuento el dolor de esa pobre mujer al ver semejante espectáculo. Si hasta tuvieron que parar de cortar y esperar que doña Paula saliera de la casa, porque estaba a un tris de caerse desmayada [...]

Con el paso del tiempo llegó la resignación. Y ahí fue cuando Sarmiento empezó a practicar, en su propia casa, sus planes económicos.

—¿Qué planes, abuela?

—Y bueno, se nota que el presidente ya tenía ideas claras desde

joven acerca de cómo aprovechar un terreno para hacerlo más productivo, cosa que no era muy común en el campo argentino.

Así que en el pedazo de tierra que había ocupado la higuera plantó cien arbolitos. Los arbolitos se transformaron en una viña, y de sus frutos dependió, en gran parte, la subsistencia de la familia.

¡Qué me decís de Sarmiento, a tenaz no le gana nadie!

Tranvías y algo más

(Enero del '73. De cuando le conté a mi nieta lo que había pasado el día que circuló por primera vez el tranvía en Buenos Aires.)

Esa mañana había ido al centro a realizar unos trámites, ¡y la calle era un infierno!

No se podía pasar por ningún lado porque estaba lleno de manifestantes y un griterío increíble.

¿Cuál era el problema? Después lo supe: nuevamente líos ante cada síntoma de progreso para la ciudad.

En el cincuenta y pico había pasado lo mismo cuando pusieron en las calles luz de gas. "¡Pero qué peligro! ¡Vamos a volar en pedazos! ¡Va a ocurrir una tragedia!", decían todos. Y así hasta que se instaló definitivamente.

Después, con el ferrocarril en el '57, la misma historia: "¡Ay, no! ¡Cuando pase el tren se van a venir las casas abajo como un castillo de naipes! ¡Va a ser la ruina de todos!", gritaban. Y así hasta que se instaló definitivamente.

Ese día le había tocado el turno al tranvía.

Los que más gritaban eran los comerciantes propietarios del centro, los dueños de carros colectivos y los de coches de alquiler.

—¡Vecino, vecina, no permita que el tranvía pase delante de la puerta de su negocio porque las propiedades perderán valor! ¡Vecino, vecina, no permita que este engendro de vehículo les quite el trabajo a nuestros queridos cocheros! ¡Súmese a nosotros! —gritaban como locos.

Del otro lado venían avanzando los que estaban a favor:

—¡Vecino, vecina, el tranvía trae el progreso a la ciudad, defiéndalo! ¡Todos con el tranvía! —vociferaban.

Escuché un rato a los manifestantes, pero no pude con mi genio. Vieja y todo, me metí en la marcha para apoyar al tranvía. Le veía unas cuantas ventajas a ese transporte.

Una de ellas era que iba a facilitar un crecimiento más parejo de la ciudad, porque esos suburbios alejados del centro, ¡y que tanto miedo daban!, iban a poder comunicarse mejor con la parte céntrica de la ciudad, y a lo mejor, con el tiempo, se convertirían en unos lindos barrios adonde la gente quisiera mudarse.

Otra ventaja, para mí importantísima, era que si el tranvía se instalaba en la ciudad, gentes de distintas clases sociales se iban a mezclar en el trayecto: un obrero con un oficinista, una planchadora con una señora fina...

¡Además, el viaje iba a ser mucho más cómodo que en esos carros colectivos!

Así que para rematar semejante cantidad de virtudes, la manifestación se cerró con un viaje inaugural a bordo del flamante coche.

Anduvimos bien dos o tres cuadras, cantando y vociferando, sin dejar de gritar por las ventanillas algunas guarangadas a todos los que corrían despavoridos a esconderse adentro de sus casas, pero al llegar a una esquina una de las ruedas saltó de las vías y... ¡plaf!, todos al suelo.

Por suerte, nadie salió lastimado.

Pero esto aumentó las críticas de los que estaban en contra, que

se vinieron en masa a querer convencernos de que el vehículo era un peligro.

Pero nada pudieron hacer: ¡el tranvía ganó por fin el combate!

Eso sí, durante un tiempo cada coche tuvo que circular por las calles con un jinete con corneta adelante, que les avisaba a los transeúntes la proximidad del tranvía.

¡El precio de la modernidad!

—Pero, abuela, no te entiendo... Al final vos estás de acuerdo con todas las cosas que propone Sarmiento. ¿Por qué discutís con mi papá?

—Y bueno..., porque a veces tengo dudas con todos estos cambios. Me preocupa el precio que estamos pagando por querer convertirnos en una nación moderna.

Porque así como defiendo el progreso, también sé que esto, en el futuro, nos va a traer problemas.

—A ver... dame un ejemplo, abuela.

—Y bueno, todas esas obras que se están haciendo para construir ferrocarriles, tranvías, obras públicas, tienen su lado bueno y su lado malo. Tomemos el ferrocarril. El lado bueno es que vamos a estar mejor comunicados. Pero el malo está relacionado con cosas que ya pasaban cuando yo era chica.

Inglaterra sigue haciendo sus negocios con nosotros. Porque los que traen el ferrocarril son los ingleses y para instalarlos ¡nos venden todo! ¡Desde las locomotoras hasta los ladrillos y los artefactos de los baños de las estaciones!

¡Dónde se ha visto!, si hasta los inodoros son ingleses. Entonces yo me pregunto: ¿cuándo vamos a empezar a fabricar algo nosotros? Porque si todo lo traen de afuera, acá vamos a seguir haciendo lo mismo que hace cien años. Nosotros vamos a mandar al exterior los productos de la tierra, y vamos a comprar todo lo que se hace en los talleres de Europa. ¡Esto es lo que me preocupa!

—Pero mi papá dice que si no se hace de una vez no se hace más.

Y que Sarmiento es el único que puede lograrlo porque está convencido de que esto es lo que más nos conviene.

—Puede ser. Pero tu padre, joven como es, piensa más en el presente que en el futuro. Pero yo ya llevo unos cuantos años sobre esta tierra y he visto y oído muchas cosas. Por eso temo por lo que nos vaya a pasar.

Pero bueno..., ¡basta de tantas reflexiones! No son cosas que tengan que preocupar a una niñita como vos. ¿Qué te parece si nos cambiamos y vamos a dar un paseo a Palermo?

—¡Ay sí, abuela, me encantaría! En un segundo estoy lista.

Es bueno saber cómo somos

(Año 1872. Repasando el censo del '69)

Abuela...

—¿Qué, tesoro?

—¿Para qué vinieron hace un tiempo esos señores a hacernos preguntas?

—Señores..., señores... No me acuerdo de ningunos señores...

—Esos que vinieron con unas planillas y nos preguntaron cuántos vivíamos en la casa, y de qué trabajaba mi papá y otras cosas que no me acuerdo...

—Ah, sí..., vinieron a hacer un censo.

—¿Qué es eso, abuela?

—¿Para qué sirve? A ver... ¿Cómo te explico para que me entiendas mejor? Mirá, es como si vos hoy tuvieras ganas de hacer una comida. Para hacer esa comida te hacen falta ingredientes. Y vos no sabés cuántos de esos elementos tenés en casa y cuáles tenés que ir a comprar; ¿qué hacés?

—Y... voy hasta la alacena y me fijo qué hay y qué no, y salgo a comprar los que me faltan.

—Correcto. Bueno, el censo es algo parecido. Y el cocinero en este caso es el presidente. Tiene muchos proyectos para hacer, pero no sabe qué es lo que tiene en la alacena, o sea en el país. Así, el censo

se hizo para conocer, para tener información sobre la Argentina y así poder hacer cosas. Y bueno, con el censo se supo, por ejemplo, que el país tiene montones de kilómetros pero que hay pocos habitantes, que Buenos Aires es la ciudad más poblada, y que la mitad de todos los que vivimos acá, ¡son extranjeros!, ¿te das cuenta?

Igual que cuando yo era chica, nada más que antes la mayoría eran españoles y ahora hay de todas partes: de Italia, de España, de Francia, de Inglaterra...

—¿Y qué más se supo, abuela?

—Y, muchas cosas. El otro día leí en el diario que con el censo se comprobó que el setenta por ciento de los habitantes del país no saben leer ni escribir. ¿Sabés lo que es eso? De cien personas, setenta no escriben ni leen.

—Dice mi papá que eso es lo que quiere cambiar Sarmiento.

—Está bien, en eso coincido con el presidente. De lo que disiento es en eso de considerar que todos los brutos de la tierra están en este territorio. Porque Su Excelencia trae inmigrantes europeos, que sabrán mucho del trabajo en el campo pero que no leen ni media palabra, como los nuestros.

—Mi papá dice que Sarmiento quiere que todo el mundo aprenda a leer y escribir para que todos tengan educación y puedan elegir bien a sus gobernantes.

—Bueno, hasta ahí no sé. Porque saber leer y escribir no es garantía para saber qué gobierno nos conviene.

¡Uy, qué tarde!, quería ir a sacar entradas al Colón para escuchar la ópera italiana. ¿Me acompañás?

—¡Vamos, abuela!

Fin del tercer movimiento

CARTA DE DESPEDIDA

Noviembre de 1874. El largo viaje a través de la historia de mi vida y de mi patria llegó a su fin.

Tanto escribir, tanto escribir..., al final les había tomado cariño a mis papeles.

La cuestión ahora es pensar qué voy a hacer con todo esto. No me gustaría que vayan a parar al rincón de un ropero viejo.

Aunque pensándolo bien... ya sé a quién le pueden interesar estos relatos. Sí... estoy segura, para el próximo cumpleaños de Mariana le voy a regalar estas historias, porque la otra tarde la observé muy ensimismada, escribiendo notas en un cuadernito. Intrigada, me acerqué y le pregunté: "Marianita, ¿qué es lo que te tiene tan atareada?". Y me respondió, sin levantar la vista del papel:

—Abuela, estoy anotando todas las cosas que me contás porque... el otro día me dije a mí misma: "Mariana, vos no sos la abuela... va a llegar un día en que no recuerdes nada de lo que ella te cuenta, y si vos no te acordás... ¿quién va a contarles estas historias a tus hijos?...".

Y colorín, colorado... ¡estas historias pasarán de mano en mano!

5

INTERLUDIO: ¿Y después del cuento... qué?

Perla Zelmanovich

Entre la lectura de los cuentos y la próxima propuesta —cuarto y último movimiento—, cabe esta breve reflexión.

Seguramente los cuentos habrán resonado de un modo diferente en cada uno de nuestros lectores, producto de la particular relación que existe entre la historia personal y la colectiva.

Tal vez se pregunten ahora cuáles de los episodios que aparecen en los cuentos ocurrieron efectivamente.

Para responder a esta legítima inquietud es presentada a continuación una lista con las referencias documentales en las que se basó cada uno de los cuentos.

(*¿Ocurrió realmente?*)

• "Anochecer de un día agitado" es una recreación de fuentes diversas que aparecen en el libro *Qué pasó el 25 de Mayo*. Colección Una historia de la Historia, 1988, Coquena Grupo Editor, páginas 49 a 51.

• "Cuento con puntillas, banquetes y virreyes" está basado en información obtenida de la colección *Mi país tu país*, Tomo Vida Cotidiana, Centro Editor de América Latina.

Allí aparece una clara descripción de cómo era la vida en épocas coloniales, y sobre todo de las clases gobernantes.

• "El último virrey y el barco inglés" surge de información aparecida

en el artículo "Los ingleses en el Río de la Plata", del Tomo I de la colección Historia Integral Argentina, Centro Editor de América Latina, 1974, páginas 178 a 196.

Allí se hace mención a la preponderancia de la economía inglesa en la estructuración de la historia económica de la Argentina.

• "¡La bandera!... ¡Hay que esconder la bandera!" es una recreación de información aparecida en la revista *Crónica Histórica Argentina*, Editorial Codex, fascículo número 15; páginas 340-341, 1968.

Según se desprende de allí, después de la derrota de Ayohuma, el padre Juan de Dios Aranivar, amigo de Belgrano, escondió unas banderas entre los marcos de unos cuadros de santa Teresa, en la capilla del pueblo boliviano de Titiri.

Estas banderas sólo se encontraron a fines del siglo pasado. En 1893 el gobierno argentino inició acciones para recuperarlas.

Las autoridades del país vecino resolvieron conservar una, precisamente la que presenta los colores invertidos: blanco, celeste, blanco. De ésta se supone que fue enarbolada en Rosario en 1812.

La otra se encuentra en el Museo Histórico Nacional de la Ciudad de Buenos Aires. La disposición de los colores es la que actualmente conocemos: celeste, blanco, celeste. De ésta se supone que fue enarbolada en Jujuy en 1812.

• "Amores y desamores de don Manuel Belgrano" es una recreación de información aparecida en el Tomo II de la Biblioteca de Mayo, publicada por el Honorable Senado de la Nación (José Celedonio Balbín. observaciones y ratificaciones, páginas 1022-1023) y en el libro *Cuentos de los años felices* de Osvaldo Soriano, Buenos Aires, Sudamericana, 1993. Allí se describen profusamente aspectos de la vida privada del prócer.

• "La pesquisa de 'tapados'" es una recreación de información aparecida en las *Memorias póstumas* del general José María Paz, editorial Trazo, página 113. Cuenta un hecho protagonizado por el mismo general Paz durante su permanencia en el Alto Perú.

Durante los años que duró la guerra en el Norte, una de las maneras que tenía la Revolución de procurarse fondos era recurrir a las confiscaciones. Las personas acaudaladas ocultaban sus fortunas; estos tesoros ocultos recibían el nombre de "tapados". Los lugares preferidos para esconderlos eran los conventos de monjas. El de las Claras fue uno de ellos.

• "De cómo cambió de forma la Patria" es una recreación de información aparecida en la revista *Crónica Histórica Argentina*, Editorial Codex, 1968, fascículo 11, página 252 y siguientes.

Allí se explican las razones por las cuales el Paraguay se perdió después de la Revolución de Mayo.

• "Tertulia chocolatada" surge de información aparecida en varios documentos recopilados en la colección "Documentos para la Historia Integral", fascículo "La Declaración de la Independencia", Centro Editor de América Latina, 1974, y en "Noticias de Buenos Aires, El Paraguay, Chile y el Perú, cartas del ciudadano inglés Charles Holland", Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1990.

• "¿Quiénes son los diputados?" es una recreación de información aparecida en *Historia social de Tucumán y del azúcar*, Eduardo Rosenzvaiz, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1986. Allí se hace referencia al dinero recibido por el cura rector de la catedral de Tucumán para que intercediera ante Belgrano para el regreso a la provincia del comerciante español Manuel Posse. Enterado de la trampa, Belgrano pide a las autoridades que no se le dé a Aráoz ningún puesto político. Sus deseos no se verán cumplidos ya que Aráoz será diputado por Tucumán en el Congreso de 1816.

• "No están todos los que son" surge de información aparecida en el libro *Artigas, el general de los independientes*, de Carlos Machado, cuaderno número 14 de "Crisis", editorial del Noroeste, 1975.

• "Clementina y el poncho de Yorkshire" es una recreación de información aparecida en el artículo "Los comerciantes ingleses en el Río de la Plata", en *Historia Integral Argentina*, Tomo I, Centro Editor de América Latina, 1974. Allí se hace mención de la novedad impuesta por los comerciantes ingleses: la venta en subasta pública, medida que perjudicó notablemente a los comerciantes criollos después de 1815.

• "Las cuatro vidas de Fortunato" es una recreación de información acerca de la campaña al Perú realizada por el General San Martín, publicada en *Historia del Libertador Don José de San Martín* de José Pacífico Otero, tomo 3, s/f.

• "Sueños en la carreta" surge de información aparecida en la obra citada anteriormente, tomo I, s/f. Allí se relatan los pormenores de la leva de esclavos para las campañas militares y la respuesta de la sociedad porteña ante tales requerimientos.

• "Disturbios en la procesión" es una recreación de información aparecida en las *Memorias de José María Paz*, Tomo I, y en *Buenos Aires, setenta años atrás*, de Eduardo Wilde, Eudeba, 1976.

En el primero se relata el viaje accidentado de la esposa del general San Martín de Mendoza a Buenos Aires, cuando fue cercada en una posta por fuerzas federales del Litoral. Este viaje suscitó sospechas en ciertos ámbitos acerca de la connivencia del general San Martín con los caudillos del Litoral.

En el segundo libro se cuenta el episodio de un desbande que hubo alrededor de 1816 en Buenos Aires, mientras se realizaba una procesión.

• "El tiempo pasa..." es una recreación de información diversa recopilada de distintos textos de historia argentina.

• "Conversaciones con mis nietos" surge de información aparecida en *Mi país, tu país*, Tomo "Vida cotidiana", Centro Editor de América Latina, 1971.

• "Tranvías y algo más" surge de la lectura de *Mi país, tu país*, Tomo "Vida cotidiana", Centro Editor de América Latina, 1971.

• "Hay que modernizar la casa" es una recreación de un capítulo de *Recuerdos de provincia* de Domingo Faustino Sarmiento, Biblioteca Básica Billiken, 1965.

• "Es bueno saber cómo somos" surge de información aparecida en "Crónica para la historia argentina", fascículo 53, Editorial Codex, 1968.

LAS FECHAS Y SUS CUENTOS

Al revisar los cuentos, encontramos que es posible agruparlos según las diferentes efemérides.

Para el 25 de Mayo se pueden utilizar: "Anochecer de un día agitado", "Cuento con puntillas, banquetes y virreyes" y "El último virrey y el barco inglés".

En relación con el 20 de Junio, los más específicos son: "¡La bandera!... ¡Hay que esconder la bandera!", "La pesquisa de 'tapados' ", "Amores y desamores de don Manuel Belgrano" y "De cómo cambió de forma la Patria".

El 9 de Julio se puede acompañar con: "Tertulia chocolatada", "Clementina y el poncho de Yorkshire", "¿Quiénes son los diputados?" y "No están todos los que son".

En cuanto al 17 de Agosto, encontramos: "Disturbios en la procesión", "Sueños en la carreta" y "Las cuatro vidas de Fortunato".

Entre estos primeros cuentos y los que corresponden a la fecha que sigue en el calendario —el 11 de Septiembre— hay un período que no es tomado por ninguna de las conmemoraciones: es el período rosista.

Para considerarlo, se incluye el cuento "El tiempo pasa...", que permite vincular diferentes procesos de los que participan las efemérides.

"Conversaciones con mis nietos, o de cómo recuperar a Clementina", junto con "Tranvías y algo más", "Hay que modernizar la casa" y "Es bueno saber cómo somos", permite abordar finalmente el 11 de Septiembre.

El agrupamiento citado no excluye la posibilidad de trabajar con algunos cuentos en más de una efeméride, como es el caso de "Tertulia chocolatada", que si bien se ajusta al tema que se conmemora el 9 de Julio, en él aparece también Belgrano. Encontrar a los mismos personajes involucrados en los acontecimientos de las diferentes fechas ayuda a observar las relaciones entre ellas, dando pie a analizar sus vinculaciones, como en este caso, entre Belgrano y el Congreso de Tucumán.

Si bien cada fecha cuenta con varios relatos no resulta imprescindible trabajar con todos ellos, ya que cada cuento, si bien tiene relación con los otros, también conserva una estructura independiente.

Dado que entre ellos mantienen diferencias en cuanto a la complejidad de los temas que abordan, el criterio para seleccionarlos deberá contemplar los temas que se desean retomar a posteriori, en función también de la edad de los alumnos.

LOS CUENTOS, DE LA MANO DEL MAESTRO

Si bien los cuentos posibilitan un encuentro directo entre el niño y el texto, poseen contenidos potenciales, que sólo la intervención del docente podrá convertirlos en materia de trabajo.

Esto obedece a que la descodificación que los alumnos realizan de los temas abordados por los relatos es diferente según la edad, y por lo tanto, también, lo es el trabajo que se puede realizar después de su lectura.

Al leer, por ejemplo, "Clementina y el poncho de Yorkshire" con niños de 8 años, el tema podrá quedar planteado en los términos en que el cuento lo trata explícitamente: como la competencia entre los comerciantes criollos y los ingleses. Con alumnos de 11 o 12 años, en cambio, se podrá avanzar, presentando el contexto internacional en el que se da la mencionada competencia, al hacer referencia, por ejemplo, a la revolución industrial.

Será cada maestro quien decida qué temas trabajar, y hasta dónde profundizar a partir de los cuentos. Para hacerlo deberá considerar los intereses y las posibilidades cognitivas de sus alumnos, así como la relevancia de los temas desde el punto de vista histórico.

DE QUÉ HISTORIA ESTÁN HECHOS LOS CUENTOS

La versión que los cuentos ofrecen sobre los acontecimientos contemplan especialmente la narratividad de éstos.

Se retoman con ello algunas de las ideas expresadas por los seguidores de la historia narrada, quienes plantean que la narración permite establecer las conexiones necesarias entre un acontecimiento y otro.

Ellos afirman que no basta que el relato represente los acontecimientos de acuerdo con la secuencia cronológica en que originalmente se produjeron. Es necesario que se revelen como sucesos dotados de una estructura, un orden de significación que no poseen como mera secuencia.

"Los acontecimientos históricos se disponen para la mirada perceptiva como historias que esperan ser narradas".

"La narración histórica sin un análisis completo es trivial, el análisis histórico sin narración es incompleto."[28]

Para su elaboración, fue necesario realizar una selección entre aquellos temas que resultaran relevantes desde el punto de vista histórico, con la finalidad de abrir las efemérides a nuevas significaciones.

No se abarcaron todos los temas posibles, aun entre aquellos considerados de interés.

[28] White, H.: "El valor de la narrativa", en *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós, 1992.

Se presentan a continuación algunos de los contenidos históricos que pueden ser retomados a partir de la lectura de los cuentos. Tampoco en este caso se rescataron todos los temas que los cuentos permiten retomar. Son sugerencias que incluyen tres tipos de contenidos: hechos y conceptos, procedimientos, actitudes y valores.

Su finalidad es ampliar y profundizar algunos de los temas que los cuentos algunas veces despliegan y otras sólo insinúan.

6

CUARTO MOVIMIENTO. Efemérides: la historia toca a tu puerta

Silvia Gojman
Silvia Finocchio

En este cuarto y último movimiento nos proponemos reflexionar acerca de la finalidad que tiene enseñar las efemérides en la escuela. Situamos los relatos en su contexto histórico y presentamos un conjunto de conceptos, de procedimientos y de actitudes para trabajar con los alumnos, a partir de los cuentos.

¿PARA QUÉ INCLUIR LAS EFEMÉRIDES EN LA ENSEÑANZA?

El papel de las efemérides en el sistema educativo argentino

Las efemérides constituyen un conjunto de hechos notables ordenados a partir de la fecha en la cual ocurrieron. Desde fines del siglo pasado, el estudio de la historia nacional basado en las efemérides y los festejos escolares fueron un medio recomendado y claramente utilizado para construir la visión de un pasado común.

A partir de 1880, las enormes masas de inmigrantes que descendían de los barcos arribados de Europa y la expansión de tendencias disgregatorias como el anarquismo impulsaron a los sectores dominantes de la sociedad argentina a desarrollar y promover sentimientos "nacionales".

El régimen oligárquico que gobernó en la Argentina a partir de 1880 depositó en la escuela y especialmente en la enseñanza de la historia nacional la responsabilidad de desarrollar sentimientos y actitudes de pertenencia.

Ese interés por promover sentimientos patrióticos adquirió rasgos más notorios a partir de la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo, momento en el cual también la escuela fue la principal depositaria del mandato patriótico.

Sin embargo, no fueron los sectores dominantes los depositarios exclusivos de la tarea de formar la conciencia patriótica a través de la recuperación de un pasado supuestamente común. Otros sectores sociales promovieron desde distintos espacios culturales sentimientos convergentes, pero con una intencionalidad obviamente diferente.

La literatura criollista devorada por los inmigrantes entre 1880 y 1910, su participación en centros criollos para el baile y el canto, y el cine desarrollado por inmigrantes desde 1910 que recurrentemente evocaba un pasado argentino al cual querían integrarse, son algunos ejemplos. Éstos nos permiten poner en duda las afirmaciones que al hablar de nación se circunscriben exclusivamente a un estado patriótico educador funcional con los intereses de los sectores dominantes.

Los relatos y los festejos de las efemérides poseen hoy escaso sentido para gran parte de los docentes. Comenzar a encontrarles un sentido significa recuperar la oportunidad de reflexionar fundamentadamente acerca de quiénes somos los argentinos, cuáles son nuestros conflictos y nuestros acuerdos, cuáles son nuestras formas de vinculación y de identificación, cuáles son las necesidades para una integración más equitativa y plural —respetuosa de las diferencias— de esta sociedad.

El sentido de referirse al Estado

En la actualidad y desde hace aproximadamente diez años recuperamos como ciudadanos un cuerpo político con vida activa. El Estado democrático que a lo largo de esta década nos permitió practicar una gimnasia a la cual no estábamos acostumbrados —la de la participación— es una construcción social, una construcción de políticos, de trabajadores, de periodistas, de sindicalistas, de estudiantes, de amas de

casa, de militares, aun contemplando las diferencias en la participación de los diferentes sectores. Como protagonistas de este proceso somos el resultado de una historia que nos condiciona y que a la vez nos abre posibilidades.

Si bien no todos nos encontramos condicionados por el pasado de la misma manera, sí todos somos responsables del futuro. Es por esto que el conocimiento de la historia debería fortalecernos como protagonistas de nuestro presente y ayudarnos a construir sentidos de realidad y de cambio, así como distintas formas de identificación. Enseñar cómo se conformó el Estado resulta ineludible para llevar a cabo estos propósitos, y las efemérides son una oportunidad de acercarnos a la forma como se fue desarrollando ese proceso a partir de 1810.

Conformación del Estado argentino: un poco de historia

Desde las Invasiones Inglesas hasta los años '80 del siglo pasado el largo proceso de nuestra historia nos permite identificar la construcción de la dimensión política de las sociedades modernas: el Estado-nación. Los hitos en la construcción del Estado argentino fueron la Revolución de Mayo, la Declaración de la Independencia, la Constitución Nacional y la federalización de Buenos Aires.

La construcción de estados nacionales fue un fenómeno típico del siglo XIX tanto en Europa como en América. Los estados nacionales emergieron como reacción a los estados absolutos, adoptando un carácter más amplio en cuanto a la representatividad social. Las democracias liberales, las monarquías parlamentarias, la extensión del sufragio, fueron los signos más evidentes del cambio político que ampliaba progresivamente las posibilidades de participación a amplios sectores de la sociedad.

Una determinada versión de la historia argentina —la historiografía liberal— enfatizó el papel de la primera década de vida independiente, entre 1810 y 1820, en la concreción del Estado. De ahí surge que se considere el 25 de Mayo como "el nacimiento de la Patria" y, por extensión, el del Estado. Sin embargo nosotros sabemos hoy que la Constitución Nacional es el punto más visible del comienzo de concreción del Estado.

Las décadas anteriores a la Constitución Nacional estuvieron signadas por el enfrentamiento contra España y por los conflictos regionales, así como por los conflictos de los diferentes sectores sociales afectados por la desarticulación del comercio colonial y por las erogaciones o devastaciones que producían las guerras. Los sectores ganaderos de Buenos Aires y el Litoral fueron los que salieron beneficiados en esa puja.

La Constitución Nacional fue el resultado de un acuerdo entre elites provinciales, cuyo objetivo era modernizar las economías regionales —básicamente con capitales y mano de obra extranjera— e insertarse competitivamente en el mercado mundial. Estas elites visualizaron la perentoriedad de tener un Estado y alcanzar el reconocimiento externo para poder comerciar. Justo José de Urquiza fue uno de los representantes de ese sector ganadero exitoso y deseoso de modernizar la economía y construir el Estado.

Los componentes del Estado fueron los tres poderes de gobierno, los organismos administrativos, el ejército nacional, el sistema educativo nacional, el sistema postal nacional, los códigos nacionales, los impuestos para sostener la administración, el ejército y un espacio especialmente asignado para la residencia de las autoridades nacionales: la Capital Federal.

El sentido de referirse a la nación

Dijimos que un fenómeno típico del siglo XIX fue la formación de estados nacionales. Los nuevos estados fueron diferentes de los estados absolutos porque en éstos la identificación política se realizaba con una persona, el príncipe o el rey, y porque en la convivencia cotidiana los vínculos dominantes eran los de la localidad o la región.

En cambio, en los nuevos estados se constituyeron naciones. En éstas los vínculos se ampliaron, los arcos de solidaridad se extendieron por encima de la localidad o la región y las viejas formas de identificación política con la persona del príncipe o el rey se trasladaron hacia símbolos del colectivo, que reflejaban su aspiración a la soberanía. Los factores constitutivos de una nación fueron básicamente dos: el vínculo emocional a través de símbolos, conceptos y valores y la interdependencia

funcional de las acciones cotidianas de una sociedad —las prácticas económicas, la participación en un sistema político, la movilidad en un espacio interrelacionado, etcétera—. Estos factores vincularon a un grupo de hombres identificados como "nosotros".

En nuestro país, por sobre el yo puntano, correntino o porteño, los símbolos, una determinada versión de la historia patria, las relaciones económicas y sociales construyeron "un nosotros argentino" a lo largo del siglo XIX, en particular a partir de la segunda mitad y durante las primeras décadas del siglo XX. La instauración de las efemérides acompañó este proceso. Hoy se impone abrir, revisar y resignificar aquel sentido que tuvieron.

El sentido de referirse a los diferentes planos de lo social

En general las efemérides en tanto referencias históricas privilegiaron la esfera política. Es así como las presentaciones más tradicionales de aquéllas redujeron sus explicaciones al simple esquematismo de pensar que la historia sólo cambia por los triunfos o las derrotas en los campos de batalla o por las obras de hombres patrióticos y abnegados. Este recorte, sin embargo, puede ser válido siempre y cuando se lo vincule en sus explicaciones a las diferentes dimensiones de la vida de las sociedades, por ejemplo a la economía, a la cultura, a la vida cotidiana. La articulación entre sí de estos múltiples planos de la realidad permite, por un lado, ordenarla para su análisis y, por el otro, captarla en la complejidad de sus relaciones.

El sentido de referirse a un universo de hechos y conceptos, procedimientos y actitudes

Para que la enseñanza de las efemérides que jalonan el calendario escolar permita construir un marco de referencia que vincule la historia argentina a nuestro presente y nuestro futuro será importante incorporar, junto a la enseñanza de los hechos significativos del pasado, un conjunto de instrumentos intelectuales que permitan analizar diferentes realidades tanto pasadas como presentes. Entre éstos se encuentran los *conceptos*

utilizados por los historiadores para explicar los hechos y los procesos: sujeto histórico, clases, sectores y grupos sociales, revolución, independencia, Estado, nación, conflictos y alianzas, producción y circulación de bienes, modernización, etcétera. Sin duda, la enseñanza de hechos concretos ayudará a la construcción de imágenes que cargarán de significado histórico esos conceptos.

Nuestra enseñanza deberá comprender también una serie de *procedimientos*, es decir modos de saber hacer cosas parecidos a aquellas de las cuales se valen los historiadores cuando construyen su conocimiento: ubicar en el tiempo, en el espacio, en un contexto político, ubicar en un contexto económico, ubicar en un contexto social, pensar en torno a múltiples causas, etcétera.

Finalmente, deberemos dar cuenta de la formación de *actitudes*. Las actitudes pueden ser de orden político y tender a la socialización de los niños en tanto futuros ciudadanos, como las referidas a las responsabilidades ciudadanas; de orden social y tender a la socialización de los niños en tanto hombres solidarios y respetuosos de las diferencias; de orden científico y tender a la formación de sujetos que se apropien de un recorte de una disciplina. Por ejemplo, la noción de que todo conocimiento es un producto histórico y que puede dejar de ser válido con el paso del tiempo a partir de nuevos conocimientos.

¿QUÉ ENSEÑAR A PARTIR DE LAS EFEMÉRIDES?

Las que siguen son algunas ideas que surgen de la lectura de los cuentos de la tía Clementina que creemos importante desarrollar, en primer lugar, para que cuando los docentes los utilicen con sus alumnos puedan contextualizar los acontecimientos y las anécdotas que en ellos se relatan y, en segundo término, para acercarles información que les será útil en el momento de tener que responder a los muchos porqués que seguramente surgirán.

Qué enseñar a partir de los cuentos del 25 de Mayo

Los relatos de la tía Clementina a Eugenia referidos a la Revolución de Mayo permiten múltiples acercamientos a este tema. Aquí sólo presentaremos algunos de ellos.

Planteamos cuatro grupos de conceptos para trabajar con los alumnos:

- Uno referido a conflicto, revolución, grupos e ideas políticas.
- Otro referido a economía, economías regionales, monopolio comercial y libre comercio.
- Un tercer grupo que incluye sociedad, grupos sociales, clases y grupos étnicos.
- Finalmente, un último grupo que contempla vida cotidiana, costumbres y fiestas populares.

Todos estos conceptos se ponen en juego en el tratamiento que los cuentos les dan a los diferentes temas:

- Para trabajar el concepto de *conflicto*, por ejemplo, pensamos que las luchas entre españoles y criollos que aparecen en los cuentos permitirán que los alumnos se acerquen a las ideas de tensiones, enfrentamientos y disputas que este concepto encierra:

> [...] pa' esta fecha (25 de mayo de 1810), se armó un lío tan grande en este país y en esta casa que de resulta de eso, su tío se fue con la familia a España pa' nunca más volver.
>
> [...] El amo era uno de los que había ido ese día al Cabildo, a votar pa' que el virrey se fuera. Y el tío Eusebio, a votar pa' que se quedara.
>
> ¡Y ahí estaban los dos, sacándose chispas por los ojos!

Los enfrentamientos entre españoles y criollos comenzaron mucho tiempo antes, pero se agudizaron a fines del siglo XVIII y continuaron durante las primeras décadas del siglo XIX.

¿Cuáles eran los temas sobre los que se discutía no sólo en la intimidad de las casas sino también en los salones y en los cafés de Buenos Aires? Entre los más irritantes y los que despertaban los más fuertes debates estaban, en primer lugar, la exclusión de los criollos de los cargos importantes del gobierno y de la Iglesia, y en segundo término, las

restricciones económicas que limitaban el comercio con otras naciones que no fuera España y que afectaban principalmente a los comerciantes criollos. Éstos se veían especialmente afectados, como en el caso del padre de Eugenia, ya que el intercambio con España estaba en manos de un grupo de comerciantes peninsulares que se beneficiaba con el monopolio español, como el tío Eusebio.

• En el cuento "El último virrey y el barco inglés" se hace una referencia explícita al tema del *monopolio*:

—[...] ¿se acuerda lo que le conté el otro día, que antes de 1810 los que gobernaban eran los españoles?

—Sí, tía.

—Bueno, pero ellos además de gobernar nos obligaban a comprarles y a venderles cosas nada más que a ellos.

—¿Qué cosas, Clementina?

—Y, bueno, por ejemplo, acá en nuestro país no había ni telas finas como la seda o el encaje, y tampoco había papel, ni vidrio, ni hierro. Todo eso se traía de España en barcos.

• ¿Quiénes integraban la *sociedad* en los años de la Revolución?

No es sencillo definir con precisión el tipo de sociedad porque muchos factores de distinta naturaleza inciden en su formación: la relación entre las distintas clases y los grupos étnicos, los conflictos entre españoles y criollos, la rigidez de normas tradicionales junto a nuevas y más libres relaciones entre algunos sectores sociales. La imagen que resulta es la de una heterogénea estructura marcada por la relación entre la diferenciación social y la étnica, privilegiándose siempre la propiedad que se tenía más que la raza a la que se perteneciera.

La llamada "clase principal" era la clase propietaria: estaba formada por grandes comerciantes, hacendados, algunos pocos empresarios —de obrajes, saladeros, astilleros—, viñateros, bodegueros, dueños de tropas de carretas. Junto a ellos también estaban los altos funcionarios del gobierno y de la Iglesia. En muchos casos en una misma persona se reunían varias actividades: se podía ser comerciante y hacendado, funcionario religioso y comerciante, o viñatero y propietario de carretas.

Por debajo de estos grupos estaban los pequeños y medianos comerciantes, los empleados, los pulperos, los matarifes, los maestros, los

artesanos, los funcionarios menores, entre otros. La postergación sufrida por los criollos en todas las actividades generó permanentes tensiones que llevaron en muchos casos a conflictos entre padres e hijos o marido y mujer dentro de las familias.

Los sectores populares de Buenos Aires, de composición étnica muy variada, estaban integrados por trabajadores de diferentes oficios, vendedores callejeros, gente sin trabajo. Entre ellos muchos negros esclavos, cuyo trabajo en la mayor parte de los casos era el de sirvientes, lavanderas, vendedores ambulantes, aunque también muchos de ellos se dedicaran a las actividades artesanales. Desde el punto de vista jurídico y social fueron considerados inferiores a los indígenas.

En el interior estaba extendida la servidumbre a través del trabajo de indígenas y mestizos que aceptaban la rigidez de una sociedad más tradicional. Sin embargo, no fueron pocas las sublevaciones que conmovieron con fuerza territorios que se extienden desde el Alto Perú (actual Bolivia) hasta Salta y Jujuy y que preocuparon seriamente a las autoridades.

• En el cuento "Anochecer de un día agitado" la tía Clementina hace referencia a los *grupos* y las *ideas políticas* cuando menciona a las amistades que tenía el padre de Eugenia:

> Toda gente instruida, que tenía ideas más modernas,

y nombra a Mariano Moreno y Manuel Belgrano. Esta referencia nos lleva a pensar en la *vida intelectual* de Buenos Aires en los primeros años del siglo XIX. En esta sociedad, en su mayoría analfabeta, la Iglesia controlaba la educación y la Inquisición revisaba los libros no sólo en las librerías sino también los de las bibliotecas privadas. Sin embargo, las ideas del Iluminismo, las ideas que surgieron de las revoluciones de Estados Unidos y de Francia y, posteriormente, las ideas del liberalismo económico se fueron introduciendo lentamente y fueron inspirando a quienes serían luego protagonistas importantes del proceso revolucionario y de independencia.

¿Cuáles eran las ideas de Mariano Moreno? En sus estudios en Chuquisaca (actual Bolivia) se puso en contacto con los autores del Iluminismo como Montesquieu, Voltaire y Rousseau, y también allí se

despertó en él un profundo interés por la justicia al comprobar el maltrato que se les daba a los indígenas. Sus ideas se encuentran en la *Gazeta de Buenos Aires*, diario que fundó y dirigió en 1810, en discursos, en informes legales, en el prólogo de la traducción que realizó del *Contrato social* de Rousseau, en decretos, en cartas. Allí defiende el *libre comercio* con Inglaterra y hace una fuerte crítica del monopolio español, presenta un programa para ganar la Revolución, para gobernar el país y para que la Revolución se extendiera al resto de Sudamérica.

Sus ideas económicas, transformadas en un plan de gobierno, reflejan sus deseos de construir una *nación autosuficiente*, "sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que se necesite y se pueda producir en el país", reconociendo, sin embargo, que comerciar con el exterior es necesario, pero tomando algunas precauciones, especialmente con Inglaterra. Estas ideas son algunas de las que se encuentran en su obra *El plan de operaciones*.

• En relación con la presencia de los ingleses en el Río de la Plata, encontramos referencias en muchos de los cuentos. La tía Clementina se refiere a su presencia en Buenos Aires:

—Y bueno, como le decía, los ingleses yo sé que hace mucho que andan por acá.

Barcos ingleses, por acá, por Buenos Aires, hace un montón de años que hay.

A partir de estas afirmaciones se abren algunos interrogantes: ¿desde cuándo se registra su presencia en Buenos Aires? ¿Desde las Invasiones Inglesas de 1806 o desde antes? ¿Cuál es la razón de esta presencia?

Hasta fines del siglo XVIII Lima, capital del Virreinato del Perú, era el centro político y económico de toda América del Sur. Todas las rutas comerciales, incluso las establecidas entre Buenos Aires y España, tenían que pasar por allí, siguiendo un trayecto complicado que iba de Buenos Aires a Lima a través de malos caminos, cruzando los Andes, transportando los productos por barco hasta Lima y luego nuevamente desde allí, por tierra, hasta puertos de la costa norte de América del Sur para desde allí llegar a España.

A fines del siglo XVIII la apertura del puerto de Buenos Aires sólo

permitía el comercio con España; sin embargo, el potencial comercial de esta región comenzó a ser reconocido por traficantes y contrabandistas, en su mayoría ingleses y holandeses, que violaban permanentemente las leyes mercantiles españolas y comerciaban con los porteños. Buenos Aires además se convirtió en un centro importante del comercio de esclavos.

En 1806, las tropas inglesas invadieron Buenos Aires. El objetivo no era sólo sumar una nueva colonia al imperio. Desde el siglo XVII, los ingleses querían quebrar el monopolio español y a principios del siglo XIX se discutía en el Parlamento cómo derrumbar el imperio español. Razones fundamentalmente económicas sustentaban estas discusiones: la *Revolución Industrial*, con sus ilimitadas posibilidades de expansión de la producción, necesitaba mercados donde ubicar sus productos, de ahí que defendieran el *libre comercio*.

Es por esta razón que las invasiones no se proponían la conquista territorial, pero sí tomar sus puntos más importantes, aprovechar todas las ventajas comerciales, abriendo toda Sudamérica a los intereses comerciales ingleses. Ellos comenzaron a llegar, a instalarse y a vincularse a las familias distinguidas de Buenos Aires. El comercio fue el inicio y luego siguieron amistades, casamientos, emprendimientos y sociedades económicas.

• El proceso de instauración de las efemérides como tales aparece insinuado en los cuentos a través de los *festejos*. ¿Cómo se celebraban los triunfos de la Revolución? ¿Quiénes concurrían a las *fiestas*? ¿Eran fiestas populares?

La tía Clementina le recuerda a Eugenia:

> Mañana es fiesta de la Patria y tenemos que estar tempranito en la Plaza pa' cantar el Himno.
>
> La Junta de Gobierno dio la orden de prender toditos lo' farole del Cabildo y de la ciudad. ¡Pa' que se notara la fiesta!

A partir de 1810 el nuevo gobierno cuenta con el apoyo de una parte importante de la población de Buenos Aires. Desde su instalación fue una preocupación permanente ocupar las calles y los espacios públicos cerrados para controlar así la circulación de discursos y de imágenes que reforzaran y ampliaran esa adhesión.

Desde el poder se convocaba, en los paseos y en las calles, con cantos, bailes, repiques de campanas, descargas de artillería y fuegos de artificio e iluminando las calles y los edificios públicos, a la celebración de los triunfos militares, a la asunción de nuevos gobiernos, a los festejos del aniversario de la Revolución.

Estas celebraciones, que pronto se hicieron conmemorativas, ocuparon un lugar importante en el nacimiento de una nueva rutina cívica que buscaba la adhesión a partir de la memoria.

Al igual que los conceptos, también los *procedimientos* permitirán explicar algunos de los temas que ofrecen los cuentos.

• Un procedimiento para trabajar con los alumnos puede ser el de *pensar según el principio de la multiperspectividad*, es decir, que reconozcan las distintas visiones que sobre un mismo acontecimiento o una situación pueden tener diferentes personas:

—Parece ser que los lío' entre el amo y su tío eran porque no pensaban lo mesmo.

—¿En qué cosas pensaban distinto, Clementina?

—En muchas. No sé, yo mucho no entiendo. Parece que en cuestiones de dinero, de política.

Se podrán trabajar *actitudes* a partir de algunos fragmentos de los relatos.

• Una actitud posible a trabajar con los chicos puede ser el sentimiento de *identificación y pertenencia*:

—Y vinieron con unos barcos [los ingleses] y se querían adueñar de la ciudá'.

Y nosotros —¡todos, eh!, blancos, negros, mulatos, ¡todos!— la defendimos y no los dejamos.

¿Qué enseñar a partir de los cuentos del 20 de Junio?

Los cuentos de la tía Clementina referidos a la efeméride del 20 de Junio también abren una enormidad de posibilidades para trabajar con los niños. Sólo enumeraremos algunas.

Podríamos hacer referencia a diferenes universos conceptuales. Por ejemplo, a los conceptos de economía regional, desigualdad regional y conflicto regional. A los de revolución y guerra de independencia. A los de identidad, símbolo y Bandera. Recuperar algunos temas centrales de los relatos permitiría que los niños comiencen a construirlos.

• Para trabajar el concepto de *economía regional* podemos retomar, por ejemplo, la producción y la circulación de bienes a principios del siglo XIX en las distintas regiones del Río de la Plata.

La economía de Buenos Aires estaba basada en la producción ganadera y en el comercio. Esta región marginal en los siglos XVI y XVII había comenzado a predominar sobre el interior desde mediados del siglo XVIII por la exportación de cueros y de plata procedente de Potosí y por la importación de esclavos negros que se utilizaban en lugares donde los indios habían disminuido en gran número, como en el Noroeste y Cuyo, o donde no se habían dejado someter, como en Buenos Aires. Allí Clementina, quien relata los cuentos a la pequeña Eugenia, realizaba tareas domésticas. El intenso contrabando, que caracterizó la actividad comercial de Buenos Aires, se efectuaba en general con mercaderías europeas que ingresaban disimuladas entre los artículos de los esclavos.

Por este motivo, Buenos Aires creció rápidamente, aumentó su población y acumuló una importante riqueza que se manifestaba en la vida de algunos grupos de la ciudad, en especial en el de los grandes comerciantes:

> —Ahora digo yo una cosa, Clementina, ¿no era que don Manuel era de familia rica? El padre, ¿no era comerciante o algo así parecido al tío Eusebio...?

En efecto, Manuel Belgrano era hijo de un exitoso comerciante genovés ciudadanizado español especializado en el negocio de esclavos,

y de una criolla del interior, quienes lo educaron en el ambiente más refinado de la ciudad de Buenos Aires.

—¿Cómo era?

—Y... tenía una altura mediana, el pelo rubio, usaba la patilla corta y además', ¡ay!, era tan fino, tan elegante, tan inteligente que..., bueno..., mmm...

La región del Litoral, que aún conservaba mucho ganado cimarrón, debido a la demanda de cueros producida durante la etapa virreinal, incrementó su actividad ganadera.

El Paraguay, junto con las Misiones y Corrientes, estaba especializado en la producción de yerba mate y tabaco, que se comercializaban a lo largo del Paraná.

Clementina expresa con claridad la *desigualdad regional* del Paraguay con respecto a Buenos Aires y el *conflicto regional* que se suscitó entre ambas:

—Y esto viene de lejos... por la cuestión del tabaco... y la yerba. Ahorita que nombré al tabaco, ¡me vienen ganas de fumarme un cigarro...! Espere que viá' buscar uno.

Le decía que la bronca viene de antes, porque en tiempos del virrey había unas ordenanza' que decía que todas los productos que nosotro' mandábamos pa' otros países tenían que salir por el puerto nuestro.

Al final del cuento, Clementina le comenta a Eugenia la posibilidad que significó la Revolución para que los patriotas paraguayos, que también anhelaban la independencia, se liberaran no sólo de la dominación de España sino también del poder que ejercía Buenos Aires sobre esa región.

Las principales actividades productivas del interior se desarrollaron para satisfacer las demandas que se habían generado alrededor de la explotación minera del Potosí. Salta proporcionaba las mulas que los obrajes, las haciendas y las minas del Alto Perú necesitaban. El comercio era la actividad fundamental de Tucumán: productos de la ganadería como también de la agricultura, en especial arroz, eran vendidos junto a los jabones y el sebo que producían. Buenos Aires y todo el interior compraban los muebles que allí se fabricaban y las carretas tucumanas recorrían toda la ruta al Alto Perú.

El indio Inti que presenta Clementina había trabajado en la extracción de la plata altoperuana, producto central en la articulación del espacio económico del Río de la Plata y que se extraía de las minas del Cerro de Potosí. Acerca de cómo fueron las condiciones en las que los indios abandonaron sus pueblos y fueron a trabajar a las minas mencionaba:

> Por la cabeza del indio empezaron a desfilar montones de imágenes: las cosas que le había contado su abuelo cuando él era chico, de cómo los españoles se habían adueñado de sus tierras, de cuántos de sus parientes habían muerto trabajando en las minas para ellos...

También el indio Inti había trabajado como arriero de mulas que llegaban de diferentes lugares a Salta, donde se comercializaban, y que se destinaban a Potosí.

La región de Cuyo, desde mediados del siglo XVIII, fue afectada por la importación directa de España de productos que competían con su producción: aguardientes, vinos y aceites.

Las economías regionales, como veremos más adelante, fueron profundamente afectadas por el proceso revolucionario entre 1810 y 1820.

Los conceptos de *revolución* y *guerra de independencia* se pueden trabajar a partir de una de las figuras a la que se hace referencia en los cuentos, Manuel Belgrano.

La Revolución estalló en Buenos Aires porque allí estaban los comerciantes criollos e ingleses que luchaban por establecer el libre comercio, porque allí los patriotas disponían de las milicias que habían sido creadas después de las Invasiones Inglesas y porque en Buenos Aires residían hombres que con sus ideas fueron orientando la Revolución:

> —...Y Belgrano fue uno de ésos, como mi amo, es decir su padre, y bueno..., se jugó hasta el final por esa idea de Patria, de libertad...

Manuel Belgrano, abogado que había cursado sus estudios en las universidades de Madrid y Valladolid, donde reinaba un vital clima de ideas nuevas para la época, las ideas liberales, participó activamente en el estallido revolucionario y fue miembro de la Junta de Gobierno de 1810, integrando en ella el sector jacobino, es decir, el grupo partidario de concretar la Revolución de manera rápida y violenta.

La Revolución no pudo evitar la guerra porque los españoles y los criollos del interior que desconfiaban de los porteños resistieron a los gobiernos surgidos de ella.

Fueron más de diez años de guerra en los cuales Manuel Belgrano se desempeñó como jefe del ejército de la Revolución: en la expedición al Paraguay (1810-1811) y en la expedición al Alto Perú (1812-1813).

¿Quiénes financiaron la guerra y qué efectos produjo en las diferentes regiones?

En Buenos Aires, los comerciantes españoles —porque representaban al grupo opositor— y los comerciantes criollos —porque eran los más interesados en que la Revolución triunfara— fueron el grupo obligado a realizar los más grandes aportes en dinero. Los hacendados, en tanto, debieron entregar ganado para alimentar a los ejércitos.

El Litoral, próspero hasta ese momento, fue arrasado porque allí se produjeron muchos enfrentamientos y porque el gobierno le exigió importantísimos aportes en reses y hombres para los ejércitos.

El interior fue afectado porque tuvo que realizar aportes con dinero y alimentos y porque sus hombres debieron incorporarse como soldados. Justamente la confiscación de bienes a los españoles es el eje de la trama de uno de los cuentos, "La pesquisa de 'tapados'":

> Lo que mandaba Buenos Aires no alcanzaba y había que recurrir a los habitantes de esos lugares.
>
> Y por supuesto, en la lista los primeros que figuraban eran los españoles.
>
> [...] En la mesa de al lado, unos españoles brindaban con aguardiente. Estaba tan cerca que no pudo evitar oír la conversación.
>
> —¿Escuchaste el bando del ejército? Van a empezar a sacarnos todos los bienes —decía uno.
>
> —Por mí, que me revisen hasta los calzones, porque ya tomé mis precauciones. ¡Los tengo bien tapados! ¡Ja, ja, ja! —reía el otro.

Por otra parte, a partir de la Revolución el interior no contó más con su comercio tradicional. Al principio por la guerra, y a partir del 1815 por la pérdida definitiva del Alto Perú. Esto explica por qué el indio Inti, que había trabajado en las minas de Potosí y como arriero de mulas, lo hacía como albañil en tiempos de la Revolución.

• También se pueden trabajar los conceptos de *identidad, símbolo* y

Bandera al recuperar parte de la historia de la Bandera nacional que relata la tía Clementina, según le contó el ñato Paredes, en el cuento "¡La bandera!... ¡Hay que esconder la bandera!".

El símbolo constituye una marca, un distintivo, un signo, una contraseña. En los diferentes estados los símbolos nacionales tradujeron el vínculo emocional de un grupo de hombres identificados como "nosotros" y que se diferenciaban de "los otros".

Los argentinos nos fuimos aglutinando de a poco. La historia de la Bandera nacional está impregnada de los conflictos y consensos que afectaron la construcción de la nacionalidad. En el cuento se relatan algunos de los puntos sobresalientes de esa historia.

Uno de ellos es que el general Manuel Belgrano, incansable promotor de la utilización de símbolos, creó la escarapela e izó la primera Bandera diseñada como distintivo rioplatense. Belgrano mandó hacer la primera Bandera nacional "conforme a los colores de la escarapela" (blanca-celeste-blanca) creyendo que el Triunvirato no tardaría en crearla con esos mismos colores. Sus convicciones independentistas lo indujeron a enarbolarla, y a esperar una declaración formal en tal sentido.

Otro punto es que el Triunvirato no apoyó esta decisión. Envió a Rosario en reemplazo de la blanca y celeste la bandera española, roja y gualda (amarilla), que se enarboló en el fuerte hasta 1815.

También se menciona que en el norte, donde se luchaba por la independencia, se siguió usando la bandera blanca y celeste. Hasta la actualidad no se tiene certeza de si la usaban con franjas horizontales o verticales y si el color central era el blanco o el celeste.

La historia de la bandera nacional no concluyó con los episodios que vivió Belgrano y que se mencionan en el cuento. La bandera "vieja" que se usaba en el norte fue reemplazada por una "nueva" en 1816, al estipular el Congreso de Tucumán su circulación legal. Desde entonces existió unidad de criterios sobre la distribución de los colores: celeste, blanca y celeste, a franjas horizontales.

En 1818 el director supremo Pueyrredón le solicitó al Congreso trasladado a Buenos Aires que distinguiera las banderas que se usaban en plazas, fuertes y buques de guerra de las de los buques mercantes de la misma nación, porque utilizar la misma provocaba "equívocos perjudiciales".

El Congreso dispuso para toda Bandera nacional dos colores, azul y

blanco, y que fuese distintivo de la bandera de guerra un sol pintado en medio de ella. Se impuso en consecuencia el azul de la heráldica y se rechazó el celeste de la tradición y el sentimiento popular. La heráldica, disciplina que explica los escudos de armas y banderas, establecía los colores negro, verde, azul y rojo y los de los metales, oro y plata, combinados con el amarillo y el blanco para escudos y banderas de las naciones. En consecuencia, puede afirmarse que el traslado a Buenos Aires del Congreso de tendencia monárquica dio la oportunidad a los amantes del blasón para hacer prevalecer sus criterios.

Paralelamente, comenzaron a crearse banderas provinciales, a pesar de la existencia de una Bandera nacional. Esto se produjo por la fuerte tendencia localista y la formación de estados soberanos en cada provincia. El color rojo de las banderas provinciales significó la incorporación de los principios del federalismo a los ya existentes de libertad e independencia.

En 1878 se registró la primera polémica sobre la Bandera y sus colores. Bartolomé Mitre argumentaba que sus colores eran celeste y blanco mientras que Mariano Pelliza y C. Frigerio sostenían que el color era el azul heráldico aprobado por el Congreso en 1818.

La cuesión llegó a su fin con el decreto 10.302/44 del presidente de facto Edelmiro J. Farrel en el que se estipuló que "la Bandera oficial de la Nación es la bandera con sol, aprobada por el Congreso de Tucumán reunido en Buenos Aires el 25 de febrero de 1818. Se formará según lo resuelto por el mismo Congreso el 20 de julio de 1816, con los colores celeste y blanco, con que el general Belgrano creó el 27 de febrero de 1812, la primera enseña patria". En otro artículo se establecía que la Bandera oficial sólo podría ser usada por el gobierno nacional y los gobiernos provinciales. Los particulares podrían usar la bandera sin sol. Sin embargo, no existe hasta la fecha una ley del Congreso sobre la Bandera nacional. En consecuencia, otro decreto podría modificar el símbolo nacional.

• En relación con los *procedimientos* se podría trabajar, por ejemplo, el de *relacionar el orden individual y el orden social* conjugados en una historia de vida:

Inti era un indio viejo. Vivía en las afueras de Chuquisaca, en un rancho

junto a su familia. Había hecho montones de trabajos a lo largo de su vida: se había hundido en las entrañas de la tierra buscando metales preciosos en las minas de Potosí, había llevado mulas de Salta a Perú, ahora se las rebuscaba como albañil...

"Qué viejo estoy", pensaba mientras los pocos dientes que le quedaban se esforzaban por deshacer unas hojas de coca.

• Otro procedimiento podría ser el de *ordenar en una secuencia temporal* acontecimientos de los relatos que Eugenia recuerda de manera desordenada. Por ejemplo, la participación de Belgrano en el gobierno, en las expediciones militares, la creación de la Bandera, su muerte, etcétera.

Con respecto a las *actitudes*, señalaremos aquellas vinculadas a lo social, por ejemplo la *solidaridad* y la *sensibilidad frente a la injusticia*:

Por la cabeza del indio empezaron a desfilar montones de imágenes: las cosas que le había contado su abuelo cuando él era chico, de cómo los españoles se habían adueñado de sus tierras, de cuántos de sus parientes habían muerto trabajando en las minas para ellos...

Podría ser interesante también recuperar y trabajar con los alumnos la ética política:

—Mire, niña, en este mundo hay mucha clase de gente... Están los que piensan nada más que en llenarse los bolsillos, y hacen cualquier cosa con tal de embolsarse unos reales..., están los que sólo quieren el poder, y mandar y sentirse importantes porque tienen algún puesto en el gobierno, y hay otros como don Manuel, que por otra parte no es el único, que tienen una idea, un sueño..., y allá van... detrás de esa ilusión...

Qué enseñar a partir de los cuentos del 9 de Julio

"Quiénes son los diputados" y "Tertulia chocolatada" son dos de los cuentos que nos permiten conocer algunas situaciones y problemas generados alrededor del Congreso de Tucumán.

La lectura de estos relatos permitirá trabajar, entre otros, con un

conjunto de conceptos vinculados a la esfera de la política: independencia, representatividad, forma de gobierno, república, monarquía.

El relato de "Clementina y el poncho de Yorkshire" nos permitirá abordar otro conjunto de conceptos vinculados, en este caso, a la esfera de lo económico: competencia económica, revolución industrial, remate, subasta pública. La información en la que se apoyan los cuentos son las puertas que los niños atraviesan para comprender estos conceptos, así como algunos procedimientos y actitudes.

• ¿Cómo acercarlos al concepto de *independencia*?

El cuento "Quiénes son los diputados" permite múltiples abordajes de aquél. Desde conocer que la situación muy grave tanto en el territorio del Río de la Plata como en Europa hacía peligrar la Revolución hasta aspectos formales como la necesidad de "tener un papelito que dijera que éramos libres":

> Era el año 1816. En la ciudad de Tucumán se estaba reuniendo un Congreso. La situación era muy grave. Todo parecía indicar que el rey de España quería volver a ser amo y señor de sus antiguas colonias.

Conocer cuál era la situación de Europa y su relación con los acontecimientos del Río de la Plata permitirá entender las dificultades que el país afrontaba para sostener su independencia.

La derrota de Napoleón en 1814 y el triunfo del absolutismo en Europa y especialmente en España trajeron como consecuencia la amenaza de futuras expediciones militares españolas para terminar con la revolución americana. En 1816, estos ejércitos habían desembarcado en Venezuela, México y Chile y habían derrotado a las revoluciones. El único territorio que aún no había sido recuperado por los españoles era el Río de la Plata. Más cerca, el Alto Perú, también en manos españolas, significaba un peligro que amenazaba desde el norte argentino.

La situación interna no era mejor. Tanto el interior como el Litoral oponían una fuerte resistencia a las políticas centralistas de Buenos Aires. Los grupos urbanos y rurales de ambas regiones se reunieron alrededor de diferentes caudillos que fortalecieron su autoridad defendiendo las ideas federales y de autonomía y creando otros centros de poder. Un ejemplo es Artigas, cuyo poder, como veremos más adelante,

era indiscutido en la Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos y Misiones, y se extendía a Santa Fe y Córdoba.

Un gran malestar invadía a muchos sectores de la sociedad, generando un clima de resistencia a la política de Buenos Aires, que no lograba poner fin a una guerra que insumía capitales, mano de obra, empréstitos, contribuciones forzosas y altos impuestos.

En relación con el proceso de búsqueda y de lucha por la independencia, aparece en los relatos la necesidad de una *declaración formal*:

> —¡Y nosotro' acá, sin tener ni siquiera un papelito que dijera que éramos libres de España!
>
> —¿Y eso es importante, tía?
>
> —¡Claro!, cómo no iba a ser importante. ¿Dónde estaba escrito que acá habíamos tenido una revolución pa' liberarnos de España? En ningún lado. Y el rey qué iba a hacer, ¿preguntamos uno por uno? A ver, usté, dígame: ¿son libres por acá o no lo son? No, mi niña, esas cosas se ponen por escrito y se firman por todos.

Los años transcurridos entre 1810 y 1816 fueron de búsqueda y controversias respecto de la oportunidad y la conveniencia de declarar formalmente rotos los vínculos con la metrópoli. Vínculos que habían comenzado a romperse en 1810 cuando los revolucionarios se dispusieron a construir un nuevo orden político independiente de España, una nueva legitimidad republicana basada en la representación y los derechos del pueblo y en formas nuevas de hacer y de pensar la política encarnadas en hombres que deliberan, que movilizan ejércitos, que convocan a pueblos hasta entonces ignorados.

Sin embargo, la ambigüedad fue una de las características que distinguieron los primeros años de este proceso. La "máscara de Fernando VII" era la imagen que utilizaban para explicarla: todos los actos de gobierno de los primeros años se hicieron en nombre del rey prisionero de las tropas napoleónicas. Cuestiones tácticas, deseo de preservar la naciente Revolución, necesidad de no crear conflictos entre Inglaterra y España, éstas podrían ser algunas de las explicaciones que están detrás de la "máscara".

Los congresales reunidos en Tucumán en 1816 declararon la independencia: fue claro y unánime el acuerdo de romper formalmente los vínculos con España y "con toda otra nación extranjera".

Esta ruptura significaba la posibilidad de decidir libremente acerca de las cuestiones fundamentales, sobre el sistema político, sobre la forma de gobierno, sobre las relaciones internacionales, sobre el sistema económico.

• En el cuento "Quiénes son los diputados", la tía Clementina explica la elección de Tucumán como sitio para realizar el Congreso.

—¿Y por qué eligieron ese lugar para reunir el Congreso? ¿Por qué no lo hicieron acá o en Córdoba?

—¡Acá! ¡Ni pensarlo! Siempre haciendo las cosas acá... ya bastantes problemas había traído lo de la Revolución sin consultar a las provincias como pa' hacerlo acá. Y en Córdoba tampoco porque...

Pero junto a las razones que da la tía Clementina es importante señalar los hechos de Europa y el peligro que frente a ellos corría la Revolución. Esta situación, sumada a la preocupación por los distintos conflictos internos, hizo que los representantes de las provincias al Congreso buscaran una manera de acomodarse a las circunstancias: era necesario ponerse de acuerdo acerca del lugar de reunión del Congreso, de la elección del director supremo y de la necesidad de declarar la independencia.

• Las discusiones acerca de la *forma de gobierno*, en las que participan varios personajes de los cuentos, las distintas opiniones que expresan sobre los *sistemas monárquico o republicano* abren la posibilidad de trabajar tales conceptos. En el cuento "Tertulia chocolatada" tiene lugar el siguiente diálogo:

—A propósito, usted que estuvo allí en Tucumán, ¿qué puede contarnos de ese Congreso? [pregunta Mr. Robertson al padre de Eugenia]

—Mire, en lo que estábamos todos de acuerdo no hubo problemas. Pero la sorpresa la dio Belgrano. ¡Se le ocurrió decir que la mejor forma de gobernarnos era coronando a un rey indio, de la casta de los Incas!

La necesidad de recomponer el orden interno y el prestigio de la autoridad, restablecer la unidad del territorio, frenar el deterioro eco-

nómico y evitar una invasión española provocó que desde 1815 el ideal republicano perdiera terreno frente a las ideas monárquicas. Por eso cuando se instaló el Congreso de Tucumán la gran mayoría de sus integrantes adhirieron a las ideas de una monarquía constitucional, limitada. Inglaterra era el modelo. De los congresales sólo uno tenía mandato expreso a favor del régimen republicano. Otro, Tomás de Anchorena, representante de Buenos Aires en la realidad y uno de los protagonistas del cuento "Tertulia chocolatada", se opuso sólo a la candidatura del Inca como rey, pero no a la coronación de un príncipe europeo.

Belgrano dijo en el Congreso: "...que había acaecido una mutación completa de ideas en Europa respecto a formas de gobierno. Que como el espíritu general de las naciones en años anteriores era republicarlo todo, en el día se trataba de monarquizarlo todo...".

Además insistió en que "...en su concepto, la forma más conveniente para estas provincias sería la de una monarquía temperada; llamando a la dinastía de los Incas por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta Casa tan inicuamente despojada del trono" y por el entusiasmo general con que sería acogida por los habitantes del interior.

El sistema republicano sólo era defendido expresamente por los federales de la Banda Oriental y el Litoral, y en 1816 federación era sinónimo de anarquía.

Es en el cuento "No están todos los que son", donde la figura de Artigas ocupa el lugar central. Caudillo de la Banda Oriental, formado en el pensamiento liberal de los hombres de Mayo, quiso acercar esas ideas a las necesidades de los sectores populares de su región y del Litoral, lo que implicaba atacar los privilegios portuarios de Buenos Aires.

Fue resistido por la clase política porteña, que le declaró la guerra, se alió a los portugueses y apeló a las intrigas o a los acuerdos con los caudillos del Litoral para destruirlo.

> —Digo que acá (en el bando) dice que ni la Banda Oriental, ni el Litoral ni Santa Fe van a mandar diputados al Congreso que se va a reunir en Tucumán. [...] ¿...alguien esperaba otra cosa de ese forajido? [...]
>
> Ese hombre lo único que pretende es dividirnos. [...]
>
> El Protector de los Pueblos Libres no está enemistado con la gente de Buenos Aires, sino con los gobiernos autoritarios que no respetan la voluntad de los pueblos [...]

El Protector sabe muy bien que ese Congreso va a estar dominado por las ideas porteñas y que poco importan las necesidades de las demás provincias.

• Otro de los temas que aparecen recurrentemente en estos cuentos es el de "las guerras que no parecen tener fin". La guerra marcó los primeros años de la vida independiente de nuestro país y estuvo relacionada con la vida política y con la vida económica: la Revolución se afirmaba a través de la guerra y la guerra afectó la vida económica.

Esta situación se ve reflejada en los relatos que siguen:

—Y, ¿cómo andan esos negocios, Mr. Robertson? —le decía mi amita al inglés.

—¡Good!, ¡good!, cuando parar la guerra, comercio andar bien— decía el inglé mientras engullía el pastelito número diez.

—Esperemos que ahora con la independencia ya firmada, las luchas terminen de una vez por todas —agregó Anchorena.

O en este otro diálogo:

—¡Hasta cuándo vamos a tener que seguir poniendo plata para esta guerra?, contestó su madre. [...]

—Mira, Carmen, la Revolución la hicimos para terminar con España. ¡Y todavía no lo logramos!

—¡Ay, Pepe! Tú no quieres que termine. ¿Para qué se reunieron los diputados en Tucumán? ¿Qué decía el documento que firmaron todos, eh? Fin de la Revolución y comienzo del orden.

• Un momento clave en el proceso de la Revolución y la Independencia es el de la firma del "Manifiesto a los Pueblos", en agosto de 1816. El Congreso de Tucumán, junto con la Declaración de la Independecia, aprobó este documento, que incluía un decreto que, simbólicamente, declaró concluida la Revolución: *"Fin de la Revolución, principio del orden"*, eran sus palabras iniciales.

Y el orden permitió que la provincia de Buenos Aires iniciara un período en que toda su energía y sus esfuerzos estuvieron dirigidos al fortalecimiento interno y a su propio progreso. Los sectores económica y socialmente más poderosos estuvieron a favor de esa pacificación para que nada entorpeciera sus actividades ganaderas y comerciales. Estos

sectores crecieron a partir de la disminución del gran comercio porteño que encauzó sus capitales hacia la compra de tierras. Así se fue conformando la clase terrateniente, que aumentó sus posesiones territoriales, base del latifundio ganadero. Con ello se asentó la tendencia monoproductora de la economía, y sobre todo se echaron las bases para una larga hegemonía del grupo terrateniente. Un tiempo después Rosas será fiel representante de este grupo.

• En relación con los conceptos vinculados a la *economía*, es a través del cuento "Clementina y el poncho de Yorkshire" donde mejor se refleja la *competencia* entre los productos que venían desde Inglaterra y algunos que se producían en el Río de la Plata.

> Es que es un poncho inglé', de Yor... Yorse [...]
> —Justamente porque es inglé', y el amo anda un poco disgustao' con los inglese' y las mercaderías que traen. [...]
> ...abrigan un montón, porque están hechos en Inglaterra.
> Allá tienen unas máquinas pa' hacer estas cosas. [...]

Es importante recuperar la referencia a Inglaterra que hace la tía Clementina. Desde fines del siglo XVIII, como consecuencia de la revolución industrial se convirtió en el "taller del mundo", inundando con su producción el mercado mundial. Y a partir de 1810, cada vez un mayor número de comerciantes ingleses se instalaban en Buenos Aires y gozaban de libertad ilimitada para sus negocios. A partir de 1813 no sólo continuaban con sus negocios al por mayor, sino que extendieron sus actividades al comercio minorista utilizando distintas estrategias, como la venta en *subasta pública* y los *remates*. Muchos de los porteños desplazados de sus negocios comenzaron a comprar tierras y ganado, y entraron en el negocio de la salazón de carne. Seguramente el señor Ortiz fue uno de los perjudicados por el avance comercial de los ingleses, y por eso su enojo.

• En relación con los *procedimientos* podrán trabajarse con los niños las *distintas visiones*, los *distintos puntos de vista* que tienen los protagonistas de los relatos frente a una misma situación. Por ejemplo, en relación con la coronación del Inca, además de las opiniones del

inglés, de Anchorena y del padre de Eugenia, se incorpora la de Clementina:

—¿Ridículo? ¿Por qué ridículo? ¿Acaso no son los indios los que primero vivieron en estas tierras? ¿No se las sacaron por la fuerza los españoles? ¿Por qué iba a ser ridículo poner un rey indio y devolverles lo que era suyo?

• Una *actitud* posible de trabajar es la *sensibilidad* y *el rechazo frente a situaciones de desvalorización o de discriminación* como las que surgen de este diálogo:

—Disculpe, Mr. Robertson, ¿qué quiere decir con eso de que la gente de acá es distinta de la norteamericana?
—¡Oh!, please, Mr. Ortiz, no malinterpretar. Mí no querer ofender [...]
—Perdón, ¿acaso nos está diciendo que somos unos ignorantes?

O en este otro:

—Mire, Mr. Robertson, lo de un rey hasta podría llegar a discutirse. Lo absurdo es lo del Inca, ¡es una burla! ¿Se lo imagina? ¡Tendríamos que ir a sacarlo borracho de alguna chichería cada vez que fuera necesario! Definitivamente, no. No me gusta la idea de un "chocolate" en el trono.

• Podrá ser interesante también recuperar y trabajar con los niños la *ética política*. En el relato "¿Quiénes son los diputados?", se trata una situación concreta de soborno económico:

—¡Qué vergüenza! Si todo el mundo sabe que anduvo conspirando contra la Revolución, ¡si hasta con dinero ayudó a los realistas! ¿Y cómo lo hizo?
—Con dinero, tonta, con dinero... [...]

• Otra *actitud* para trabajar también relacionada con la *ética política*, pero de signo contrario a la anterior, es la *honradez* y la *honestidad* en el desempeño de la función pública. En ese diálogo, refiriéndose a Belgrano la tía Clementina dice:

[...] que estaba escuchando, casi revienta de la endignación! Usté sabe cómo es él. ¡Honesto, mire, como pocos...! ¡Le habían tendido una trampa y había caído!

Qué enseñar a partir de los cuentos del 17 de Agosto

"Escándalo en la procesión", "Sueños en la carreta" y "Las cuatro vidas de Fortunato" permiten retomar algunos de los conceptos que ya abordamos en cuentos anteriores. Es importante insistir, dentro de nuevos contextos, con conceptos tales como independencia, conflictos regionales, sociedad, grupos sociales, guerra, economía de guerra.

• La incorporación de San Martín a la sociedad porteña, cuando regresa de España, permite ampliar y enriquecer algunas de las ideas que ya se trabajaron en relación con los conceptos de *sociedad* y *grupos sociales*. En el cuento "Escándalo en la procesión" se puede leer:

—¿Han visto quién llegó ayer a lo de los Escalada? [...]
—¿Quién? [...]
—Remedios, la hija de don..., la que se casó con el general San Martín.

Cuando en 1812 llegó San Martín a Buenos Aires, el gobierno reconoció sus méritos y su experiencia militar, ganados en las guerras europeas. Al mismo tiempo, fue introducido en las tertulias que reunían a la alta sociedad porteña y en una de las casas que frecuentaba, la de don Antonio Escalada, conoció a su hija, Remedios, con la que se casó. Este hecho es importante porque la riqueza y el prestigio de los Escalada le facilitaron a San Martín importantes contactos para sus planes futuros y un lugar reconocido dentro de la sociedad de Buenos Aires.

• En el mismo relato las referencias a la crítica situación por la que atraviesa el país son permanentes. A través de ellas se puede ampliar el concepto de *conflicto regional*:

—¿Cómo? ¿No estaba en Mendoza...? [...]
—[...] El general las metió a las dos, a ella y a la niñita, en una diligencia, y las mandó a Buenos Aires.

—¡Qué horror!, mandar a la muchacha por esos caminos llenos de indios y santafesinos salvajes.

[...] De Mendoza a Buenos Aires en diligencia, por esos caminos tan inseguros.

La referencia a la inseguridad de los caminos y a los peligros de los viajes se relaciona con las luchas entre Buenos Aires y el Litoral liderado por Artigas. La guerra civil los enfrenta: el gobierno central utiliza todos los medios a su alcance para terminar con la influencia de Artigas, a quien considera un subordinado. Sin embargo, Artigas se considera a sí mismo un aliado independiente que se resiste a reconocer la autoridad de Buenos Aires y la enfrenta militarmente.

Producida la Revolución, el monopolio del puerto de Buenos Aires creó las bases de un conflicto que se prolongará durante muchas décadas: esta zona productora de ganado no podía aceptar que los beneficios del comercio quedaran en manos de los porteños.

La guerra que se libró desde entonces en el Litoral afectó profundamente la riqueza ganadera de esta zona. En Corrientes, Entre Ríos y la Banda Oriental con sus incursiones ambos bandos saqueaban las estancias, obligaban a los estancieros a abandonarlas y liquidar el ganado, mientras los peones se convirtieron en soldados de Artigas. En Santa Fe, las tropas porteñas fueron las responsables de las depredaciones. Las instrucciones que llevaban los jefes militares eran las de convertir a Santa Fe en tierra arrasada.

El enfrentamiento con la política centralista de Buenos Aires continuó aun después de la desaparición de Artigas. Los caudillos del Litoral fueron cada vez más hostiles frente a las sanciones económicas que trataron de imponerles, privándolas, entre otras medidas de las salidas fluviales para realizar sus transacciones comerciales.

En esta lucha contra el Litoral, el gobierno de Buenos Aires convocó a Belgrano para que participara con parte del ejército del Norte, desprotegiendo así una frontera sobre la cual en ese momento los realistas iniciaban una nueva ofensiva y ponían en peligro nuevamente la independencia.

—Y... menos mal que un peón de su confianza pudo escapar por los fondos y a todo galope fue a pedir auxilio a las tropas de Belgrano que andaban cerca.

Fue el mismo Belgrano quien, a medida que tomaba contacto con la situación, comprendía que era una guerra casi imposible de ganar para Buenos Aires. Así lo señala Mitre (*Historia de Manuel Belgrano*, varias edic.):

> No existe facilidad de concluir esta guerra si los autores de ella no quieren concluirla, no se acaba jamás: se irán a los bosques, de allí volverán a salir, y tendremos que estar perpetuamente en esto, viendo convertirse el país en puros salvajes.

Esta lúcida carta de Belgrano describe la situación de ese momento: la imposibilidad de Buenos Aires de contener la sublevación del Litoral. Al mismo tiempo, previene acerca del peligro que acecha a Buenos Aires de perder su poder frente a quienes considera "salvajes" y que no son otros que los pueblos del Litoral que no aceptan una monarquía constitucional ni perder su autonomía. Sin embargo, el ejército del Norte en su traslado hacia el Litoral se sublevó en Arequito, y este hecho constituyó el inicio del proceso de liquidación del poder central:

> [...] el gobierno le ordenó que viniera del Norte con el ejército y cuando llegaron a Arequito, las tropas se sublevaron.

El ejército no apoyaba la guerra civil y esta sublevación significó el principio del fin para el gobierno nacional: los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos atacaron y vencieron a Buenos Aires en la batalla de Cepeda, el 1 de febrero de 1820.

También San Martín fue convocado desde Buenos Aires con el mismo objetivo:

> —Ustedes hablan de Belgrano, pero San Martín hizo lo mismo. Se inventó un ataque de gota para no venir con el Ejército de los Andes a pelear contra los federales.

El general resistió la orden y siguió adelante con su proyecto de independencia americana, mientras las autoridades argentinas se alejaban de éste, envueltas en la guerra civil y en la disolución nacional.

• La mención que el mismo cuento hace de la presencia de San Martín en Mendoza y posteriormente su expedición a Perú abre nuevamente la posibilidad de retomar el concepto de independencia, ahora a partir de conocer los preparativos para la formación del Ejército de los Andes y el objetivo de San Martín de emancipación americana:

> —No, parece que Remedios está muy enferma y como el general fue a combatir al Perú [...]

San Martín fue nombrado en 1814 gobernador intendente de Cuyo. Su objetivo era organizar un ejército con el que pudiera cruzar los Andes, liberar a Chile y llegar a Lima por el camino del mar. Para ello puso en movimiento a todo el pueblo; necesitaba hombres, recursos y un gran espíritu patriótico. Las mujeres, los niños, los indios, los esclavos: todos participaron en el esfuerzo común. Apeló a la cooperación voluntaria, a los empréstitos forzosos, al secuestro de bienes de los prófugos, al remate de tierras públicas. Logró que el ejército tuviera lo indispensable: armas, pólvora, ropa, alimentos, abrigo, animales, monturas.

San Martín tenía claro que era indispensable la declaración formal y pública de la independencia: era inconcebible cruzar la cordillera para combatir por la independencia de Chile si aún no se había declarado la independencia de las Provincias Unidas.

Las cartas que envía a Tomás Godoy Cruz, diputado por Mendoza, al Congreso de Tucumán son muy elocuentes en este sentido:

> ¡Cuándo comienzan ustedes a reunirse! Por lo más sagrado le suplico, hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están esperando las decisiones de ese Congreso.

O esta otra en la que le escribe:

> ¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! ¿No le parece una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cucarda nacional y por último, hacer la guerra al soberano de quien al día se cree dependemos? ¡Qué nos falta más que decirlo!

• En los diálogos del cuento "Sueños en la carreta" están expresadas claramente las distintas opiniones y actitudes que, frente a la convocato-

ria de San Martín para organizar el Ejército de los Andes, tienen los distintos protagonistas.

Si bien los conceptos a trabajar son los mismos que señalamos anteriormente, entre ellos, el de *independencia* junto al de *guerra*, una cantidad de información nueva ayudará a enriquecer la apropiación que los niños hagan de ellos.

—¿Escucharon las últimas novedades...? Hay que entregar los esclavos varones de entre 14 y 40 años. Van a formar parte del Ejército de los Andes.

—¿¡Quéé́é!? —gritó mi amita—, ¿¡no les alcanza con el dinero que ponemos!? ¿Ahora también hay que poner esclavos? Estoy harta de esta guerra.

• En el relato "Las cuatro vidas de Fortunato" encontramos una serie de situaciones que ayudarán a construir imágenes vívidas del cruce de los Andes y de la campaña al Perú. El concepto de *independencia* será enriquecido ahora con nuevos significados.

—¿Qué hiciste en la guerra, Fortunato? [...]

—¿Te hirieron alguna vez? [...]

—La primera vez que mi pellejo estuvo en peligro fue al cruzar la Cordillera de los Andes, camino a Chile [...]

Después de cruzar la Cordillera peleamos en Chile, [...] navegamos por el océano Pacífico para atacar a los españoles que estaban en Perú. Y en esas aguas requete frías, casi pierdo la vida por segunda vez...

—Estuvimos navegando a la deriva varios días, hasta que el Araucano vino a rescatarnos. [...]

• También en relación con los *procedimientos*, el cuento "Sueños en la carreta" ofrece la oportunidad de trabajar con las *distintas opiniones* de los protagonistas alrededor de un mismo tema. Frente al reclutamiento de esclavos para el ejército, no son iguales las opiniones del señor Ortiz, de su mujer o de Clementina:

—Carmen —dijo el amo—, deja de gritar. No quiero volver sobre el asunto. Te dije una y mil veces que yo me juego hasta las últimas por la independencia [...]

—¡Que se atreva ese señor Pueyrredón a tocar a uno solo de mis negros!

—gritó mi amita. [...] No le va a ser tan fácil a Pueyrredón sacarnos dinero ni esclavos. Te juro, Ortiz, que si es preciso los voy a esconder donde ni siquiera tú los encuentres. [...]

—Aunque se me desgarre el alma, el Fortunato va a ir a la guerra. [...] Pero..., si todos hicieran lo que yo hice en el sueño..., ¿quién pelearía por la Patria? [...]

• Otro de los *procedimientos* que se puede trabajar con los chicos a partir de estos cuentos es *ubicar en el tiempo y en el espacio* algunos de los episodios. Por ejemplo: ¿el sueño de la tía Clementina fue antes o después de la Declaración de la Independencia? o ¿el regreso de Fortunato de la guerra fue antes o después que terminara la guerra civil entre Buenos Aires y el Litoral? ¿A partir de qué información podemos responder a estas preguntas? ¿Artigas se enfrentó con Buenos Aires al mismo tiempo que San Martín organizó el Ejército de los Andes? ¿Se encontraron alguna vez San Martín y Belgrano? ¿Dónde podría haber tenido lugar el encuentro?

• Una *actitud* que se infiere de los relatos es la *valorización de la valentía, de la entrega a un ideal.* Estas actitudes podrán ser trabajadas, por ejemplo, a través de los temas que aparecen en los relatos de Fortunato cuando salvó su vida cuatro veces:

La primera vez que mi pellejo estuvo en peligro fue al cruzar la Cordillera de los Andes camino a Chile [...]

Después que salvé mi vida milagrosamente en el océano, casi muero en una epidemia terrible que hubo. [...]

A mí me tocaba ir a repartir panfletos. [...]

Al primer lugar que entré pa' revolear los papeles de la propaganda fue una barbería. Estaba muerto de miedo. Abrí la puerta y sin mirar quién había tiré un puñado de papeles al aire al grito de "¡Viva la Patria!", y salí corriendo. [...]

¿Qué enseñar a partir de la efeméride del 11 de Septiembre?

Las efemérides escolares del 25 de Mayo, el 20 de Junio, el 9 de Julio y el 17 de Agosto presentadas de manera "tradicional" refuerzan la idea de un Estado y de una nación que "nacen" en aquella primera década de vida independiente.

Al trabajar estas efemérides propusimos reemplazar la idea de "nacimiento" por la noción de "construcción" del Estado y la nación. Señalamos también que la primera mitad del siglo XIX, más allá de los esforzados intentos de unificación política, estuvo caracterizada por la presencia de estados soberanos —las provincias— antes que por un Estado nacional.

Abrir las efemérides y vincularlas a diferentes tiempos —tal como se planteó en el primer capítulo— daría la posibilidad de que la escuela no siga transmitiendo una idea errónea.

Ahora bien, ¿qué ocurre con la efeméride del 11 de Septiembre? Esta es la única que escapa de aquella década (1810-1820) y remite de manera más directa a la segunda mitad del siglo XIX.

Más allá de esta centralidad que adquiere un nuevo período histórico, el cuento "El tiempo pasa..." más el conjunto de cuentos correspondientes a la efeméride del 11 de Septiembre permiten de manera explícita trabajar procesos diferentes. El primero de los cuentos se ubica durante el rosismo y los que restan durante la presidencia sarmientina.

Además de vincular diferentes procesos, el conjunto de cuentos permite trabajar los diferentes planos o dimensiones de los procesos sociales: política, economía, sociedad y cultura. El concepto de *conflicto* se puede retomar para cada uno de esos niveles.

En consecuencia, el universo conceptual se puede ordenar de la siguiente manera:

El concepto de conflicto político asociado a los conceptos de unitarismo, de federalismo y de generación del '37.

El concepto de conflicto social asociado a los conceptos de sector social, de hacendado, de intelectual, de gaucho, de esclavo y de alianza de fracciones o grupos sociales.

El concepto de conflicto económico asociado a los conceptos de progreso, de división internacional del trabajo, de inmigración, de transporte y comunicación.

El concepto deconflicto cultural asociado a los conceptos de cultura colonial, de cultura moderna, de europeísmo y de educación.

• Comencemos por la noción de *conflicto político*. A medida que la independencia política se consolidaba, las discusiones acerca de cómo organizar el país dividieron a los dirigentes y a la sociedad. Así quedaron enfrentadas diferentes tendencias políticas.

La *tendencia unitaria*, muy fuerte en Buenos Aires, sostenía que para conseguir el orden y el progreso del país era necesario un régimen centralizado. La *tendencia federal*, por el contrario, aspiraba a que cada provincia se hiciera cargo de sus asuntos. Había federales en Buenos Aires, en el Litoral y en el interior.

Cuestiones como el reparto de las rentas aduaneras, al que aspiraban el Litoral y el interior en oposición con Buenos Aires, el libre comercio, que beneficiaba a Buenos Aires y al Litoral pero no al interior que producía manufacturas, y la cuestión de la libre navegación de los ríos interiores por buques de bandera extranjera, anhelado por el Litoral pero que le quitaba a Buenos Aires su prerrogativa de puerto único, enfrentaron en muchas oportunidades a los propios federales de diferentes regiones.

Frente a estas tendencias, un grupo de jóvenes intelectuales aspiró a superar los enfrentamientos convirtiéndose en el grupo ilustrado que asesoraría a Juan Manuel de Rosas, el hacendado y gobernador federal de Buenos Aires, representante de los intereses de la campaña y del puerto de Buenos Aires.

Las intencionesde Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez, miembros de la llamada *Generación del '37*, no se pudieron concretar en tanto el gobernador no accedió a compartir su poder con el grupo ilustrado. Sin embargo, el proyecto siguió madurando y comenzó a plasmarse en la realidad política después de la derrota de Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros (1852).

Presentadas las diferentes tendencias políticas, vayamos a los cuentos. El primero, 'El tiempo pasa...", nos presenta a Eugenia y Clementina enfrentadas por razones políticas:

—¿A vos te parece semejante humillación a esas pobres mujeres, Clementina?

—Y bueno, niña, qué quiere, pa' qué fueron a la iglesia sin el moño colorado en la cabeza, ¿eh? No me va a venir a decir que no sabían... Fueron así pa' provocar...

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿O acaso no se puede pensar distinto? ¿Por qué hay que ponerse un moño en la cabeza? ¿Porque se le ocurre al gobernador? ¿Con qué derecho van a ir a la salida de la iglesia con un tacho de alquitrán a pegarles moños colorados en las cabezas a esas mujeres y acusarlas de inmundas unitarias! Con esas medidas lo único que se genera es odio y más odio y venganza.

Nosotros los jóvenes buscamos otra cosa. [...]

Basta con las viejas enemistades que no nos llevaron a nada en todos estos años. Para que haya una verdadera democracia, hay que respetar las ideas de todos.

En este diálogo, cada una de las mujeres que polemiza, Clementina y Eugenia, y el grupo de mujeres acerca del cual se discute, representan las diferentes tendencias políticas: Clementina, a las ideas del federalismo porteño desde su particular pertenencia social; las mujeres que fueron a la iglesia sin el moño colorado, al unitarismo, y Eugenia, a la nueva generación política.

• El diálogo continúa, y avanza hacia el *conflicto social* que se relaciona con el enfrentamiento político:

—Mire, niña, usté' habla así pero..., ¿quiere que le diga una cosa?... Del dicho al hecho hay mucho trecho. Esos jóvenes amigos de usté' se la pasan hablando con palabras difíciles pero no están en el gobierno, porque si estuvieran harían como todos los demás. Porque pa' hablar son todos mandaos a hacer, pero a nosotros, los pobres, lo único que nos importan son las cosa' concretas, no las palabras bonitas. ¡Si la mayoría no sabe leer ni escribir! ¿Quién entiende esos libros? Eso está bien pa' gente enstruida como usté', pero no pa' nosotros.

[...]

—...A nadie le importa la cultura, el arte, la ciencia...

—¿Y a mí qué me dice? ¿O acaso los negros tenemos la culpa de ser tan ignorantes? Si teníamos prohibido aprender a leer y a escribir, y nunca hubo plata pa' mantener abiertas las escuelas pa' negros que había en el año ventidós! ¡No me ofenda, mi niña! ¿O no le parece una injusticia que en los tiempos que corren todavía seamos esclavos y nos puedan comprar y vender como quien compra una silla? ¡No, señó'!

Clementina expresaba dos razones del conflicto social: el dominio de diferentes bagajes culturales y una diferenciada condición jurídica, hombres libres y hombres no libres.

El conflicto social derivó en la *alianza de fracciones o grupos sociales* que constituyó la base social de apoyo al gobernador Juan Manuel de Rosas y quedó expresada en palabras de Clementina de la siguiente manera:

> —¡Cómo no lo vamos a querer! Por eso los negros estamos con Rosas. Y lo mesmo pasa con los gauchos en el campo, porque este hombre comprende al pueblo y nos trajo bienestar a todos, a los más pobres y a los ricos también. Porque no me va a decir, niña, que a su padre no le van mejor las cosas con Rosas.
>
> —¡Bah!, mi padre..., metido a ganadero para darle el gusto a mi madre.

En efecto, los *hacendados*, propietarios de tierras dedicadas a la actividad ganadera, y los comerciantes exportadores, que vendían a otros países cueros y carne salada, junto con las masas rurales, los *gauchos*, trabajadores de las estancias bonaerenses, y las masas urbanas, en particular la población negra *esclava* o libre, apoyaron a Rosas por los favores recibidos.

Rosas promovió la expansión ganadera a través de la conquista de tierras en poder de los indios, defendió acérrimamente el puerto de Buenos Aires como único para el comercio con buques de bandera extranjera, no cedió en la redistribución de las rentas aduaneras entre otras provincias, organizó un cuerpo de fuerzas rurales, los Colorados del Monte, para garantizar la paz provincial y no sólo participó de las fiestas y los bailes de los negros esclavos, sino que llegó a prohibir el tráfico de éstos.

Frente a las ideas de estos sectores que analizaban la realidad desde los aspectos materiales concretos, tal como lo hace Clementina, los intelectuales planteaban desafíos teóricos para crear un nuevo régimen político en el país. Eugenia, nutrida de las ideas de Alberdi, retoma varias de ellas:

> —Pero... ¿y qué orden hay ahora?, un orden impuesto por el terror. La gente que está en contra no habla porque tiene miedo, Clementina. Y esto vale para los unitarios también. Por eso a los jóvenes no nos convence ninguno. Nosotros queremos otra cosa. Queremos justicia para todos, para los negros, para los blancos, para los pobres...

La fórmula alberdiana procuraba conciliar los valores igualitarios de una república abierta a todos con los valores jerárquicos de una república restrictiva circunscripta a unos pocos. Por lo tanto, proponía conceder el ejercicio del gobierno a una minoría privilegiada y otorgaba el máximo de garantías a todos los habitantes, sin distinción de clase ni nacionalidad, en relación con su actividad civil.

Para los intelectuales, Estado nacional —es decir, concentración y centralización del poder político— era la fórmula para poner fin al atraso. A partir de la batalla de Caseros se selló la caída del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. Comenzó entonces el período de la historia argentina que, extendido hasta 1880, recibió el nombre de la "Organización Nacional".

Con respecto a esta etapa, muchos historiadores han resaltado en los últimos años la cuestión de la formación del Estado. Ese proceso fue impulsado por sectores porteños que acordaron con hombres del Litoral y del interior, pero fue también resistido por federales de diferentes regiones. Dicho proceso de reducción a la unidad quedó definitivamente constituido en 1880 cuando se superaron en gran parte los problemas de la integridad territorial, de la identidad nacional y de creación de un régimen político.

▪ El proceso que se abrió a partir de la segunda mitad del siglo fue también el de la "modernización" económica promovida por ciertos sectores identificables, tanto en Buenos Aires como en el Litoral y en el interior.

La realidad que intentaban superar era la de los mercados localizados, la población escasa, las rutas intransitables, la anarquía monetaria, la presencia de vastos territorios bajo dominación de caudillos e indios. El resultado de la organización de los poderes del gobierno, los acuerdos políticos, la represión de insurrecciones federales en las provincias, la llegada de mano de obra extranjera, la inversión de capitales extranjeros, la extensión de ferrocarriles, la ocupación de territorios que estaban en poder de los indios y la creación de un sistema educativo nacional, de un ejército nacional, de un sistema postal y de una moneda única fue la concentración y centralización del poder político por un lado, pero también la inserción del país en el mercado mundial a través de una economía productora de materias primas, por otro.

Según creían quienes dirigían el país, el progreso que se vivía, es decir, ese movimiento de la historia en sentido lineal y ascendente, se debía al orden alcanzado en términos políticos. Ambos, orden y *progreso*, fueron los dos ingredientes del discurso político-ideológico que defendió las transformaciones impulsadas en todos los ámbitos de la vida social. En referencia a Sarmiento dice Eugenia:

> Está obsesionado por construir una nación siguiendo el modelo de otras naciones del mundo que han progresado.

Los cambios modificaron intensamente la estructura económica y la vida concreta de la gente de este país. Los *conflictos económicos* se produjeron en la medida en que muchos fueron afectados por la nueva marea económica que cubría el territorio argentino.

> Por ejemplo, me parece importante que el presidente, o Su Excelencia, como le gusta que lo llamen, se preocupe por lo deshabitado que está nuestro país. Pero me parece que querer dominar ese desierto sin tener en cuenta a los hombres del desierto, o sea a los gauchos, es algo que no tiene sentido. Si ellos son la única palanca que hace mover ese mundo despoblado.

En efecto, los gauchos comenzaron a desaparecer como trabajadores de las pampas a medida que avanzaban las nuevas actividades productivas, primero la lana, después de los años '50, y la agricultura a partir de los '70. La nueva mano de obra fue provista por la *inmigración*.

> —¿Es cierto lo que dice mi padre... que van a venir montones de personas de Europa para poblar el campo argentino porque parece un desierto por lo deshabitado que está, y que poco a poco van a reemplazar a la gente nuestra por europeos?

Con la llegada de los inmigrantes también las ciudades cambiaron su fisonomía. Crecieron enormemente. Buenos Aires, Bahía Blanca, Rosario y más tarde La Plata pasaron de ser aldeas a ser grandes ciudades. En 1854, Buenos Aires contaba 90.000 habitantes, en 1869 había aumentado a 177.000 personas, y en 1895 se acercó a los 670.000 habitantes. La superpoblación y la falta de garantías de salud incidieron en un alto índice de mortalidad, del 42 por 1000, el doble que el de Londres en esa

misma época. En 1871 una epidemia de fiebre amarilla cobró más de 7000 víctimas.

Había también otros indicadores de la transformación urbana: la luz de gas, el ferrocarril y el tranvía que se mencionan al comenzar el cuento "Tranvías y algo más". Crecimiento y problemas fueron las dos caras del proceso de cambio. Dar cuenta de ellas es uno de los grandes aportes del cuento:

> Los que me gritaban eran los comerciantes propietarios del centro, los dueños de carros colectivos y los de coches de alquiler.
>
> —¡Vecino, vecina, no permita que el tranvía pase delante de la puerta de su negocio porque las propiedades perderán valor! ¡Vecino, vecina, no permita que este engendro de vehículo les quite el trabajo a nuestros queridos cocheros! ¡Súmese a nosotros! —gritaban como locos.
>
> —¡Vecino, vecina, el tranvía trae el progreso a la ciudad, defiéndalo! ¡Todos con el tranvía! —vociferaban.

La llegada de los tranvías a principios de los años '70 incitó a muchos pobres a trasladarse al sur, a Barracas y la Boca, puerto del comercio marítimo. Al mismo tiempo, hubo un movimiento de la población hacia el oeste, hacia la aldea de Flores, que se fue convirtiendo en una zona residencial de la clase media urbana. En consecuencia, el tranvía no sólo significó un medio diferente de *transporte* de pasajeros; tuvo una enorme incidencia en la *comunicación* de diferentes puntos de la ciudad.

La mano de obra procedía en general del Mediterráneo; los inmigrantes eran en su mayoría italianos y españoles, pero el capital necesario para construir esa nueva economía provenía del norte, era capital británico. Inicialmente, las inversiones extranjeras tomaron la forma de empréstitos al gobierno, pero después las inversiones privadas extranjeras se dirigieron a los bancos, a los ferrocarriles y a las tierras:

> Inglaterra sigue haciendo sus negocios con nosotros. Porque los que traen el ferrocarril son los ingleses y para instalarlos, ¡nos venden todo! ¡Desde las locomotoras hasta los ladrillos y los artefactos de los baños de las estaciones!
>
> Entonces yo me pregunto, ¿cuándo vamos a empezar a fabricar algo nosotros? Porque si todo lo traen desde afuera, acá vamos a seguir haciendo lo mismo que hace cien años. Nosotros vamos a mandar al exterior los

productos de la tierra y vamos a comprar lo que se hace en los talleres de Europa. ¡Esto es lo que me preocupa!

En las palabras de Eugenia se está cuestionando la inserción a pleno de la Argentina en la *división internacional del trabajo*. Ésta consiste en la organización de la economía a escala mundial, por la que las naciones industrializadas se reservan la producción de manufacturas dejando a las zonas no desarrolladas del mundo el rol de abastecedoras de materias primas, proceso que se fue consolidando a lo largo del siglo pasado.

Eugenia critica también la excesiva dependencia de nuestro país, que lo tornaba tan vulnerable a los avatares de las economías de los países industrializados. Y esto efectivamente fue así. Cuando por alguna razón cesaba el flujo de capitales o disminuía el valor de nuestras exportaciones en el mercado mundial, la Argentina se veía envuelta en una crisis económica que siempre tenía efectos sociales y a veces políticos. Esto ocurrió tanto en 1873 como en 1890 y en 1930.

• El cuento "Hay que modernizar la casa" tiene como eje de la trama el *conflicto cultural*.

Para la *cultura moderna* las ideas de *orden* y *progreso* —anteriormente mencionadas— que procedían de la corriente filosófica denominada positivismo estaban asociadas a otra serie de ideas, desarrolladas también por esa línea de pensamiento. Esa optimista versión del futuro requería para su concreción eliminar los obstáculos que impedían la modernización del país: tradición e ignorancia.

La promoción de la ciencia anhelada chocó en consecuencia con las prácticas del culto católico, ya que para la mentalidad positivista el dogmatismo cristiano característico de la *tradición colonial* era el principal obstáculo del progreso científico.

Eugenia le relata a Mariana:

—[...] después de la Revolución de Mayo empezaron a mirarse con malos ojos todas las cosas que recordaban a España, porque se decía que eran cosas antiguas, pasadas de moda, y que recordaban los días en que habíamos sido una colonia.

Así que cuando Sarmiento y sus hermanas ya estaban crecidos, decidieron sacar de la casa todas aquellas cosas que le quitaban a la casita el aspecto de una vivienda moderna.

Le tocó en primer turno al estrado. [...]

Después del estrado vinieron los santos. Y con esclas cosas no fueron tan sencillas. ¡Porque la señora era una devota de aquéllas y quería a esos cuadros como si fueran miembros de la familia!

Así que las discusiones se sucedían día tras día.

—¡Pobres santos! —gritaba la madre—, ¿qué mal les hacen?

El conflicto se presenta entre dos expresiones culturales. Uno quiere dominar y en consecuencia libra su batalla no sólo en discursos públicos sino también en prácticas cotidianas como ésta.

Finalmente le tocó el turno a la famosa higuera de doña Paula Albarracín, madre de Sarmiento, que había pasado sus días tejiendo bajo su sombra. La tan conocida higuera de las biografías escolares de Sarmiento fue hachada para que él pudiera practicar sus modernos planes económicos. Consideraba imprescindible el aliento a la agricultura, los transportes, las comunicaciones, las inversiones financieras, los servicios públicos, las industrias y la inmigración. Aspiraba a una adecuada distribución de tierras que permitiera el surgimiento de una fuerte clase media agrícola.

[...] en el pedazo de tierra que había ocupado a higuera plantó cien arbolitos. Los arbolitos se transformaron en una viña, y de sus frutos dependió, en gran parte, la subsistencia de la familia.

Relacionada con las nuevas ideas, y con la intención de promover la ciencia y formar una nación, los dirigentes y en particular Sarmiento impulsaron la *educación*. Dice Eugenia:

—...el otro día leí en el diario que con el censo se comprobó que el setenta por ciento de los habitantes del país no saben leer ni escribir. ¿Sabés lo que es eso? De cien personas, setenta no escriben ni leen.

Responde su nietita Mariana, que tiene un papá sarmientino:

—Dice mi papá que eso es lo que quiere cambiar Sarmiento.

• En cuanto a los *procedimientos*, podremos señalar centralmente dos. El primero de ellos es cómo *pensar desde el principio de la multiperspectividad.*

Cómo afecta l modernización a diferentes grupos urbanos o rurales es una propuesta :lara que los alumnos podrán desarrollar y completar en la clase a part: de la información que brindan los cuentos.

• El segundo e refiere a la posibilidad de *analizar datos censales.* Aclarado qué es n censo, se podrían trabajar las siguientes cuestiones: ¿qué tipo de información brinda? ¿Qué criterios se usan para poder establecer compraciones? ¿Qué tipo de conclusiones nos brinda la comparación de bs datos de dos censos?

El eje del cuento "Es bueno saber cómo somos" es un excelente disparador para ue los alumnos comiencen a trabajar este procedimiento.

• En cuanto a as *actitudes*, si la formación del ciudadano es uno de los objetivos de l enseñanza de la historia, promover *actitudes democráticas* constituirá una cuestión central para los enseñantes. El cuento "El tiempo pasa..." plantea diferentes adhesiones políticas; una de ellas manifiesta la defnsa de prácticas democráticas:

> —¿O acasono se puede pensar distinto? ¿Por qué hay que ponerse un moño en la cabza?

Promover esa discusión y que los alumnos se comprometan argumentativamente puede sér un interesante punto de partida para fortalecer actitudes indispensables para la convivencia política.

Bibliografía

Botana, N. R.: *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituto Di Tella, 1984.

_____: *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituo Di Tella, 1991.

Chiaramonti, J. C.: "La cuestión regional en el proceso de gestación del Estado Nacional Argentino", en *Mercaderes del Litoral*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Halperín Donghi, T.: *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

_____ : *Argentina. De la Revolución a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1982.

Lynch, J.: *Juan Manuel de Rosas. 1829-1835*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

Fin del cuarto movimiento

FINAL

Esta sinfonía, aunque inconclusa, ha llegado a su fin, y de su mano la posibilidad de seguir preguntándonos acerca de un pasado que, aunque a veces sabe a extraño, nos pertenece.